GABRIEL MIRÓ

FIGURAS DE LA PASION DEL SEÑOR

I

CAM
Caja de Ahorros del Mediterráneo
Fundación Cultural Biblioteca
Reg. 39
Mat. 860-31 "19"
Sig. 210-1153-5
Mod. 9408

CAJA DE AHORROS DEL SURESTE
BIBLIOTECA GABRIEL MIRÓ
ALICANTE
ESPAÑA

FIGURAS DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

CAJA DE AHORROS DEL SUREST
BIBLIOTECA
GABRIEL MIRÓ
ALICANTE
DE ESPAÑA

OBRAS COMPLETAS
DE GABRIEL MIRÓ. - VOL. V

FIGURAS DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

I

CAJA DE AHORROS DEL SURESTE DE ESPAÑA
BIBLIOTECA GABRIEL MIRÓ
ALICANTE

PRÓLOGO POR RICARDO BAEZA

EDICION CONMEMORATIVA
emprendida por los «Amigos de Gabriel Miró»

INDICE

Págs.

PROLOGO VII

FIGURAS DE LA PASION DEL SEÑOR 1

Judas 5

El Padre de Familias 27

El mancebo que abandona su vestidura. 59

Kaifás 86

Un nazareno que le vió llorar 115

Annás... 143

Barabbas 151

Herodes Antipas... 165

Pilato 203

Variantes y notas 241

PROLOGO

PROSA DE GABRIEL MIRÓ

Es difícil analizar la prosa de Gabriel Miró; más difícil acaso que ninguna otra prosa castellana. Porque, en el fondo, a pesar de sus maravillosas calidades de oficio, ninguna en que trascienda menos la técnica y abunde más el elemento inefable, ese elemento que escapa a toda preceptiva y es la piedra filosofal de la poesía. Frente a la prosa de Gabriel Miró, sentimos que su perfección no se debe a una virtuosidad de taller, a una retórica, en suma, por original que ésta pudiera ser, sino que reside en una modalidad sensitiva, en una manera de ser personal, que, como en los verdaderos poetas, funde fondo y forma en una unidad tan íntima —hipostática, podríamos decir,— que hace casi imposible aislar la segunda y cuadricularla verbalmente. A tal punto, que pocas veces se habrá dado un estilo tan directo,

tan inmediatamente expresivo de la propia sensibilidad, y pocas veces habrá acudido menos el artista en busca de elementos exteriores y ajenos a su propia substancia. De ahí lo inadecuado de la comparación con el orifice o el recamador, a que se suele condenar a todos los creadores de un estilo rico. Aquí, por el contrario, lejos de la acumulación o la yuxtaposición, ha habido condensación y, si precisáramos de comparanza material, el símil del destilador y la alquitara sería seguramente el menos falso.

Nada, en efecto, más concentrado y menos profuso, más lejano de la hipertrofia verbal a que suelen en último término quedar reducidos ciertos estilos de los llamados "artísticos", que la prosa de Miró. Así, su riqueza y su singularidad no son un añadido ni una superestructura artificiosa, sino la cifra de una personalidad singularmente rica y original. Y ésa es la razón de que, entre todos*

* Compárense, por ejemplo, sus descripciones con las de algunos escritores coetáneos que tienen fama de grandes hablistas y se advertirá la diferencia esencial. Allí, la palabra aparece muchas veces descarnada, seca, muerta en suma, como una corola cortada de su tallo y bien catalogada en un herbario. Aquí, en cambio, todo permanece sólidamente arraigado en tierra, bien regado de savia, latente y en flor. La emoción logra sólo este milagro de vivacidad: una sensibilidad siempre alerta y en resonancia.

los grandes prosistas con que contamos en la actualidad, se me aparezca Miró como el más sorprendente y personal de todos. (Es más: por mi parte, aunque como preferencia puramente personal y sin la menor pretensión dogmática, no vacilaría en calificarle como el mayor y más profundamente original de cuantos nos ofrece el panorama pasado y presente de la prosa castellana.)

Un simple ejercicio de pastiches *o imitaciones* "à la manière de...", *que tan de moda estuvieran en Francia e Inglaterra, nos suministraría ya un ejemplo palmario de la personalidad inconfundible y de aquella superabundancia del elemento inefable sobre el elemento técnico que señalamos como virtud esencial y diferencial de la prosa de Miró. ¿Quién, en efecto, con un poco de estudio y cierta aptitud retórica no lograría su gracioso* pastiche *de D. Ramón del Valle Inclán, o de* "Azorín", *o de cualquiera de los otros? Intente, en cambio, el* "pastiche" *de Miró, y es casi seguro que, como no se contraiga a un mero calco de frases ya estereotipadas por el autor, ni aun siquiera llegará a un "cliché" aproximado. A tal punto, repito, la expresión en Miró lo es, no de un estilo conscientemente buscado y conseguido, sino*

*de un modo involuntario de ser y de sentir. Y bien acaba de probarlo el hecho de que su prosa fuera lo que es desde el primer momento, desde su libro inicial, donde ya hubo de aparecer cristalizada en su actual sistema.**

De todas maneras, cabe hacer algunas consideraciones de orden externo sobre la prosa de Miró, y es indudable que un estudio detenido de sus características habría de ser singularmente útil e instructivo para el aprendiz de estilista. Claro que no es éste mi propósito, ni ello cabría en el compás de estas páginas; pero séame siquiera permitido el apuntar algunos de los rasgos más salientes.

* Otro indicio bien significativo nos lo ofrece el método de trabajo de Miró, quien nunca hubo de utilizar el sistema de papeletas o apuntes que emplean la mayoría de los escritores. Miró jamás tuvo a su vista, cuando trabajaba, tales notas o papeletas. Su modalidad, lo mismo en lo que concernía al léxico que a la arqueología, era absolutamente contraria a este artificio, cuya exterioridad acaba siempre por transcender a la obra. Palabras y datos, expresión o información, Miró se asimilaba siempre la materia prima de su obra, y sólo cuando se la había integrado de tal modo en sus adentros, en la sensibilidad y en la memoria, que formaba parte de sí propio, pasaba al trabajo de creación; que, como antes apuntábamos, era una verdadera operación destilatoria. Y el procedimiento explica, a la vez, la lentitud de la obra y su primordial sustantividad.

El primero que requiere nuestra atención es la mesura verbal, que, no obstante el vocabulario riquísimo, le guarda del nefasto prurito de exhibir a tuertas y a derechas su opulencia. Así, pese a la abundancia de descripciones, no podría señalarse una sola cuyo motivo central fuere la exposición de aquel caudal. (Bien al revés de algunos de sus más celebrados contemporáneos, en cuyas páginas, y aun de las más famosas, podrían apuntarse no pocas sin más razón de ser que el muestrario léxico.) Secuela de esta virtud es que las palabras tengan en él una vida íntegra y radical: jardín de aclimatación y no herbario, como en algunos de aquellos otros aludidos, en que se las adivina arrancadas con fruición de los lexicones para ser engomadas sobre la página.

Por otra parte, hay en el léxico de Miró algo que le distingue del de aquellos otros prosistas que parecen no tener más cuidado que el de la cantidad y que, con tal que sean arcaicos o en desuso, lo mismo espigan un vocablo que otro; en Miró, por el contrario, se advierte una tría minuciosa, y al lado de la precisión y la exactitud (que llega a darnos en ocasiones la impresión de que por primera vez oímos llamar las cosas, no por aproximación, sino por su nombre justo) obsérvase una

exquisita sensibilidad óptica y auditiva, que le guía por modo infalible en la elección de palabras nobles y bellas de forma y de sonido.

Esta sobriedad que advertimos en la palabra adviértese igualmente en la frase, siempre concisa y admirablemente sintética, de una justedad perfecta, sin un solo arrequive ocioso. Junto a esta sobriedad, un aire a la vez "muy antiguo y muy moderno", como quería Rubén. Nadie, en este sentido, menos casticista, y nadie como él que advirtiera la inanidad del pseudoclasicismo que es la imitación de los clásicos. En cambio, una exquisita aleación de lo antiguo y lo moderno; el sentimiento, a la vez, de lo remoto y lo cercano; la nobleza y la profundidad de lo antiguo, que nos ahonda las raíces en el pasado, unidas al ímpetu y la gracia y la susceptibilidad de lo moderno.

Con aportaciones técnicas, podría discernirse en la prosa de Miró un empleo personalísimo de las formas verbales, que le hace aplicar el significado de ciertos verbos con una novedad sorprendente y, sin embargo, tan justa, que se tiene la impresión de verdaderos descubrimientos. Una gran novedad, igualmente, en la adjetivación, y más que nada, acaso, la novedad de la imagen. En este terreno podría decirse que Miró renueva la

metáfora castellana, y por mi parte me atrevería a decir, que ni en nuestro idioma ni en los ajenos, existe actualmente un innovador de la imagen —de la imagen dentro de la lógica y la gramática— comparable a Miró.*

*Miró, en efecto, trasforma la anatomía de la imagen, que hasta ahora venía constituyéndose del "como", del "diríase" y de las semejanzas. Miró suprime todo este andamiaje y tramoya, y crea la metáfora directamente con el verbo o el sustantivo. Hasta el punto de que en toda esta prosa, henchida de imagen, apenas se encontrará una metáfora mediata o por comparación, que utilice los apéndices antes citados. Un ejemplo nos aclarará esto. Tomemos, verbigracia, una de las frases que algunos de sus catoncillos** han estado*

* Salvedad hecha en deslinde de los imaginistas novísimos, exentos del "elemento antiguo", iconoclastas de todo lo pasado, que ignoran olímpicamente, y en evitación del cual sáltanse a diario lógica, gramática y el sentido común de los lectores.

** Me refiero a la campaña de descrédito que algunos míseros currinches a sueldo intentaron contra la obra de Gabriel Miró, allá por los meses de marzo y abril de 1927, con motivo del Premio Fastenrath, al que Miró hubo de pretender con *El obispo leproso*. Inútil añadir que esta campaña tenía, en su fondo, un móvil sectario, y que, como era de esperar, la Academia Española hubo de conceder el premio a un Pérez o Gómez cualquiera, más en acuerdo con la mentalidad de la mayoría académica... y más dentro de la ortodoxia eclesiástica.

unánimes en apuntar entre sus dislates, y que, como se advertirá, es simplemente deliciosa. "Se ordeñaba su barba nueva" dice la frase en cuestión, refiriéndose a un personaje de "El obispo leproso". *Esto es: lo que en la antigua imaginería se hubiese dicho, más o menos, pero siempre prolijamente: "Se acariciaba su barba con el ademán del que ordeña una ubre", etc. Igualmente, cuando dice: "Un descolorido presbítero de anteojos de hielo", o habla de las Juntas de señoras que* "remansaban *en las antecámaras" del palacio episcopal. Y aun podríamos poner ejemplos más precisos, pues no hemos transcrito sino los que han caído al azar.*

Pero en lo que és única esta prosa es en la sensación; y hay que confesar que nunca supo nadie darnos la sensación de las cosas —de un objeto, de una persona, de un paisaje— como Miró. Y no ya solamente la visión, el color y la forma, cuando no el sabor, el olor o el tacto, sino diríase que también el aura espiritual, el contorno sensitivo de la cosa, al tiempo que la emoción de los ojos o del alma que la contemplan. Al punto, que la sensación se hinche y enriquece hasta el límite del sentimiento.

En ocasiones, basta un símil, y hasta una

simple palabra, para darnos en su mínimo esquema todo el ámbito de esta sensación-sentimiento. Tómese, por ejemplo, "El obispo leproso", *y desde su primera página se encontrarán ya hallazgos de esta naturaleza: "Se enterraban en la cámara del reloj para sentirse transpasados por el profundo pulso. Allí latían las sienes de Oleza". Y véase cómo se sintetiza la sensación-sentimiento del que se asoma a un campanario al atardecer y tiende la vista sobre el contorno: "Toda la ciudad iba* acumulándose *a la redonda. (Y conviene fijarse en este* acumulándose, *tan estático y dinámico a la vez; minucia, aparentemente, y, no obstante, maravilla.) Su silencio se ponía a jugar con una esquila que sonaba, tomándola y deshaciéndola en la quietud de las veredas. Golpes foscos de aperador; golpes frescos de legones; tonadas y lloros; el bramido del Segral...". Y fijémonos en estos golpes* foscos y frescos, *que nos presentan un curioso ejemplo de esas trasposiciones sensoriales que constituyen una particularidad característica de Miró. Aquí es un adjetivo de luz y otro táctil aplicados a la sensación auditiva; pero el resultado es siempre el mismo; el contorno total de la sensación queda enriquecido, y ésta elevada a la categoría de sentimiento. De*

modo parejo, más adelante, con una incomparable maestría de estos efectos, se nos hablará de una campana que "queda exhalando un vaho de resonido", y en otra ocasión, de un cimbalillo que "tocaba gota a gota". (Y los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito.)

Particularmente, como prosa descriptiva, no creo que la de Gabriel Miró tenga rival, ni en castellano ni en ningún otro idioma. En este sentido, las Figuras de la Pasión *—que D. Miguel de Unamuno proclamaba "un nuevo camino en la cultura española", y que es un verdadero prodigio de intuición y de afinidad judaica— es también un libro único. ¡Qué incomparable sucesión de cuadros, y qué diversidad dentro de la más perfecta unidad de gama! Seguramente, ningún colorista verbal ha dispuesto de paleta más rica. Pero sería injusto asimilar el arte descriptivo de Miró a la técnica del pintor. Infinitamente más pródiga en recursos, la prosa de Miró nos da la sensación integral de las escenas rurales y urbanas por que nos lleva; poniéndonos, no enfrente, sino en medio de ellas, y dándonos, no solamente el color y la forma, sino el olor, el sonido y el tacto; la vida, en suma, que los anima; la vida lo mismo de las cosas en soledad que de las muchedumbres en tumulto.*

En algunos momentos, la mesura y la nobleza de la línea, la andadura general de la frase, a un tiempo musical y plástica, cobran ritmo poemático, de epopeya cosmográfica, de rapsodia de tierras y lugares. Véase, por ejemplo, la descripción de los sagrados parajes con que se abre el capítulo de: "Un nazareno que le vió llorar", y trátese de encontrarle parangón fuera del repertorio de Miró:

"Y la Judea..., montañas rotas, fragosas, desolladas; montañas encendidas, montañas como osarios de mundos ya remotos. Mesetas de colinas lisas, cónicas como tiendas de guerreros. Tierras indomables; cárcavas y llagas de wadis y torrentes enjutos. En su silencio infinito, las hordas bravías de los chumbos, del cactus y cardizal, crepitan de lagartos y escorpiones, y se retuercen y van estilizándose sobre un cielo calcinado. País de cenizas y escorias, de aljezares, de pedregal bueno para la vid y la higuera. El desierto duro, rígido, de peña baja con palmito y cañar; y el desierto cegado de torbellinos y olas de arenas humeantes. Y después, cerros calcáreos, cerros velludos de oro de bojas; sobraqueras umbrías; márgenes de basalto, tajadas, profundas; y márgenes de henar, de zizifos, de juncos y papirus; y el Jordán, ancho, limoso,

espeso, que se para cuajándose entre islillas de ovas y médanos...". E inmediatamente de este amplio fresco mural, de acento épico, he aquí la viñeta deliciosamente miniada: "En las raigambres colgadizas de los pobos y tamarindos, se agarran los alciones que miran inmóviles y voraces la corriente, y, de súbito, se precipitan y sumergen, y salen rompiendo un pez palpitante entre las aristas de su pico, y rasan veloces y callados las aguas...". Viñeta que es como un intermedio lírico, un alto eglógico, antes de recobrar la sinfonía su compás épico, de gran oratorio händeliano: "Veras blandas, sembradura, pueblos de cal y de adobes, la labranza, el frescor de los herrenes; y otra vez el río ya rápido, grande, de plata oxidada y cortezas de fungo...". Arte realmente policromo y polifónico, de múltiples registros, como un órgano en que cantan todos los instrumentos.

¡Y cuántas "viñetas", delicadas y robustas a un tiempo, buriladas con mano tan infalible, no encontraremos esparcidas por toda la obra de este recóndito maestro en "estampas", "viejas" sí, pero a la vez tan nuevas! Véase, por ejemplo, esta otra viñeta, tan dispar de la anterior en su intimidad y recato provinciano, donde sensación y sentimiento se fraguan por modo dedáleo: "Huerto blando de

hierba borde. Rinconadas de escoria de incensarios, y malvas reales que suben sus tirsos de rosas leves, desaromadas. Un ciprés, el ciprés más recto y sensitivo de Oleza, que embebía su punta de claridad alta. Laureles inmóviles. Encima del pozo, de cigoñal plateresco, trenzado de zarcillos de calabacines, un tul de mosquitos y sol. Un limonero bajaba un pomo de cidras con luces de hilos de arañas; y en el brocal, en las baldosas, en los musgos, vislumbraban, gelatinosos y fríos, los lagartos".

Y si del paisaje y la "naturaleza muerta" pasamos a la representación dinámica de figuras y de movimiento, encontraremos siempre la misma maestría; y aun más, acaso, aquel elemento inefable, huidizo, que brota del encuentro, en apariencia fortuito, de ciertas palabras, por modo y misterio semejante al de la Química. Véase, por ejemplo, en las "Mujeres de Jerusalén", que se nos pinta, camino del Gólgotha, a través de calles y veredas: "Les alcanzó un mendigo agarrado al dogal de una rapaza descalza, greñuda, enfangada y seca como una perra hambrienta. Aplastaban todas las inmundicias. Se sintió el empuje de los puños seniles en los hombros canijos de la moza que iba cogiendo y rosigando

pezones y cortezas de frutas, y de súbito se precipitó sobre una algarroba ya mordida. Rugió el viejo escupiéndole en la nuca pelada; le hundía en el oído la nariz de guadaña... Era un hombre agigantado y corvo, con turbante duro como una soga amarilla, la faz de cazcarrias y mechones; la túnica, recia, cruda, atada por un cincho de pleita; las zancas, de res, y las sandalias, enormes, de pellejos y fibra de palmera". Y poco después, cuando el mismo mendigo, que es ciego, cree que están ajusticiando ya al nieto, uno de los condenados con Jesús: "El viejo huyó revolcándose; se arrancaba la zalea roñosa de sus barbas; se hería su frontal de muerto, se cerraba los oídos con los puños. La rapaza le llamó enfurecida: —¡No es a él! ¡No es a Genas, tu nieto! ¡Están clavando al otro! Y el ciego seguía derrumbándose, agarrado a los cardizales, a los escombros, a las plastas de podredumbre; llorando por las fístulas de sus órbitas, y se le hinchaban las pieles de su cuello como las agallas de un pez moribundo".

Pero toda la obra de Miró abunda en estos portentos verbales, cuya perfección de múltiple y secreta raíz, se rehusa al análisis. Y nadie como él nos dará en el esquema sucinto de una frase toda una síntesis de expresión. Tal, por ejemplo,

cuando condensando en una línea la impresión bravía y ferina del Bautista trepando a las altitudes de Mackeronte para tronar contra Herodes, nos dice: "Subió del Jordán como un león de su bañadero". Imagen de una fuerza dramática incomparable. O bien, en el registro lírico, y en la sólita transcripción sentimental de impresiones sensoriales, cuando nos dice en El obispo leproso: *"En estas noches olorosas de cosechas se sienten como rebaños que pasturan a lo lejos, como cascabeles de una diligencia que viene por todos los campos". Donde es particularmente profundo y expresivo este miembro de la frase: "por todos los campos", que tan íntimamente rebasa la lógica euclidiana. O bien, y pocos ejemplos más típicos del* modo *Miró: "Pasa un pájaro, y nos abre más la tarde". Y a renglón seguido: "En cambio, principian a croar las ranas, y no vemos sino agua de balsa".*

Por lo apuntado, y sobre todo por los ejemplos trascritos, creo que podríamos resumir con exactitud las singulares virtudes de la prosa de Miró en la rúbrica "prosa pura" (o "prosa lírica", si se quiere), aplicable a un sector tan reducido, que apenas si cuenta aún con representantes en la literatura universal. La especie, realmente, es de invención moderna, debida a algunos poetas que,

como Baudelaire, se dieron a soñar en el milagro de una prosa cuya virtualidad estribara en su propia sustancia, en su propia belleza sustantiva, independiente de todo significado, de todo contenido dramático o intelectual. Prosa, en suma, paralela y correspondiente a lo que entendemos (los que lo entendemos) por "poesía pura", que es, sin duda, el ápice de la poesía, belleza que no depende de lo expresado, ni de la sola forma externa, número y rima, sino de un ritmo interior, misterioso, indefinible y casi inaprensible, que nos lleva por la "escondida vía" al reino de lo inefable y a las lindes de la magia.

"Poesía pura", "prosa pura", que nos hacen leer gozando del sortilegio de cada frase, de cada palabra casi en ocasiones, independientemente del todo orgánico a que pertenecen y de lo que podríamos llamar su vida de relación. Deleite selectísimo que, en la prosa actual castellana, sólo es capaz de darnos la prosa de Gabriel Miró; y esto es lo que cardinalmente confiere a sus libros una significación única y un radio de acción aparte; aparte también de sus otras cualidades y excelencias más extrínsecas, que, por fortuna para el lector de la mayoría, bastan para ponerlo placenteramente a su alcance.

* * *

Si casi todas las citas con que he ilustrado estas notas sobre la prosa de Miró fueron entresacadas de las Figuras de la Pasión, *no ha sido solamente porque estas páginas han de servir de prólogo al volumen que las contiene, en la presente edición conmemorativa, ni aun por las otras circunstancias intrínsecas y extrínsecas que podrían fundamentar la elección —esto es: el valor sustantivo de la obra y mi afición a la leyenda cristiana—, sino también, y muy particularmente, por una razón de orden personal. Acababa de aparecer el primer tomo de las* Figuras de la Pasión de Nuestro Señor *y aun me llenaba la emoción de su lectura, cuando se anudó mi amistad con Gabriel Miró.*

Le había encontrado por primera vez ocho años antes, en el banquete-homenaje con que se celebrara el premio del Cuento Semanal *a* Nómada, *pero hasta el verano de* 1916 *no me fué dado acercarme a su intimidad, en aquel apacible retiro de la Bona-Nova, que le albergara durante algunos años, por cierto de los más fecundos de su vida literaria. Nuestro encuentro en el citado banquete (que tuvo caracteres de verdadero acon-*

tecimiento artístico, tanto por la cantidad y calidad de los concurrentes como por el sentimiento de entusiástica admiración que suscitara la obra en si misma y la personalidad del autor) no pudo ser más fugaz y ordinario: unas palabras de felicitación y un efusivo apretón de manos (efusivo por mi parte, claro está; y con la efusión que se pone en los fervores literarios cuando aun no se han cumplido los veinte años y se siente ya la tiranía de la vocación); pero la persona física de Gabriel Miró irradiaba tal seducción, en el sentido más noble del término, y correspondía de tal manera al espíritu de su obra y a la imagen ideal del poeta (cosa, ¡ay!, tan poco usual entre los escritores, a este respecto pruebas palmarias, en su mayoría, de la ley de compensación), que no es extraño dejara en mí una impresión tan duradera, que el deseo de revivirla y ensancharla, años más tarde, fué sin duda uno de los principales incentivos que habían de moverme a pasar aquella temporada en Barcelona. En todo caso, no creo haber salido nunca con tal ilusión al encuentro de una amistad. Añadir que la realidad colmó con creces aquella esperanza, de seguro que habría de parecer redundante a cuantos tuvieron la suerte de conocer al hombre. La personalidad de Miró, repito, era

tan singularmente noble y hermosa, que nadie pudo cruzar su vida, por pasajera o superficialmente que fuese, que no conservase ya un recuerdo perdurable. Esto —aparte de la resonancia espiritual de su obra— explica que, no obstante su vida extraordinariamente recoleta y el círculo reducidísimo de su intimidad, su desaparición, tan trágicamente prematura, provocara un tal sentimiento de duelo en nuestro mundo literario, de suyo tan poco dado a tales emociones altruístas. El caso es que, en aquella ocasión, aun gentes que apenas le conocían, experimentaron la sensación de que perdían algo singularmente raro y precioso; no sólo un máximo artista, sino también, uno de los más sorprendentes ejemplares humanos, en el que artista y hombre, obra y vida, aparecían en la más cabal correspondencia, en una esencial unidad y armonía, de la que eran cifra corpórea el porte patricio, a la vez dulce y grave, y aquel rostro admirable, cuya trigueña palidez iluminaban aquellos ojos zarcos, tan altivos y tiernos a un tiempo. Y los que le conocieron íntimamente, saben cómo aquella presencia y aquella mirada ennoblecían e iluminaban interiormente la vida en torno.

Con muchos sentimientos e ideas comunes,

entre las cuales el interés por la leyenda cristiana y los estudios bíblicos, las Figuras de la Pasión *contribuyeron no poco a acercarnos y crearon un fuerte vínculo entre nosotros, desde el comienzo mismo de nuestra amistad, que ya no hubo de interrumpirse hasta su muerte, y que siempre he tenido por uno de los más preciosos privilegios y experiencias de mi vida. ¿No es, pues, natural, que este libro me lo represente más vivamente que ningún otro de los suyos y tenga para mí aun más particular significación?*

Ya sé que hay críticos que asignan una mayor importancia, en el panorama general de su obra, a otros libros, como El humo dormido, El obispo leproso, Años y leguas, *por considerarlos más característicamente personales y más representativos de su arte. Las razones apuntadas de mi preferencia por las* Figuras *no me dejan sin duda la suficiente objetividad en la materia, y reconozco que quizás la prosa de Miró, por difícil que semejante superación pueda parecer, se haya acendrado y desnudado aun más en sus libros posteriores, hasta culminar en el milagro expresivo de* Años y leguas; *pero, de todas maneras, y hecha aquella salvedad, creo que, en total, ninguno de sus libros nos ofrece una* summa *tan*

perfecta del arte de Miró, un tan cabal ejemplo y fusión de sus virtudes líricas y dramáticas, de novelista y de poeta, como las Figuras;* *y tengo,*

* Que, entre toda la vastísima literatura en torno de la leyenda mesiánica, ocupa el libro de Miró un lugar único y supremo, es cosa que no me ofreció la menor duda desde el primer momento que lo leí; y mis exploraciones y descubrimientos posteriores no han hecho sino corroborarme en esta convicción. Un examen detenido de los méritos y perfecciones de esta obra de resurrección nos llevaría más lejos de lo que puedo ir ahora; pero séame permitido, cuando menos, señalar la virtud de *omisión* que supone el no haber puesto casi nunca en escena a la persona del Salvador; y hasta las contadísimas veces que lo hace, no enfrontándose directamente con él, sino presentándolo como por refracción a través de la muchedumbre o los personajes circundantes. Con un tacto exquisito y una sagacidad admirable, Miró esquiva la trampa en que otros escritores menos avisados cayeran y comprende que otra cosa, esto es: la personificación directa y constante de Cristo y la visión de su tragedia desde su misma personalidad, incorporándose a él y haciéndole pensar y sentir, hablar y obrar, con él (y en ocasiones hasta al margen de la crónica evangélica), habría sido un empeño imposible para el arte y una falta flagrante de buen gusto. Y en este extremo, no sólo podremos reconocer la singular delicadeza de alma, que le hace respetar así la figura sublime del Rabbí, sino también hasta qué punto su arte es sutil e infalible; pues seguramente que sólo la visión del drama a través de sus espectadores, en torno de la figura central del mismo y sin tratar de personificar a ésta desde adentro, sino, antes bien, viéndola siempre en perspectiva, y aun en lejanía, podía darnos semejante sensación de vida integral, en que viven, no sólo la acción del drama, sino también todos sus personajes, en sus dimensiones corporales, y espirituales, y hasta cada cosa y objeto que constituye su paisaje y escenario.

además, la convicción de que, si amó apasionadamente los campos y horizontes de su región alicantina, sin duda no amó menos, ni vivió menos en espíritu, los de la campiña galilea, también de almendros y palmares, que, vistos y acariciados con los ojos interiores, quizás acabaron confundiéndose en sus adentros con los de su terruño natal; y estoy seguro de que ningún personaje de sus novelas le fué más familiar ni entrañable que estas figuras, brotadas del Evangelio, que pueblan el sublime drama judaico y circundan la pasión y vida eterna del Nazareno...

RICARDO BAEZA.

FIGURAS DE LA PASION DEL SEÑOR

A mi Madre, que me ha contado muchas veces la Pasión del Señor.

CAJA DE AHORROS DEL SURESTE DE ESPAÑA
BIBLIOTECA GABRIEL MIRÓ
ALICANTE

JUDAS

CAJA DE AHORROS DEL SUREST
BIBLIOTECA
GABRIEL MIRÓ
ALICANTE
DE ESPAÑA

Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar: «¿Por qué no se ha vendido este ungüento en trescientos denarios para socorrer pobres?».

S. JUAN, XII, 4, 5.

Levantaron las mujeres sus ojos al azul de la tarde, y prorrumpieron en palabras de júbilo y bendiciones al Señor.

Muy alto, entre Cafarnaum y Bethsaïda, venía el gracioso triángulo de una bandada de grullas.

Doce aves vió María Salomé. Y las contaba con nombres: Mateo, Tomás, Felipe, Bartolomé, Simón el Zelota, Santiago el Menor y su hermano Judas, Simón *Kefa* y Andrés su hermano, y Santiago y Juan. ¡La de la punta, el Rábbi! ¡Sus hijos, sus hijos volaban al lado de la grulla cabecera!

La madre de la mujer de *Kefa* sonrió descreídamente, porque sabía que su Simón guardaba la promesa de las llaves del Reino de los Cielos. Pero pronto olvidaron sus querellas para recibir devotamente el anuncio de la llegada del Maestro y los suyos. El Señor les enviaba su mensaje con las aves del cielo, porque todas las criaturas le pertenecían.

Y cuando bajaron los ojos a la tierra se les apareció un caminante entre las barcas derribadas sobre la frescura del herbazal.

Era un hombre seco, de cabellos rojos, que le asomaban bajo el koufieh de sudario mugriento; su mirada, encendida; sus labios, tristes.

María Salomé le gritó con gozoso sobresalto:

—¿Vienes también tú de parte del Señor?

El hombre se detuvo.

—¡El Señor! ¿Quién es el Señor? ¿Es el solitario que come langostas crudas de los pedregales y miel de los troncos, y camina clamando por el desierto?

Las mujeres se miraron pasmadas de la ignorancia del forastero.

—¡Ese fué Juan! Y lo degolló el Tetrarca en Mackeronte.

—¡Ese justo ya dijo que no era digno de desatar la sandalia del Señor!

El caminante agobió pensativamente su cabeza. Mordía la punta del ceñidor de cuero de su sayal, y murmuraba:

—¡El Señor! ¿Quién es, quién es el Señor? ¿No será el Maestro de los que viven en la ribera de las aguas podridas de Sodoma?

Y ellas reían.

—¿Tú dices de esos que son enemigos de las mujeres y traen su azadilla para hacer un hoyo y enterrar sus inmundicias?

Y añadió la suegra de Pedro:

—¡Ese tampoco! Mira: el Señor nuestro es el que da la salud y libra a los poseídos. Se acercó a mí estando yo postrada de calentura, y me levanté a servirle.

Y el hombre dijo:

—¿Es que lleva en su mano el anillo con raíz de Baaras, la raíz del color de la lumbre que limpia de todo mal?

Entonces, una moza blanca, de ojos de dulce pereza, de dientes de nardo, de pechos de palomas asustadas, alzóse gloriosamente, y todo lo que la rodeaba parecía penetrado de su hermosura.

El hombre de los cabellos rojos se estremeció mirándola, y tuvo que encorvarse para ocultar las brasas de sus pupilas.

—¡El Señor me arrancó con el poder de su voz siete demonios inmundos que me devoraban las entrañas!

Y el caminante envidió a los demonios que se habían sustentado del aliento delicioso de aquella vida.

Salomé aun le dijo:

—Si no sabes del Rábbi, ¿qué buscas entre nosotros?

—Busco a Simón de Jona. Yo me llamo Judas, hijo de Simón el curtidor. Mi pueblo es Kerioth. Han muerto los míos; soy pobre, y pido faena en las barcas.

La suegra de *Kefa* le advirtió:

—Mi Simón y su hermano son ahora pescadores de hombres. Aguárdate, si quieres, hasta la noche, porque hoy han de venir. El Rábbi nos avisó con el vuelo de las grullas.

Y alzóse, y trajo medio ruedo de pan de cebada y leche de camella.

Judas recostóse a la sombra de las barcas, y engullía con ansia, y se paraba para bendecir la mano que le dió alimento. Y decía:

—Judío soy, que está mi aldea a la otra parte del Hebrón, casi a la linde del país idumeo; mas, allí las gentes son duras como sus montañas, montañas que hieren al tocarlas; llagas se me hicieron en las manos de agarrarme.

Comenzó a beber, y le resonaba desde el pecho al vientre, como un cántaro que se llena. Y con la boca y media faz dentro de la vasija, barbotaba tragando:

—¡Y no tenéis hambre, no tenéis hambre vosotras!

Su barba taheña quedóse toda prendida de nata y de espuma de la leche.

Ellas sonreían, y le prometieron:

—Aun comerás más, comerás con nosotros cuando llegue el Rábbi.

Y Judas repetía:

—¡Judío, judío soy, pero todo mi país es de cardos y quebradas; no así la Galilea, tierna de pastura, gozosa de frutales, y las gentes agradables a Jehová por su misericordia!

La mujer hermosa le reconvino:

—¡Reniegas de la tierra, y es tierra de los patriarcas, tierra de Israel, prometida por Dios!

Relumbraron los ojos del forastero.

—Mucho tiempo caminé por el desierto. Y seguía el rastro de las caravanas para roer sus desperdicios que buscan los chacales; y comí el pan que les sobraba a los legionarios.

Las mujeres le miraban adolecidas de su desamparo. Y no quisieron que les ayudase a cubrir con las velas los cañizos de peces que se secan en el solejar.—Que ya caía la tarde, y los daña la serena. —Curábase allí la última pesca que sacaron las jábegas de Simón y de Andrés, de Santiago y de Juan para llevarla a los mercados de Jerusalén y Jericó. Allí se mostraba el *ialtry*, casi redondo, que también nada encendidamente en las viejas aguas del Nilo; todas las especies de los *cromis*, recamados de iris como una dalmática preciosa, los que guardan vivas las crías en la recia bolsa de sus fauces; el *bolti*, que vive apretado con los suyos y semeja fundirse y cuajarse palpitando bajo las calmas, como un tesoro; el *blennius*, de subido sabor; la corvina, que se parece a la de Alejandría; el cachuelo, el sollo, el barbo...

Judas llegóse al enjambre de mujeres, y también guarecía los cañizos.

Salomé le apartaba.

—¡Aun resuellas de cansado!

Y él porfió en trabajar, que así tocaba la túnica y las manos de la mujer hermosa.

...Se doraba de sol viejo la ribera de Genezareth. En la paz de las aguas y del aire se deslizaba el vuelo de plata y de rosa de las garzas. Y el casal encalado, los barcos, las redes tendidas, un mástil que subía por el muro, entre la pureza de los manzanos floridos, el humo del horno, todo se copiaba en el sueño de la mar de Galilea.

...Judas acostóse en el establo, dentro del heno, junto a las nasas olvidadas, rotas por las pezuñas de los bueyes. Y se durmió estremecido de fiebre mirando la noche, que caía en bóveda de astros sobre el Tiberiades.

Había remendado las sandalias de seis discípulos del Rábbi. Había molido tres almudes de trigo para el pan de la familia apostólica. Le goteaba el sudor en la piedra harinera. Y llegóse el Rábbi a mirarle; le pasó su mano por las sienes, y el hombre de Kerioth sentía una suavidad de reposo y refrigerio.

Vinieron también mujeres con el profeta. Adivinábase a su madre entre todas; siempre callada y triste. El hijo tenía el ímpetu, el fervor y la luz, el embelesamiento, las melancólicas postraciones del elegido. La madre, la contenida ansia, el miedo al gozo, el resignado silencio y la sombra trabajada de la predestinación que se cernía sobre él. Su dulce

belleza de nazarena se iba consumiendo en los rudos caminos y en inquietudes no comprendidas por nadie. Todo lo miraba con padecimiento. Judas tembló traspasado del recelo y afán de los ojos grandes, profundos y amargos de María.

Despertó soñándolos. Y hallóse a los pies del Señor.

Los discípulos contemplaban la cabeza del Rábbi coronada de sol, que salía glorioso por encima de un otero azulado.

Y oyóse la palabra de Jesús, firme como un mandato de Jehová.

—¡Judas, sígueme y participarás del reino de mi Padre!

Y se alejaron por el camino de la playa, murado bravamente de piteras.

La costa oriental, tierra de Gergesa, se desplegaba abrasada, roja, llameante.

Tadeo, Felipe y la redimida de los siete demonios iban por la orilla hincando sus bordones en la arena bañada, y daban un grito jubiloso cuando el agua ceñía sus tobillos con ajorcas vivas de claridad. El Rábbi les sonreía al lado de Juan y de *Kefa*. Le seguían la madre, Salomé, Susana, Juana de Chouza; después, los otros discípulos, y el postrero, Judas, que no apartaba sus ojos de la imagen de la hermosa espejada en el mar. Y Judas se dijo que él era como el mar, porque aquella mujer se reflejaba en el fondo de sus pensamientos.

Apagóse el ruido de las sandalias. Callaron todas las risas y palabras, y subió la voz de Jesús:

—...Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal perdiere su sabor, ¿con qué será salada? Vosotros sois la luz del mundo. ¿Y, por ventura, se enciende la lámpara para esconderla debajo del celemín o para que brille sobre el candelabro? ¡Así vuestra lumbre ha de brillar delante de los hombres y guiarlos a la casa de mi Padre!

Se entraron a las sombras de los senderos campesinos.

De las granjas y aldeas salían atropellándose las gentes, y agitaban báculos y lienzos llamándoles. Aplastaban los vallados, arrastrando de sus andrajos y vendajes a los tullidos, a los furiosos, a los mordidos de sierpe, a los lisiados, a los llagados, a la prole canija. Removióse la costra humana y se calentaron los hedores bajo el sol. Clamaban las mujeres presentando los pomos y vasos de aceites y vino, para que el Rábbi tomara de allí con sus dedos y pronunciase sobre sus hijos la fórmula de la salud. Los ciegos, postrados en las orillas del camino, se volvían hacia la voz de Jesús gimiendo: «¡Abrenos los ojos, ábrenos los ojos!» Y, apartados, esperaban los inmundos dando el chiflar de sus laringes hendidas por la lepra.

El Rábbi iba tocando y ungiendo piernas retorcidas, manos secas, pupilas calcinadas, lenguas gordas, babeantes, de mudos, de rabiosos, llagas escondidas entre racimos de amuletos.

Era la humanidad semita sin socorro para su desventura; ni los colirios, ni los bálsamos, ni las hierbas de los esenios, que poseen el texto del *Sefer Refuot*—el libro salomónico de las curaciones—, han podido remediarla. Porque su mal es castigo de las culpas propias o de pecados de los padres. Sus cuerpos están poseídos del Espíritu de la Sangre enferma, del Espíritu del Silencio, del Espíritu de la Ceguera, del Espíritu de la Fiebre, del Espíritu del Maleficio. Son los endemoniados, y sólo el mago, el rábbi, el taumaturgo piadoso sabe las palabras de exorcismo que libran del demonio. Y en todo lugar se acecha el paso de estos hombres que llevan el prodigio en su voz y en su mirada, y apenas se nubla la lejanía con el polvo de su cortejo, la muchedumbre se exalta, y amontona y desnuda sus miserias, y las ofrece bajo la sandalia de los profetas.

Rábbi Jesús descollaba entre todos. El mismo Abba Chelkia y Rábbi Chakina-ben-Dossa, tan colmados de saber, se pasmaban de las maravillas del Rábbi Jeschoua Nazarieth, hijo de Josef.

...Acercábase un centurión, seguido de la soldadesca resplandeciente que venía de jornada. De sus picas colgaban ramas tiernas de terebinto, varas de cidras, támaras de dátiles.

Un legionario blandió su lanza voceando:

—¡Paso al centurión!

Y mordía una naranja, que goteó de dulce oro la úlcera de un niño.

Judas humillóse ante el caballo del romano, y todo temeroso, porque Jesús no se cuidaba del arribo de los amos de Israel, balbució:

—¡Es el Señor, el Señor, que anda predicando la Buena Nueva, y cura los males de los hombres!

—¿Dices el Rábbi Jesús?

Y el soldado hundió los dorados carcañales en su potro, y avanzó gritando:

—¡Rábbi, Rábbi, sana a mi siervo, que aúlla y se retuerce en la estera como atormentado!

Todos quisieron apartar a una vieja hinchada, monstruosa, para que Jesús atendiese al guerrero. Y el profeta la retuvo amorosamente, hasta que tocó su podre y la consoló.

Después volvióse y dijo:

—Iré a curarle.

Mas, el centurión le repuso:

—Mándalo con tu palabra, como yo hago con éstos, diciendo: Id, y van; haced esto, y lo hacen. Así, tú, si quieres, ordena su salud, y mi esclavo sanará.

Los ojos del Rábbi se alzaron llenos de alegría y de sol. Luego, mirando a sus discípulos, exclamó:

—¡En verdad os digo que no hay en Israel fe tan grande como la de este hombre!

Y dirigióse al romano, otorgándole la gracia:

—¡Ve, amigo, y como creíste así te sea dado!

Levantó el centurión su varilla de cepa saludando a Jesús, y alejóse entre la calina y el polvo.

Centelleaba su casco, y el viento le abría la clámide, y traía las dulces canciones del Lacio.

Y Judas oyó a la redimida de los siete demonios, que miraba al Señor diciéndose:

—¡El Cristo, el Mesías es, que hasta el gentil, altanero con el Pontífice, a él le pide beneficios!

Atravesó el Rábbi los sembrados, y una multitud le seguía.

La mies estaba alta, apretada y comenzaba a cuajarse. Salían del verde oleaje las alondras y daban su cántiga como si soltasen del pico un grano de oro que revibraba en el cristal azul de los cielos.

Jesús se quedaba atendiéndolas.

Acababan los panes en la ladera de un monte, tierno de ciclamas, rojo de anemonas que teñían de frescos jugos los pies de la muchedumbre. La cima se rasgaba en dos picos como las dobladas puntas de una tiara.

A la mitad de la cuesta descansó Jesús. Todos le rodearon. Dos hormigas le subían por la sandalia. El Rábbi las tomó blandamente, y las puso dentro de una flor. Bajaban, de nuevo, los pájaros a la abundancia de la llanura. Y decía Jesús:

—¡No viváis acongojados pensando qué comeréis, ni de qué modo vestiréis vuestros cuerpos! ¡Mirad las avecitas que no siembran ni allegan en trojes! ¡Ved los lirios del campo que no trabajan ni hilan; pues yo os digo que ni Salomón pudo cubrirse con vestiduras tan gloriosas como las suyas!

Y quitóse el koufieh para recibir la gloria del día en toda su frente, y tornaba sus ojos a los magnos horizontes y le temblaba de emoción el pecho.

El lago era un óvalo candente; y en el aire de oro tendían sus alas las barcas pescadoras, y pasaban los pelícanos grandes, lentos, y se precipitaban las golondrinas delirantes de luz. El confín se cerraba con la rubia serranía de Djaulan. Más a la izquierda asomaban las sienes de nieve del gran Hermón; a la diestra, el llano pomposo; y lejos, el Thabor ancho, desnudo, fuerte, semejando la cúpula de la patria hebrea.

La mirada del Rábbi fué imprimiendo el silencio en la multitud rumorosa, y derramóse su voz por la ladera:

—¡Bienaventurados los pobres, pobres como vosotros, porque de ellos es el reino de los cielos!

Y ascendía un clamor devoto que iba repitiendo la promesa.

—¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra!

Y las palabras del Rábbi se veían cinceladas en la excelsitud del paisaje.

Y resonó un sollozo de ansiedad y esperanza mesiánica.

—¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!

Todos los ojos se alzaban buscando los de Jesús.

Y el hombre de Kerioth miraba al Rábbi y se volvía a los discípulos y a las gentes, retorciéndose en su anhelo para no gritar, y murmuraba:

«¡No dicen que es éste el Cristo, el Mesías, el hijo de David! ¡Pues cómo bendice las aflicciones si cuando él lo mande será Jerusalén toda de oro; sus casas, de piedras preciosas; su Santuario, el centro del mundo; y todos los príncipes se prosternarán en su presencia; y viviremos en las felicidades de un Sábado perpetuo, y la tierra producirá el lino ya en lienzo y el pan cocido!»

Y la voz del Rábbi seguía sonando en la paz de la ladera:

—¡Bienaventurados cuando os maldijeren y os persiguieren y dijeren todo mal contra vosotros, calumniándoos por mi causa!

Juan tendió su manto sobre un mullido de grama para que el Rábbi reposara en su collado.

La arboleda y las granjas del recuesto iban penetrando bajo la sombra blanda y húmeda que venía del hondo como un humo.

En el crepúsculo de vendaval, de cielo amarillo, turbio, cegado de arenas enviadas por el desierto, Jerusalén hincaba los contornos de sus torreones, de sus cúpulas, de los macizos de mármoles del Templo, de la fortaleza Antonia.

Encima de la ciudad, surgiendo de una banda

de niebla, se estremecía la dulce ascua del lucero de la tarde.

Los discípulos parecían escuchar en el silencio el latido del costado de Jesús.

Juan les señalaba con los ojos el arrobamiento y la tristeza del Rábbi. Y Judas ladeóse para evitar la mirada del «preferido».

Juan le acusó un día de ladrón de los dineros que ministraba como mayordomo de la secta. Y nadie le había defendido; ni siquiera el Rábbi. El Rábbi le perdonó, le perdonó sin mirarle.

Judas caminaba siempre solo y zaguero. Les seguía como en otro tiempo a las caravanas, tomando ahora los mendrugos del apostolado y del amor. Y pensaba: «A mí nunca me llama el Rábbi a su lado. ¿Me desprecian por mi oficio? ¡Pues él me lo confió; y yo me cuido de su desnudez, de sus hambres y de su acomodo; y por mí pueden darse al goce de sus pensamientos y quimeras! ¿Por ventura no ha dicho él mismo que el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, y a un mercader que busca buenas perlas? Pues esas comparanzas arrancadas parecen de mi codicia. ¡Qué tengo yo en mi sangre para que me aborrezcan! Las mujeres alaban y miran a Juan, y en él nada es amable, porque su gentileza tiene un afeminamiento pagano, y sus ademanes y palabras son pobres remedos del Rábbi. Las mujeres atienden a Simón *Kefa*, y es rudo como los peñascos, como el

nombre que el Maestro le puso. Con todos hablan y de mí huyen. María de Magdala me mira como si yo fuese uno de los demonios que salieron de su cuerpo. Las hermanas de Lázaro me dan lo más ruin de su mesa».

Judas levantóse y corrió para alcanzar el grupo que bajaba hacia Bethania. Nadie se acordara de llamarle. Y el hombre de Kerioth jadeaba hiriéndose en la breña. «¡Soy como el perro que busca al amo! ¿Y he menester yo de amo?»

Esa noche cenaban en la casa de Simón el leproso. La cámara alta estaba alumbrada y ruidosa de gentes de las haciendas vecinas, que vinieron a ver al Señor y a Lázaro el resucitado. En su alegría y parabién daba Simón el festín.

Marta no sosegaba previniéndolo todo.

Su hermana recogía la gracia de los labios y de los ojos del Señor reclinado en el lecho, rodeado de amigos. Y Judas sentóse en lo postrero de la tarima. No pudo tenderse, que no le dejaron holgura.

El Rábbi otorgaba al discípulo amado el don de su sonrisa y de su elogio.

Las mujeres también sonreían a ese hombre porque mereció la privanza del Señor, y agradadas de su hermosura y vehemencia.

Acabada la cena, alzóse María, y derramó en la cabeza de Jesús un vaso de ungüento de nardo de espique.

La sala, las viandas, las ropas y hasta la respira-

ción de todos y la noche campesina, todo quedó redundado de fragancia. Y María quebró el alabastro, y enjugó al Maestro con el suave cendal de sus cabellos.

Judas acercóse; vió el bálsamo esparcido, y el pomo, roto; y dejó que su corazón hablase, pensando congraciarse con el Rábbi que enseñaba el bien de la pobreza. Y dijo:

—Más de una libra de ungüento ha desperdiciado, que pudo venderse por trescientos denarios y socorrer a los menesterosos.

Juan y las mujeres se miraban mofándose de su avaricia. La encendida boca de María se dobló con gesto de repugnancia.

Y el Rábbi decidió de este modo:

—¡Judas, Judas, por qué das pesadumbre a esta mujer que hizo obra de ternura conmigo! ¡No ves que sus manos se adelantaron a ungir mi cuerpo para el sepulcro! Tú te vales de la memoria de los pobres. Yo os digo que a los pobres los tendréis siempre entre vosotros; mas a mí... ¡a mí pronto podéis perderme!

Y palideció, y afligióse.

Judas se maldijo; y en el fondo de su alma se desanillaron las dormidas serpientes de los malos designios. Se sentía tan humillado, que le pareció que las sandalias de todos le pisaban en la sangre. Salieron; y él perdióse en la noche.

El más viejo del festín, movía su cráneo venerable pronunciando:

—¡Malaventurado ese hombre! El justo Hillel ha dicho: «¡Nunca te apartes de la comunidad!»

Y los discípulos murmuraban riéndose.

—¡No el de Kerioth, no el de Kerioth, que ha de buscarnos siempre, según ya hizo, porque guarda nuestros bienes y granjea con la confianza de nosotros!

El Rábbi se paró. Vióse su brazo sobre el cielo de luna. Y les dijo:

—¡No afrentéis al hermano! Recordad mis palabras: Al que tomare lo que es tuyo, no se lo vuelvas a pedir. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis?

...Y subía Judas por el camino de Bethania; y resollaba tan fuertemente que el aire abrasado de su pecho le aserraba su boca.

Descansó. Y se palpaba las secas ijadas buscándose los dineros entre los pliegues del cíngulo. Y decía: «¡Más sudo y me canso que la noche en que el Rábbi me viera moler el trigo de su pan!... ¡Yo no sabía de ese hombre; y él me mandó que le siguiese! Se llama a sí mismo el Cristo; y el Cristo ha de esconderse en las casas aldeanas. Sin ese profeta fuera yo venturoso con mujer y con hijos, artesano como mi padre o pescador con barca mía; la misma barca de *Kefa* pude ya comprar. Falsario es y enemigo de nuestro pueblo, porque le aborrecen

los sacerdotes del Señor, que no maquinarían contra el Hijo de David; ni me darían por su sangre el mismo precio que dispuso Moisés por «la sangre del esclavo que el buey acorneara».

Y sacó el de Kerioth los treinta siclos de plata, y fué mirándolos a la postrera claridad de la luna; todos bruñidos; en la faz: la vara florida de Aarón y la leyenda: *Jerusalén la Santa;* y en el reverso: una palma y la copa de maná, y los trazos que dicen: *Siclo de Israel.*

Helkías, que custodiaba el sagrado Tesoro de Corbán, los tomó del primero de los trece troncos de orificia por donde caen los tributos y ofrendas a los arcaces del Templo. Y en tanto que los contaba, le preguntó riendo con mueca de náusea:

—¿Y tú, cuándo nos darás a tu amo y maestro?

Judas revolvióse y gritó:

—¡Yo no tengo amo ni maestro! ¡Perdí mi alegría desde que me llamó ese hombre!

Y los escribas que le llevaron de la casa de placer del Pontífice hasta el recinto del Santuario, le hacían grandes halagos, ensalzándole:

—¡Tú salvas a Israel, tú salvas a Israel!

Judas se ató las treinta monedas en lo más fondo de sus ropas. Y murmuraba: «Dentro de mi carne quisiera ocultarlas. Pueden verlas y recelarían, que dan un relumbror como no tienen los otros dineros. Recién labradas parecen. Mías son, mías son de

justicia. Yo estoy solo entre todos. El Rábbi dispone de amigos».

Y Judas pasaba la cuesta, dejando un furor de ladridos en todos los casales de la montaña.

Apagóse la luna, enrojecida y aciaga. Y la madrugada quedó fosca.

Entonces llegó Judas a Bethania.

Muy lento, descalzo, sigiloso, fué subiendo la escala de la azotea de Lázaro.

Acercóse a la cámara donde Jesús y los suyos se retiraban de noche. Ya sentía la respiración de ellos. Acomodaríase entre todos; y cuando despertasen, nadie sospecharía de su partida.

Empujó la puerta cautelosamente.

Y el frío del miedo penetró en sus entrañas. Una sombra rígida vino hacia él. Y estremecióse Judas bajo la mirada de unos ojos profundos y amargos; y dijo en su alma:

—¡Nunca duerme la madre del Rábbi!

El Padre de Familias

CAJA DE AHORROS DEL SURESTE DE ESPAÑA
BIBLIOTECA GABRIEL MIRÓ
ALICANTE

Y envió a Pedro y a Juan diciendo: «Id y aparejadnos la Pascua para que comamos».

S. LUCAS, XXII, 8.

Y llegada la tarde, fué con los doce.

S. MARCOS, XIV, 17.

Asaf descansó el cántaro en la caliente pedriza de la rambla, y quedóse mirando el camino que subía, socavado entre escombros y cardenchas, hasta la Puerta de los Esenios. El agua temblaba en los frescos labios de la vasija, agua gozosa y penetrada de claridades; dentro tenía color de panal; y, a veces, se trocaba en azul de la mañana.

Asaf miró también el agua, fina, graciosa y fuerte. En verdad el hombre le pertenecía de servidumbre. La recogía de la madre santa de Siloé; la llevaba sobre su hombro, sobre sus doblados riñones. En medio del torrente seco, de la profecía de Joel, donde se acostaban las sombras de las sepulturas, Asaf oía el resuello de su vida cansada y el brinco cristalino, la placentera animación del agua, riéndose y mandándole como la delicada hija de un señor en la giba de su camello. Asaf era el viejo camello del agua. Y hallábala tan desnudita, tan palpitante y frágil, que hablaba manso y bueno con ella y le sonreía.

Una tarde dió por el agua su dolor y su sangre. Otros siervos quisieran arrebatársela. Y él amparó, denodado y terrible, a su virgen. Una oreja desgarrada del camello quedóse sangrando. Y el agua, asustada, salió regaladamente y le curó. Y Asaf la bendijo...

...En aquel día, cuando llegaba a lo alto del barrancal, le pararon dos hombres que traían bastones largos de acacia y las vestiduras polvorientas. El uno era mozo, dorado y enjuto; mordía una flor de mirto; el otro, recio, de carne de escoria; la barba áspera, abandonada y el talante súbito.

Miraron al azacán descogiéndose lienzo del kouſieh para darse sombra. Miráronse también ellos; y el más rudo decidióse y le ordenó:

—Llévanos a tu casa, porque venimos en nombre del Rábbi.

Se les humilló el viejo, y ofrecióles el cántaro.

Y entrambos bebieron, con la sed de la jornada de Bethania.

—Con miedo y codicia hemos bebido, porque viene la tarde y tendrá huéspedes tu señor. ¡Acuérdate del justo que murió de sed antes que consumir el agua de los ritos!

Asaf les respondió sonriendo:

—Siete caminos de sábado ando de sol a sol para llenar las hidrias, y nunca se agota la cisterna para las abluciones.

Y tomó el ánfora; le siguieron, y a poco se detuvo

el siervo delante de un portal enyesado que cegaba.

Pasaron los forasteros; sus mantos, en la espalda, como un oleaje de lumbre, y sus ojos acogidos por la regalada umbría de la casa. De lejos comenzó a llegarles otra claridad de patio, cernida por una lona de color de limón. Muy hondo se deslizaba un ruido de tahona, entre un cantar fenicio de la esclava que rodaba la muela.

Y los dos caminantes evocaron sus días en Sidón, cuando la sinagoga repudiara a Jesús. Sidón la florida; sus jardines, más pomposos que los de Damasco; sus naranjales, de más dulce abundancia que los de Jaffa. Las piedras y el aire de toda la ciudad, penetrados de olores de delicias. Sus peces, más numerosos que las arenas de sus playas, donde el monstruo devolvió al profeta que dudaba. Los collados de conchas de la púrpura resplandecen como tesoros. Las calles tiemblan por el tronar de los telares. Sidón, la profanadora, la maldecida por Jeremías, «la que ha de beber toda la copa de la cólera de Jehová»; casa y madre de mercaderes galanes y aventureros, acostada entre el monte y el mar; la que diera sus cedros, «gloria del Líbano», que techan el Santuario del Señor; la que trabajara en sus obradores el bronce de los sagrados dinteles, recibió la sonrisa de misericordia del Maestro, porque los hijos de la ciudad gentil se maravillan de sus palabras y las atienden con más ahinco que los hombres de Israel. Y salía Jesús a la costa,

envolviéndose y llenándose de la gloriosa alegría del Mediterráneo, y su manto azul le volaba gozosamente. Delante del mar, subiendo y pasando su mirada hasta el confín, como un arco iris encima de las aguas, quedaba el Maestro pálido, callado, y se le hinchaba de dulzuras el pecho. Apartados, le aguardaban, mirándole, los discípulos. Fueron en aquellas tardes escasas sus palabras, y le salían temblando como palomas. Y otra vez caminaba, y de cuando en cuando volvía la cabeza hacia el mar. ¡Oh, no podía apartarse el Rábbi de su hermosura! Se alzaban las gaviotas, entrándose en los horizontes como siguiendo las rutas de emoción abiertas por los ojos de Jesús... Y en la ribera cantaban los hombres fenicios, previniendo sus naves de proa afilada y enemiga. Y llegaron, entre palmares y marismas, a Tiro, la sabidora de galanías, de invenciones y molicies. Sus hijos cuajan el fuego en primores de vidrio. En las huecas columnas de cristal de sus templos paganos, arden luces perennes; y, de noche, Tiro semeja labrada de piedras preciosas... Y he aquí una mujer cananea que les sigue, implorando para su hija endemoniada las migas de la gracia caídas de la mesa del Señor. Y Jesús le dió su amparo. Y luego salieron. Y cuando ya subían las tierras abruptas de Decápolis, se paró el Maestro y volvió sus ojos a la infinita desnudez del mar. Suspiró, y entróse para siempre en las ciudades confinadas.

...Recordando la jornada mediterránea, sentía el forastero mozo y dorado la delicia del oleaje hirviendo de espumas en la costa fragosa, y la calma azul en las playas rubias y en los muelles que llamean de riquezas. Las aguas grandes y libres prometían una tierra clara, virgen siempre para un semita...

Pero el otro caminante, de piel trabajada, arrebatado más por el fervor de lo presente, sintió, desde lejos, los pasos y los golpes del báculo del Padre de Familias, y adelantóse para darle paz, y pronunció:

—Somos de los que siguen al Rábbi Jesús. Yo soy Simón Pedro, y éste, Juan.

Llegóse el anciano vestido con túnica suelta del color de la amatista; sus barbas, como de toisones; su cabellera, lisa; su cayado, de naranjo, y, desde la curva hasta en medio que coge la mano, tenía esculpido el salmo de la confianza en el Señor contra todo maleficio. Sobre el amplio pecho le resonaban los talismanes y el enorme anillo de su cifra, colgados de un collar de bronce y calcedonia verde.

Les hizo reverencia, y murmuró:

—Sé quien sois. Marcos, mi hijo, ha caminado algunos días con vosotros. Y os vi la noche que Nicodemus y yo buscamos al Cristo para avisarle de peligros.

Entonces Juan dió su mensaje:

—Rábbi Jesús nos encomendó: «Aparejad la

Pascua». Y como nosotros le preguntásemos: «¿Pues en dónde has de comerla, Maestro?», él estuvo mirándonos a todos; y nos llamó a mí y a Simón Pedro, y dijo: «Id a la ciudad; hallaréis un hombre con un cántaro subiendo la cuesta de la fuente; preguntadle por su señor y seguidle a la casa; y cuando saliere el Padre de Familias, confiaos diciéndole: Esto dice el Maestro. Mi tiempo se acerca. Muéstranos la sala donde recogernos para celebrar la Pascua».

Y el anciano se humilló pronunciando:

—Así sea.

Y les llevó fuera de las paredes del huerto; y montaron por la gradilla de la terraza, cuyos travesaños de pino de Alepo, calientes de la mañana primaveral, destilaban la resina olorosa.

Las eminencias de la ciudad santa ardían como antorchas de sol. La torre Hippicus, que sube ochenta codos; la torre Fasael, que evoca el faro de Alejandría; la torre Marianne, trono de recreación de la amada del gran idumeo; lejos, la torre Antonia, que prorrumpe de una raíz de peñascales pulidos como jaspes; y al lado, los altos y pináculos de la Casa del Señor, todas las cumbres de Israel relumbraban como frentes ungidas, llenas de emoción gloriosa de todo paisaje, coronadas de guirnaldas de golondrinas y palomas. De los vergeles y granjas del collado de los olivos, y de los jardines de poniente, llegaban olores de abundancia y de

suavidad. Jerusalén resplandece de una azulada blancura. El cielo intenso de Palestina semeja venir y redundar la cal y la piedra... Como en un descanso del éxodo, el aire está traspasado de un polvo dorado y de balidos de los rebaños pascuales. Por las afueras se esparce la muchedumbre, y suenan como torrentes en crecida los barrios angostos de los bataneros y lañadores devorando las últimas horas de la faena que ha de callar siete días, desde que comience el santo de la Preparación...

...Juan hallóse solo en el goce de la mañana. Simón y el huésped aderezaban la sala. Y juntóse con ellos.

Ya estaban mullidos los tres escaños y tendida la alfombra, y encima el ruedo de piel para recibir la mesa parada con estofas de Sidón.

Y Juan dispuso las tres cabeceras: la de la banca de en medio, del Rábbi; la del lecho de la diestra, de *Kefa;* la del siniestro, de Santiago el Mayor.

Y subieron la paila, el lienzo y ánfora para la ablución; y la copa de dos asas para las libaciones de precepto; y las vasijas y escudillas de bronce—que son impuras las de alfar—; y la crátera de vino bermejo de la Judea.

Y en tanto que Marcos cocía en el hogar del *kiraim* las almendras, las nueces, los higos, los dátiles y cidras con canela y vinagre del *Kharóset,* hasta que todo se fraguara tomando la forma y la roja color del ladrillo—que recuerda los trabajos del

cautiverio—, el Padre de Familias lavaba el coriandro, la endibia, la lechuga, la achicoria salvaje, el cardo y el marrubio, que componen las hierbas del *Merorim* de la Ley de Moisés, y los dos discípulos molían el candeal, la espelta, el sekale, la avena y la cebada para los ázimos.

Asaf encendió el horno. Luego fué derramando granos fermentados en lo retraído de los aposentos. Porque en la casa israelita se recoge ese día toda levadura. Y para que el hallazgo se cumpla siempre, antes se esconden semillas y masa que se hinchan.

Y prendidas las lámparas de mano, recorrieron las estancias; y el viejo huésped iba invocando:

—¡Alabado y glorificado sea Jehová, nuestro Dios, Señor de eternidades, que nos santifica por sus mandamientos y nos ordena hoy destruir lo que fermenta! ¡Que todo fermento y levadura que hay y pueda haber en mi posada se desestime y quede como el polvo de los caminos!

Y bajo todos sus techos se escucharon las palabras rituales.

Y acabada la ceremonia, y saliendo al hortal, quemaron la pasta y las simientes prohibidas. Y allí los discípulos escogieron las dos ramas más verdes de un granado, porque con ellas, que sufren mejor el fuego que las de otro árbol, está dicho que se ate o cosa al cordero muerto.

Después, Juan y Simón fueron a mercar en las ferias de la Pascua la res más blanca y perfecta.

Y la llevaron sobre sus hombros, y ya cercanos a la Puerta de Sussa, surgieron los alaridos de las trompetas de oro que tañían los sacerdotes desde su atrio, abriendo la hora de las inmolaciones, y los levitas cantores entonaban los salmos de triunfo y de gracias del himno de Hallel:

¡Ensalzad, hijos de Jehová,
ensalzad el nombre del Señor!

...Cuando el Padre de Familias y Marcos, su hijo, sacaban del horno los panes cenceños, vino Asaf anunciándoles que Jesús y los suyos habían atravesado el torrente.

Asomóse el anciano, y el siervo, con el brazo tendido, le señalaba el grupo apostólico: delante, el Rábbi, en medio de Juan y de *Kefa,* que salieron a esperarle al pie de la inmensa gradería de Sión.

Pronto fueron surgiendo en lo último del áspero camino. Y descansaron.

Desde allí aparecía toda la casa elegida para la Pascua, grande, blanca y sencilla, perfilada sobre el crepúsculo, reposada en el silencio de su retiro y en la pureza del cielo como en un regazo. Y de dentro de la ciudad llegaba un vaho y ruido de gentes y rebaños apretados en las calles profundas.

Subió Jesús a la terraza, y quedóse contemplando la tarde. Las sueltas puntas de su turbante y las

bandas de sus cabellos aleteaban llenas del último sol, redondo, viejo y estremecido.

Y tornóse al oriente, porque allí estaba su montaña, montaña pingüe, ancha y regada. Todas las veredas tienen el sello de su pie; sus árboles han tocado sus hombros y sus sienes, dándole sombra y alimento. En lo remoto se abren las palmas de Bethania; conoce las que amparan el portal de sus amigos... Gethsemaní levanta sus cipreses inflamados de ocaso, y sus generosos olivos dan el resplandor de su fronda de plata. Luego se derraman los cebadales. Señalada está la porción de la garba pascual para que el Pontífice la siegue permitiendo la cosecha. Junto al camino de Jericó, que se tuerce por la ladera, desborda el alborozo de los Bazares de Annás; sus dos cedros centenarios mueven los brazos de oro traspasados de tórtolas y palomas. De ellas fueron los pichones que ofreció María de Josef por el nacimiento del Rábbi. Y sobre el talud de margas del Cedrón se amontona la barriada aldeana de Betfage; el pámpano nuevo de sus higueras se cuaja en lancillas de sol como las candelas de un tabernáculo campesino...

Ya salía foscor de los hondos y cañadas, y se enfriaban los olores. Olor de viña verde, olor de sembrado maduro, de frutales y promesa...

Y Jesús recordó los avisos de sus recatados adictos; y sus ojos buscaron a Judas.

Judas plegó la frente.

Y sintiendo el Maestro que se le empañaba la mirada, dirigióse al cenáculo, en cuyos umbrales se le postró el Padre de Familias y le dijo:

—Deja, Rábbi, que yo y mi hijo te sirvamos.

Y pasaron todos.

Humeaban, crepitando, las lámparas recién encendidas, y eran de una lumbre amarilla y flaca que traía emoción de noche murada, y temblaban sobre fondo de cielo, cielo de placidez de tarde.

Avanzó el grupo al triclinio. Y Judas el de Kerioth quedóse reacio entre dos ventanas.

Entonces Jesús le convidó a que fuese.

—Dejaste que tus hermanos escogieran lugar; pero mira que la última almohada está a mi lado, y serás como Juan: él, en un costado mío, y tú, en el otro.

Así se acomodaron: el Señor, Juan y Andrés, en el lecho de en medio. A la cabecera diestra, Pedro; después, Felipe, Bartolomé, Tomás y Mateo. Y a la de la izquierda, Santiago el grande, y en pos, Santiago, hijo de María Cleofás, y Tadeo, su hermano, y Simón el Zelota, y Judas.

Oraron sentados, y se descalzaron las sandalias y se tendieron.

Trajo el huésped la gran copa, y puso vino de sus lagares de Engaddi y agua de la acarreada por Asaf.

Y alzóse la voz de Jesús pronunciando:

—¡Bendito sea nuestro Dios y Padre mío, que ha creado el fruto de la vid!

Y probó del cáliz y lo dió a Juan, suspirando:

—¡Con qué ahinco he deseado estos instantes! ¡Mi Pascua de despedida!

Y en sus ojos y en su frente, frente de cumbre que recibe el primer sol, pasó un apagamiento de inquietud.

Acercaron la vasija de la ablución, y la delicada mano del Rábbi se hundió en el agua.

Judas halló su diestra de tan recia villanía, que la fué apartando de la tabla.

De improviso, irguióse el Maestro.

Kefa y Tomás tenían muy asida la copa, y miraban con enojo a Santiago, el *Hijo del trueno,* que la exigía como debida a su rango. Para él y Juan pidiera su madre Salomé la privanza del Señor. Pedro gritóle que el cáliz había de pasar a la redonda. Cundió la discordia de banca a banca.

Jesús sonreía con amargura. Y ellos, no entendiéndole, se querellaban, y algunos también se reían lo mismo que rapaces. Mas, Santiago y Pedro disputaban sañudos.

El Padre de Familias iba ofreciéndoles el agua y el paño del rito; y los arrebatados apenas sumergían los dedos ni se enjugaban por la prisa de bracear, que en Israel es súbito el enojo y la injuria fácil.

Y la voz de Jesús, voz sin grito ni bravura, pasó serenamente encima de todas las voces, y redujo todas las voluntades y quedóse sola en el silencio de la cámara:

–¡Hasta cuándo seréis con apetitos y altiveces de otros hombres! Las gentes se avasallan; no así vosotros; antes el que es mayor hágase como chiquito, y el que precede y manda, como el que sigue y sirve... Recordad que todos vosotros habéis permanecido conmigo en las tentaciones, y las hollamos. Yo dispongo del reino para vosotros como mi Padre dispuso de él para mí; y juzgaréis las doce tribus del pueblo elegido. ¿No estoy yo en medio de todos vosotros? Pues ved lo que hago.

Y levantóse, y quitándose el manto, se ciñó el lienzo de enjugar a manera de esclavo. Vertió agua en el barreño, y postróse y tomó los pies del discípulo amado.

Pero Juan los encogía diciendo:

–¿Qué quieres, Señor?... ¡Deja, deja, Rábbi!

Y como Jesús insistiese con supremo mandato, Juan pasóse delicadamente la fimbria de la túnica por sus plantas, para entregárselas limpias de la tierra.

Todos se habían incorporado mirándoles.

Y la sangre del de Kerioth criaba como un humo de desgracia y de aborrecimiento viendo a Juan, pálido de dolor delicioso porque se le comunicaba a toda su piel la grandeza abatida del Maestro. Y tuvo congoja y se conmovió todo su cuerpo cuando Jesús, humillándose más, le besó los pies, todavía húmedos.

Rugió Pedro y derribóse en los tapices.

Desde allí voceaba:

–¡Y tú, Juan, y tú has consentido!

Sonrió el Rábbi, y se puso delante de los hinojos de Judas.

Palpóse Judas su rostro, porque sentía un ardor tan espeso que creyó que se le hinchaban las mejillas. Quiso también sonreír, y dobló su boca con gesto de sollozo.

Desde el suelo le subía la mirada de Jesús, que le balbució muy despacio:

—¡Judas, Judas, aun padeces por mí!

El de Kerioth tragaba resollando un aire amargo.

Y el beso del Maestro quedó en sus pies como una brasa que le llagaba la vida.

Acercóse Jesús a Simón Pedro.

Y el apóstol se revolvió encrespado de una humildad hirsuta. Y miraba reciamente a sus hermanos, queriendo que de él recibiesen su austera enseñanza en contra de Juan y de Judas.

Por eso gritó:

—¡Nunca, Señor, lavarás mis pies! ¡La tierra y la podre de mi carne tocada por tus manos, Rábbi!

Mas, el Señor levantóse, grande y severo, avisándole:

—¡Mira que si no te lavare, no participarás de lo mío!

Entonces, *Kefa* doblóse muy dócil y medroso, y gimió:

—¡Señor: toma mis pies y mis brazos y mi cabeza, y toma mi alma para que la sumerjas en tu gracia!

¡Señor, Señor, no me apartes de ti, que yo quiero ser limpio!

—¡Limpios estáis; pero no todos!

Se contuvo Jesús; y volviendo un poco la mirada, añadió con palabras del salmista:

—¡Conmigo parte el pan el que ha levantado su calcañar para derribarme!

Y después lavó a Mateo, de sutiles claridades y elegancias de su pasada vida entre paganos, el que dejó por Jesús los bienes de su oficio; y a Felipe, tierno y asombradizo; y a Bartolomé, que tenía la frente como una losa vieja, el que vino a la familia apostólica traído por Felipe; y a Tomás, que se paraba pensando toda palabra y la seguía en silencio como si atendiese el volar de las aves, y siempre pedía más razones; y a Santiago, inflamado y adusto; y a Tadeo, mocil, brioso y alborozado; y a su hermano Santiago, enjuto, menudo y devorado por la penitencia, el que nunca se ungió ni bañó ni rasuró su carne; y a Andrés, el que creyera en Jesús antes de verle, sólo por predicciones del Bautista; y a Simón el Zelota, intonso, callado, de una humildad generosa de tierra labrada...

El Padre de Familias y su hijo Marcos acudieron a levantar al Maestro, llevándole a la mesa.

Y todavía respirando cansadamente dijo Jesús:

—Me llamáis Maestro y Señor; pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, también vosotros debéis humillaros los unos a los otros, mas

sin rencores, sino amándoos. Es mi nuevo mandamiento que os améis: ¡que os améis como yo os he amado!

Y desfalleciόle su voz de tanta ternura. Y recostóse.

Trajeron los panes y las hierbas amargas.

Escanció Marcos la segunda libación.

Y ya todos bebieron, esperándose como buenos hermanos.

Suavemente cantaron los salmos del rito, que comienzan:

«¡Alleluya!... ¡Salió Israel de Egipto; salió la casa de Jacob de un pueblo bárbaro!»

Y acaban:

«¡El Señor ha librado mi alma de la muerte; mis ojos, de las lágrimas; mis pies, de atolladeros... Agradaré al Señor en las regiones de las beatitudes eternas!»

Después, Santiago, el que fuera esenio, el más austero y sumiso a todo dictado de la Ley, propuso a Jesús las consultas de la comida pascual. Porque allí era entonces Jesús padre de familias.

Y las preguntas fueron de este modo:

—¿Por qué en esta noche comemos panes sin levadura?

—¿Por qué en esta noche comemos hierbas amargas?

—¿Por qué en esta noche comemos el cordero asado, y en las otras es permitido cocerlo según nuestro acomodo y gusto?

–¿Por qué hoy participa toda la familia de la misma mesa?

Y todos se alzaron para recitar el *Hagada* del Deuteronomio.

Sirvieron la res dorada y olorosa.

Y Jesús fué contestando.

Pero mientras contaba la partida de Egipto, cuando la masa no había subido en los añacales y artesas; y el recuerdo de las amarguras de la servidumbre; y el tránsito del Angel del Señor segando con la hoz de la peste la vida de los primogénitos, cuyas casas no tenían la señal de sangre del sacrificio; y el caminar de toda la familia de Israel a la holgura de la libertad y posesión de la tierra prometida, «tierra de arroyos y de fuentes», «tierra de trigo, de cebada y de viñas; de higueras, de olivos y granados; tierra de aceite y de miel, donde gozará abundancia de pan y de todas las cosas...»; mientras glosaba el relato mosaico, Jesús se paró algunas veces, y miraba a Judas...

Judas sentía todo el recinto herido por el latir de sus arterias. Y quitaba el brazo del cojín, porque su codo parecía apoyarse en un corazón cansado; y quitaba la mano de la tabla, porque sus dedos también dejaban las duras palpitaciones de su pulso ¿Y no verían los otros su miedo y su culpa?

«¡Ese hombre–pensaba–ya sabe mi engaño! Cuidé yo siempre de ellos; y hoy llamó a Juan y a Simón Pedro para que preparasen la Pascua; los

hizo sus emisarios, y ocultó el nombre del huésped. A mí me retuvo, y nunca me atendió tanto su mirada. Al lavarme, oprimía mis pies entre sus manos y su seno; mis pies tocaron su vida. Me sonríe; me buscan sus ojos para sonreírme; si ahora me volviese, me recibiría su sonrisa... ¡Yo no me volveré! Su sonrisa, su sonrisa se deshace en mi alma como una queja... ¡Yo no me volveré!...»

Y Judas tornóse hacia Jesús.

Todos miraban calladamente al Maestro.

«¿Estaba llorando el Señor?»

Y los discípulos se tiraban del manto, se tocaban en el hombro preguntándose:

—¿Qué tiene, qué tiene el Señor?

En aquel instante, Marcos ministraba la tercera de las libaciones.

El Rábbi pasóse los dedos por los párpados; se alentó en sí mismo, y tomó de las hierbas amargas la porción de la «grosez de una oliva». Rompió un ázimo para untar pan en el suco de las frutas cocidas. Pero se contuvo; y respirando con anhelo dijo:

—¡Cuando se levantaba el sol, y nosotros conversábamos a la sombra de las palmeras de Bethania, los levitas pronunciaron la execración de muerte contra mí delante de todas las sinagogas de Jerusalén...! ¡Proclamada ha sido mi *Shammata!*

Y Simón Pedro profirió espantado:

—¡Tú morir, Señor!

—¡Escrito está! ¡Y uno de vosotros ha de entregarme!

Y creyeron que su voz se afondaba en soledades infinitas.

Todos aguardaban que pronunciase un nombre. Y el silencio del Maestro les acongojaba y empavorecía. Bramaron de ansia; se removían sus lechos recrujiendo; se hincaban los ojos en los ojos, acechándose. Llegaron a la duda de sí mismos. Y angustiados de caer en la ruindad, gemían:

—¡Rábbi!, ¿soy yo?

—¿Acaso seré yo, Señor?

—¿Y yo, Maestro?

Y fueron levantándose y preguntándolo todos.

Judas dobló la frente, y también tuvo que decir:

—¿Seré yo?

Entonces Jesús allegóse a su mejilla y le susurró:

—¡Tú solo lo has dicho, Judas!

Juan le llamaba. Atrajo el cuello del Rábbi, y reclinóse sobre su hombro.

—¡Maestro, dímelo; dime quién es!

El Señor le repuso esfumadamente:

—Mira a quien yo dé el pan untado.

Y redundando un trozo en el kharóset, ofrecióselo a Judas, diciéndole:

—¡Lo que hayas de hacer, hazlo pronto!

—¿Quién ha dicho?—rugieron los otros.

Judas salió engullendo atropelladamente el manjar.

Desde el último peldaño de la azotea se detuvo a saber si le seguían; pero del cenáculo sólo bajaba un dulce recogimiento. Y el huído arregazóse la túnica y el manto, y corrió al refugio de la casa del Pontífice.

Había cerrado la noche.

La mirada de Jesús buscó la pureza de los cielos. Comenzaba a subir la gran luna sobre la montaña de su reposo. Imaginó su Bethania, toda blanca de la suave lumbre, y toda aromada como hecha de los nardos de María, la que siempre se embelesaba escuchándole. Y el Rábbi bebió de la postrera copa de la vieja Pascua.

Por las abiertas ventanas se acercaba a su vida la caricia de la noche. Y probó en sí mismo los sabores de la grandeza del escogido... Se hallaba en la hora del íntimo deleite del héroe antes del sacrificio. Le rodeaba una Creación perfumada, vaporosa, de sueño de jardines y luna. En todo pasa un delicado temblor de goce. El cielo y la tierra se complacen en su hermosura con una inocencia de hermanos. Todo se presenta rendidamente al elegido. Lejos, asoman las aflicciones. Todavía puede contemplarlas como un horizonte. Aquel apartado sufrir es suyo. Y él avanzará solo para tomarlo como si alzase una gracia para él guardada. Está serenamente en presencia del sacrificio aceptado.

Y Jesús se exalta fuerte y dichoso.

¡Ya estaba con amigos!

Marcos y su padre se habían retraído en el umbral. Desde allí vigilaban la mesa y atendían al Cristo.

Los discípulos se van recodando en sus almohadas, regalados con el habla del Rábbi. Juan parece adormecerse recogiendo la tibieza y el grato olor de las vestiduras del Maestro.

Ven ya al Rábbi muy remoto de todo daño. Aquellas palabras y aquel desfallecer no fueron sino un presagio para distancias que acaso nunca tengan término. A todos nos conturban tristezas que, al deshacerse, se nos antojan que no hayan traspasado nuestra vida. Nos olvidamos de nuestra misma muerte. ¡Y cómo ha de entregarle nadie de los que le aman! Descansaban en Jesús. Nada más *Kefa* se distrajo de sus encendidos conceptos para acordarse de Judas. «¿Adónde había ido el de Kerioth?» Y Juan hizo un visaje desdeñoso. Y Tadeo pensó que por los menesteres de mayordomo quizá Judas fuera a cumplir mandados del Rábbi. Había empezado la vigilia de la gran fiesta. Bulle Jerusalén de gentes patricias, pero también de menesterosos que llegan siguiendo a las caravanas. Judas habrá salido para dar socorro a algunos galileos pobres. No les olvida el Rábbi.

En tanto, Jesús les anuncia palpitantemente la glorificación de la obra mesiánica. Ya se cumple. Se les acerca el reino. El Padre les abrirá las puertas de su Casa de bienaventuranzas.

La palabra del Señor va dejando una claridad gozosa. Sus amigos, acostados, le escuchan contemplando las promesas como un paisaje bajo un amanecer purísimo. En verdad sienten que ven y tocan la magnificencia que les será dada. ¡Oh, es más grande que la que rodea al Tetrarca en Tiberiades; más gustosa que la hartura de bienes del romano en Cesárea del Mar, vedadas siempre a ellos! ¡Y surgía de su misma pobreza por el triunfo del Rábbi! El Rábbi lo dice sin nieblas de parábolas ni proverbios. No tiene su voz el misterio de lejanía que antes exhalaba.

Por eso palidecen asustados y se mustian de desesperanza cuando Jesús, entornando los ojos y conturbándose, les previene que él ha de dejarles, que él se adelanta para prepararles el lugar prometido en la mansión del Padre, y ellos irán a su encuentro, que harto conocen el camino.

Fué Tomás el que atropelladamente le interrumpió:

—¡No te marches, Maestro! ¡Mira, Señor, que nosotros no sabemos adónde quieres ir! ¡Cómo podremos conocer el camino!

Jesús mostróse sobre el recodadero, y golpeándose el costado dijo:

—¡Yo, yo soy el camino, y la verdad, y la vida! ¡Nadie viene ni alcanza a mi Padre sino por mí!

Entonces Felipe, sobrecogido, desalentado porque el lenguaje del Señor se sutiliza místicamente,

alejándoles de las realidades columbradas, y porque oye que han de ir a la casa del Padre a quien nunca han visto, Felipe le pide, balbuciendo de cortedad:

—¡Al menos, Señor, enséñanos tú al Padre!

Y volvióse el Rábbi, y pronunció con amargura:

—¡Tanto tiempo a mi lado, escuchando, presenciando mi vida, y no me comprendiste! ¡Pero si el que me ve a mí ve también a mi Padre!

Y les miró mucho; y adivinó la orfandad en que quedarían.

Vibraba su ánima de lástima por la flaqueza de aquellos hombres. Necesario era que se uniesen queriéndose en sí y en bien de la nueva evangélica.

—¡Amaos, amaos como yo os amé!—Le ahogaba un sollozo inmenso. No le era dado evitar ya su partida. Huir de ella o retardarla derrumbaría su obra, apagaría las visiones de los profetas.

Los discípulos escarbaban dentro de la voz, buscaban dentro de los ojos del Rábbi, ceñudos del esfuerzo, empujándose con el corazón por entenderle.

La frente de Pedro era una borrasca de arrugas. La de Simón el Zelota semejaba atada por un pliegue gordo, trenzado como un cordel. Las cejas de Felipe subían trabajosas, rompiéndose. Las de Tomás se juntaban tirantemente. La cabeza de Bartolomé se doblaba, abovedándose pelada y fría. Mateo la descansaba suave y triste en su mano. Juan imaginaba siempre, perdiéndose su mirada en los rizos

de luz de las lámparas. Todos esperaban, esperaban en el Rábbi.

Y Jesús, transido de piedad, les sonrió pálidamente ofreciéndoles que nunca habían de perderle. Tendrán su espíritu, que les fortalecerá en todo momento.

Entonces ellos aun se apuraron más por comprenderle...

¡Había de darles una prenda efusiva y corporal de su memoria! Miraba y atendía en su torno y dentro de sí mismo. Se derretía el tiempo como un aroma. Todo rumor, toda pisada resonaba en su alma. Los avisos de Nicodemus, del Padre de Familias y del varón de Arimatea, podían ya cumplirse. Cerca estaba la casa de los enemigos; y el de Kerioth habría fraguado la celada. Estaba acechado por el aborrecimiento. Lo aspiraba, lo recogía del mismo aire de la noche acendrada, ¡tan dulce y deliciosa, oh, Padre!

Había pasado la hora de la Pascua, la deseada como su último contento. Ya sólo le esperaba el sufrir, seco y cauteloso.

Y de nuevo se contempló, y miró toda la olvidada mesa. Quedaban dos ázimos cabales. Y le resplandeció su faz y dijo entristecido:

—¡No estaréis sin mí, porque quiero quedar conmemorado entre vosotros!

Y tomando un pan, lo quebró en once trozos con sus dedos finos y dorados del sol de las jornadas

de sus predicaciones; puso los fragmentos encima del otro ázimo, y exclamó:

—¡Aquí está mi carne! Vedla bajo estas apariencias. Ya el pan es cuerpo y vida mía. ¡Comed y alimentaos de este manjar nuevo. Y lo que yo hice, haced vosotros siempre en mi memoria!

Todos tomaban de aquel pan mirándolo mucho, y después comían.

Jesús llegóse la copa, apartada porque habían cesado las libaciones del rito. Y acudió el anciano huésped y sirvióle.

El encendido vino quedó quieto y centelleando bajo las luces, con la densa color de la sangre.

Y oyóse al Señor:

—¡No beberé más del jugo de la vid hasta que estuviere al lado de mi Padre!—y alzó de las dos asas el cáliz, que era de ágata y se traslucía rojamente, y parecióle una herida suya.

—¡Mi sangre; es mi sangre que sella una alianza perdurable entre la tierra y el cielo! ¡Bebed todos de ella!

Y se le rompió de pena la voz, la voz que fervorizaba las muchedumbres, que caía sobre las aguas y los campos como una gracia.

...Y habiendo bebido los discípulos, entonaron el salmo de las alabanzas y aflicciones:

«¡En las riberas de los ríos de Babilonia nos sentamos llorando, porque pensábamos en ti, Sión!

»Colgamos de los sauces nuestras arpas y cítaras.

»Y los que por fuerza nos llevaban, dijeron:

»Cantadnos canciones de vuestra patria y de vuestro Dios.

»¿Cómo cantaremos cánticos del Señor en tierra ajena?»

... ...

...Salió Jesús bajo los cielos, y alzó la frente hacia toda la noche.

La cumbre de la montaña de los Olivos exhalaba un humo de plata, y de la hosquedad de la ladera iban surgiendo alumbrados los contornos de los casales. De toda la espesura prorrumpían los dos cedros de Annás, escarchados de luna.

En el hondo, al abrigo de las puentes del Cedrón y de los muros, temblaban las hogueras de los peregrinos que ya no hallaron casa, ni parador, ni bóveda, ni reparo en el recinto de la ciudad.

Jerusalén había tendido en sus techos y cúpulas un tocado de novia, de nieblas y de luna. Era como un inmenso almendral en flor.

Lejos relumbraban los atrios del Templo sobre los horizontes todavía privados del plenilunio. Y las estrellas, desnudas y grandes, palpitaban entre las recias fantasmas de los torreones...

Jesús tuvo frío; y él mismo se oyó el gemir de su vida.

Ya no estaba la noche de Nisán delante de sus

padecimientos; ahora avanzaba la aflicción sobre el fondo de la tierra dormida y olorosa. Todo estaba habitado por sus dolores. Y se le conmovió el pecho como si recibiese la pujanza de un amargo oleaje. Y oró sublimemente:

—¡Padre, Padre, viene ya el momento! ¡Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti! Yo te he ensalzado por la faz de la tierra. ¡Comienza lo postrero de la obra que me encomendaste!

Acudieron los discípulos a su lado y le contemplaban en su arrobo trágico.

Estaba el Rábbi rígido y blanco de luna. Le llamaron, y él les sonrió sufriendo.

Abandonó sus brazos en los hombros amigos y clamó:

—¡Padre, Padre, míralos! Tuyos eran y me los diste a mí. ¡Y han creído! ¡Por ellos pido, Padre! ¡Yo ya no estoy en el mundo; pero ellos se quedarán solos! Guárdalos como yo los guardé. Nada más me falta el *hijo de perdición*... Como tú me enviaste, así yo los envío a las gentes. ¡Padre, Padre: yo en ellos como Tú en mí! ¡Padre justo: el mundo no te ha conocido; pero éstos, oh Dios, éstos me han amado!

Le habían rodeado refugiándose como hijos chiquitos al amparo de su vida. Allí, muy junto a su cuerpo, sintieron cómo brotaba el manantial de la plegaria, exaltada de toda la sangre del Maestro; y llegando a su boca, florecía en palabra. Y la palabra de Jesús se derramaba, se expandía dentro del

silencio y de la pureza de la noche; y todavía produciéndose la voz en los labios semejaba oírse muy remota, elevada en el cielo, penetrándolo todo. De súbito calló, y crispósele la frente y convulsionaron sus manos como las de un hombre, como las de otro hombre espantado.

Juan sintió en su carne el agarramiento pavoroso de los dedos de Jesús.

Una nube baja, escapada como un monstruo de los abismos de Gehenna, había cegado la luna, y apagó la noche.

Se entenebreció todo el grupo, y resaltaron las llamas aciagas de las lámparas del cenáculo; y la voz del Rábbi sonó conturbada y ronca:

—¡Quien guarde dineros en su ceñidor, que los tome, y vended también la túnica y comprad armas!...

Simón Pedro y el Zelota mostraron sus espadas breves y agudas.

—Hay dos sicas, Maestro. ¡Tenlas!

Se había fundido la nube, y la luna apareció más limpia y excelsa. Y el Señor quedó iluminado, y parecía muy exprimido, muy débil, y suspiró:

—¡Venid!

Otra vez volvióse a toda la noche. Pero luego se arrancó de la última dulzura de su deliquio. Y, abrazando al huésped, comenzó a bajar la escala de la azotea, todo lleno de luna.

El anciano, su hijo y Asaf le miraban desde la acitara.

Ladraban perros que devoran las inmundicias de los arrabales. Y de una almena vino, entre la bruma, el chiflar helado de un buho.

El Rábbi adelantóse a la gradería de Sión.

Todos se le juntaron mirando el valle. Había lumbres de caminantes sin posada, y tránsito de rondas del *Palhedrín* y del Pretorio.

Retrocedió Jesús, seguido de los suyos; y bordeando el torrente por lo obscuro de las murallas, fueron ahondándose hacia la *Puerta de los Rebaños,* bajo cuya bóveda se detuvo un sábado, y con polvo humedecido de su boca ungió los párpados parados de un ciego y se los abrió al júbilo del día; y como los fariseos porfiasen entre sí de lo lícito del prodigio, él les reconvino: «Porque os obcecáis en el pecado permanecéis como este hombre estaba antes de que yo le sanase, y no me veis. Yo soy la verdadera puerta de las ovejas. Quien por mí entrare será salvo y hallará pastos sabrosos. Yo soy el buen pastor que da la vida por sus corderos...»

...Ahora, cuando pasaba bajo el saledizo del adarve, también se paró.

—¿La recordáis?... ¡Esta era mi puerta!

... ...

...Hasta que el Rábbi y sus discípulos se sumergieron en la noche profunda de las afueras muradas, hasta fundirse su voz y perderse el hollar de su pie, estuvieron atendiendo su camino el anciano, su hijo y Asaf.

Les dejó el siervo para mirar unas sombras que se recataban en los tapiales.

Y a poco tornó diciendo que eran gentes de la casa de Annás y guardas del Sanhedrín, y que habían rodeado el huerto, espiándoles.

Pidió el anciano su cayado; y antes de ir a su aposento quiso asomarse al cenáculo.

Se habían agotado dos candelabros del triclinio, y la luna se acostaba en las losas y subía al lecho que tuvo el Rábbi.

Soltóse el Padre de Familias del hombro de su hijo, y fué avanzando con las manos juntas, estremecidas y frías; sintió que sus sandalias retumbaban como en un recinto muy hondo; que se remontaba la bóveda recia y triste sobre su cráneo. Y penetró en su sangre y en sus huesos el filo de una emoción desconocida, emoción de lo que no se ve y sale de todo lo que miran los ojos; emoción de una presencia que no está y atraviesa los muros, y el aire nos toca como unos dedos impalpables; emoción del primer hombre pisando las piedras del primer templo cristiano...

EL MANCEBO QUE ABANDONA SU VESTIDURA

Mas él le respondió diciendo: «Maestro, todo esto he guardado desde mi juventud». Y Jesús, poniendo en él los ojos, le amó y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme».

S. MARCOS, X, 20, 21.

Y un mancebo iba en pos de él cubierto de un lienzo. Y le asieron. Mas él, soltando la vestidura, se les escapó desnudo.

IDEM, XIV, 51, 52.

Salió Elifeleth de la cámara familiar, y sus padres se miraron. Las tres hermanas, recostadas en los almohadones, se desbrochaban las armillas de sus muñecas y las ajorcas de esquilitas de plata, y las cadenicas de los codos, y las que atan los tobillos entre sí para que el paso sea menudo—que es el andar patricio de las hebreas—; y también se quitaron la delgada toca de lino, y los partidores de las trenzas, y el *thorim* de torzalejos con sartas de gemas y brinquiños y piñas de oro que caen por las mejillas, y resbalan en la garganta, y bajan y se mueven en la dulzura de los pechos; y como algunos dijes y lunetas se prendían tenazmente en el tocado, las hermanas se socorrían riendo y besándose en el delicioso nudo de la trenza y la joya. Pero en su recreación no se olvidaban de mirar a los padres, sino que para ver su callado dolor y descansarles de su presencia, hacían las doncellas el gracioso bullicio a punto de recogerse en su aposento.

Cuando se volvía la madre a contemplarlas, se le mitigaba la pena por Elifeleth, el primogénito, que parecía consumido por el espíritu del mal.

Les sonrió, y las hijas se alzaron como flores, y en todo el recinto se conmovieron las fragancias de sus cuerpos de miel, y de sus túnicas inmaculadas, y de sus íntimos cendales. Con suavidad de tórtolas daban sus dedos perfección a las galas de la madre, mujer de mantenida hermosura, morena y fuerte, celebrada de todos y gloria de Elisama, su esposo.

Claro varón de la doctrina de Hillel era Elisama, y sus designios brillaban en el Sanhedrín, entre los de los ancianos, que, según la Mischna, tienen el privilegio de desposar a sus hijas con los sacerdotes.

Siendo mozo, y encendido por la palabra de Judas, hijo de Seforeo, y de Matatías, hijo de Margaloth, juntóse a la revuelta que derribó la abominable águila de oro, puesta por Herodes el Grande, ya viejo y roído de podredumbre, en los magnos portales del Templo. Y sólo Elisama libróse del suplicio del fuego que devoró con lentitud horrible las vidas de los puros creyentes.

Y hallándose en sus tierras de Jericó, porque llegaban los días en que se cuaja y mana el precioso suco de los árboles del bálsamo, y las palmeras y los manzanos y los azufaifos tejen un ámbito de paraíso, y florece la planta de la rosa, de aquella que, sintiendo el amor del agua, abre siempre su tejido como una mano de suavidad, en los días de beatitud

y llenura, fué Elisama puesto en prisión por las guardas del Rey.

El Rey aborrecido estaba en su quinta *Cypros*, porque también buscó la templanza de la «Ciudad de los perfumes». Y allí agonizaba exhalando en vida el hedor de la muerte, en medio de los aromas de la tierra y del júbilo de todas las criaturas.

Y Herodes lloraba. Adivinó que sus gentes se holgarían de su muerte. Y ya, más que vivir, codició las lágrimas de los felices. Y mandó prender a los primogénitos de la Judea de más limpia prosapia, y que fuesen crucificados cuando él expirase, para que el llanto de Israel le acompañara al sepulcro.

No se cumplió su postrera ferocidad, y otra vez quedó libre Elisama, el hombre bueno.

Conoció mujer de estirpe del sacerdocio, del linaje de Azarias. Vino sobre ellos bendición del Señor, y Elisama engendró hijos: un hijo y tres hijas: Elifeleth, el primogénito, y Abigail, Lía y Noema.

Los bienes y dulzuras de su hogar y la memoria de los peligros y adversidades le apartaron de la exaltación y de la discordia. Y fué amado del fariseo indomable y del saduceo helenista, y sentóse «al continuo convite de la tranquilidad». Era fácil al socorro de toda laceria; nunca maltrató al siervo ni escarneció al samaritano. Y los camelleros y pastores, y los jornaleros de viña, de olivares, de mieses, de pradería y de árboles de aceite de aroma, y los artesanos de telar, de fragua, de cerámica y de todos los

menesteres acudían con más diligencia a su casa que a la del Príncipe.

Tres casas tenía el varón justo: en Jerusalén, al lado del Jardín de los Rosales, único jardín consentido dentro de la ciudad; en Jericó, rodeada de las palmeras que dan los dátiles alabados por Plinio, dátiles de jugo lechoso que producen la miel y el vino; dátiles enjutos, arrugados, pero grandes, tiernos y dulcísimos; dátiles de corteza sutil que se regaña y cristaliza de azúcar; dátiles largos, leves, que se curvan graciosamente como dedos de mujer. Y después de las palmeras, campos paniegos y de los que llevan el lino y el mirabolano; y otra casa de placer en la ladera del monte de los Olivos, con lindes a la calzada que baja de Bethania.

Y aquí moraban desde que Elifeleth sufría.

Fué el principio de su tristeza en una tarde luminosa, cálida, parada, de cristal del invierno de Jericó.

Allí el mancebo daba el apoyo de su hombro a la mano cansada del padre, y recorrían los cultivos, y vigilaban la siembra, la poda y el jirpear de las vides. Porque obedecía Elifeleth los documentos de la ancianidad, y se inclinaba a la voz de la sabiduría, y era temeroso del Señor. Regocijábase en su hacienda, y entendía hasta del gobierno de las yuntas y de escoger el pasto de más frescura y crasitud para sus ganados, y avisaba prudentemente al mayordomo. Nunca secó sus huesos en los lupa-

nares ni atendió las supercherías de la cortesana, huyendo de sus dejos, amargos como el ajenjo y agudos como espada de dos filos. Las alcoholadas y halagadoras le esperaban por lo obscuro de los cantones, requebrándole: «Sacrificios ofrecí por tu salud, y hoy he cumplido mis votos. Por eso he salido ganosa de verte, y te hallé. Mi lecho está encordado y revestido de cobertores de Egipto, y he rociado mi cámara con mirra y áloe. ¡Ven y embriaguémonos de amores hasta que amanezca el día!» Y las que comen y limpiándose la boca dicen: «¡No he hecho maldad!», le convidaban a las prisiones de sus brazos, susurrándole: «Ven a mi casa, porque las aguas hurtadas más dulces son, y el pan escondido más sabroso».

Pero Elifeleth agradaba al Señor.

Y he aquí que aun fijando en las tablas de su ánima los consejos de la sapiencia, marchitóse su carne como en ayuno y cilicio sin término.

Y clamaban los padres:

—¿Qué tiene nuestro hijo Elifeleth? Le rodean todos los bienes, descansa en el amor de nosotros, los mancebos le envidian, los ancianos le ensalzan, las doncellas de Israel le celebran por escogido entre la mocedad, y Elifeleth se apaga en pesadumbre.

Y plañían las hermanas:

—¿Qué tiene Elifeleth, nuestro hermano? Nosotras le labramos los ceñidores y orlas de sus vestidos, le renovamos las almizcleras, le ungimos los cabellos

y le servimos hasta que duerme, y la boca de Elifeleth se cierra a todo coloquio y sonrisa porque padece en su corazón.

Y el padre se acuitaba por averiguar del hijo, consultando exorcistas y sabedores de cábalas y sueños, y preguntaba a las gentes de sus heredades y a las extrañas. Y halló un hombre, que fué endemoniado y ya estaba sano, el cual le dijo:

—Esto supe de Elifeleth, tu primogénito. Un profeta pasó por el camino que sube a la ciudad del Señor. Lleva cortejo de hombres y mujeres; se comunica con gentiles y pecadores, y aun come de su pan. Pero la palabra y los ojos de este Rábbi guardan un fuego que derrite los males. A mí me curó acercándome su mirada a la frente. Se revuelve contra los hipócritas. ¿No se quebranta el sábado si quitamos los escombros caídos sobre un hombre que no sea nuestro prójimo? Pues Rábbi Jesús hizo beneficios a los de Samaria, que son más ruines que los paganos. Y, por ventura, ¿no se peca también el día del Señor si traemos tanta paja como puede tomar un buey o tantas espigas como puede coger un cordero? Pues los discípulos del Rábbi arrancan y comen la mies que se les antoja, y su Maestro dice que «el sábado se hizo por el hombre y no el hombre por el sábado».

Elisama interrumpió:

—¡Anatema tiene!

Y el otro:

—Yo te digo que es profeta amado de Jehová... Y le hallé una tarde entre niños, a los que imponía sus manos para darles gracia de bendición, y vino Elifeleth y encorvado le pedía: «Maestro, Maestro bueno, ¿qué haré para alcanzar la vida eterna?...» El Rábbi volvióse, advirtiéndole: «Ninguno hay bueno, sino sólo Dios. Y si en verdad quieres poseer la bienaventuranza de los siglos, necesitas cumplir los mandamientos: no matarás, no hurtarás, no fornicarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre». Y Elifeleth gritó gozoso: «¡Todo esto he guardado yo siempre!» Entonces el profeta le miró como amándole mucho, y le dijo con sonrisa de ternura: «¡Todavía te queda vender tus propiedades y repartir su precio entre los pobres, y después que lo hicieres, abandona tu casa y ven y sígueme!»

Elisama crispóse de dolor y de odio, y atormentando las filacterias de sus pulsos rugió:

—¡Maldito el que embauca y seduce los corazones!

Y el hombre que fué librado del espíritu inmundo le gritó:

—¡Rábbi Jesús es santo! Rábbi Jesús esperó que hablase tu hijo. Pero Elifeleth afligióse y se apartó del Rábbi, del Rábbi inspirado por Jehová.

Mas, Elisama rompió sus elogios, preguntándole:

—¿Pasará de nuevo tu profeta por nuestros lugares?

Y buscó sombríamente su casa. Y a poco partióse con su mujer y los hijos al huerto del monte de los Olivos.

...Las mujeres, desde las celosías, y Elifeleth y el anciano desde la azotea, vieron una muchedumbre de romeros de la Pascua y de gentes del arrabal de Betfage que alzaban ramos y daban aclamaciones.

Y como era tiempo aciago de tumultos, marchó un siervo de Elisama para saber de ese súbito ruido. Y trajo estas nuevas:

—Rábbi Jesús ha montado en la cría de una jumenta; y los discípulos y los hombres de Genezareth, que vienen para la Pascua, y los amigos de Lázaro el de Bethania, se le juntan bendiciéndole como a enviado de Dios, y así quieren entrarle en la ciudad. Han salido fariseos pidiéndole a Jesús que reprendiera a los que alborotan; mas él ha dicho: «¡Si éstos callaren, las piedras gritarían!» ¡Y ya le ensalzan con «¡Hosanna, hosanna al Hijo de David!», y van tendiendo sus mantos en el camino para que los huelle la cabalgadura del Maestro!

Pálido de encontrados afanes, le escuchaba Elifeleth contemplando el grupo de Jesús, ya lejos, entre follaje, cánticos y sol, como una fiesta rústica de aldeanos.

El padre bajó al huerto, y paseaba entre sus higueras; y siempre se volvía para mirar a su hijo,

diciéndose: «¡Pudo ser corona de mi senectud, y es amargura de mis años!»

...Otro día subió Elisama al Templo. Y estando en la cámara donde los sacerdotes departen y esperan la hora de sus ministerios, llegó del atrio de los gentiles un frondoso vocerío.

Y Elisama y los levitas salieron a mirar.

Los *skourim*—custodios de umbrales y pasadizos—señalaban hacia los pórticos de Salomón pronunciando el nombre del Rábbi Jesús. Y el padre de Elifeleth, acometido de una exaltada ansia, encaminóse al lugar donde estaba el Profeta.

Siniestro, desfigurado y raudo hendía el anciano la quietud de la casa de Jehová. Los ámbitos de las salas de los panes, de la sal y de las entrañas de las reses, se quedaron repitiendo el trastorno de sus pasos.

Descendió del muro de Hell por la Puerta de la Oblación, y corrió al abrigo de los artesones.

Junto a los quiciales de la Puerta de Sussa, que entalla de cedro y de oro el fondo de montaña, iban remansando las gentes.

Allí surgía el rotundo acento jerosolimitano entre el habla gutural y densa del galileo y el claro júbilo del latín de los recaudadores del fisco. Mezclábase la gracia helénica con la bulla de los mercaderes fenicios y árabes; el grito siriaco con el hebreo de los escribas y de las disputas de los hillelistas y schammaïstas; el aviso de los

skoterim—que guardan el Templo—con el áspero exclamar de los rábbis para atraer a sus escuelas esparcidas en la confusión. Acudía el saduceo exquisito, blando, irónico; el fariseo rígido, exclusivo, de ropas recias, pesadas, con los largos cordones de los *tsisits*, y las frentes monstruosas por el estuche de las filacterias; el esenio, hermano de los solitarios de la Mar de Sodoma, con túnica blanca y lisa, la cabeza rapada y el escardillo colgándole del cíngulo.

Entre las almenas de la Torre Antonia resplandecían los cascos y picas de los pretorianos. Y fué acercándose Elisama, y la estridencia de una voz, de un ruido le herían tan agudamente como si tuviese en carne viva todo su cuerpo. Hundióse entre la multitud, y vió al Rábbi nazareno encendido de sol y del ímpetu de la contienda.

Entonces, un escriba le preguntaba:

—...Pues dime ahora, Rábbi Jesús, ¿cuál es de todos el primer mandamiento?

Y habló Jesús en su dialecto arameo, con una sonoridad cálida, de arranques y blandezas provincianas, que se insinuaba, que parecía tener la fuerza de los ojos que miran muy de cerca. Y dijo:

—El primer mandamiento es el del amor al Señor, tu Dios, amándole con todo el corazón; y sigue el del amor a tu prójimo, amándole como a ti mismo te amas.

—¡Amar de esta manera—repuso el escriba

conmovido—, mayor virtud es que todos los holocaustos y sacrificios!

Y el Rábbi le sonrió como a un amigo; tocóle en el pecho con su índice, y exclamó:

—¡No estás ya lejos del reino de Dios!

...Fué Elisama a su hogar; y recatándose de su hijo, habló del Profeta.

No reposó aquel día, porque pensaba: «¡Puede Elifeleth escucharle de nuevo y acaso le perderíamos para siempre, porque terrible es el imperio de la dulzura y del enojo de ese hombre!»

De los olivos del Gethsemaní salía, traspasando el crepúsculo, el grito oxidado y lúgubre de las cornejas. Graznaron estruendosos los ánsares de la balsa de Elisama; resonó el camino.

Asomóse el anciano al soportal, y halló dos guardias que escoltaban a un Maestro de la Ley, consejero del Sinedrio, montado en la mula blanca y sardesca que tienen los de su oficio y dignidad.

Habláronse con mucho sigilo. Y después Elisama pidió su talith y su caballo, y siguió al sanhedrita.

Toda la noche estuvo la esposa en vigilia, oyendo los pasos del hijo, que caminaba en su aposento las eternas jornadas de su cavilación.

Se removían blandamente los árboles por el oreo del alba cuando vino el padre.

Nunca le viera su mujer tan enflaquecido y viejo. Se le sumía el turbante devorando sus cavadas

mejillas, y una livor de cansancio rodeaba sus ojos de calentura.

Postróse en su estrado, y dijo:

—Decidida ha sido en la quinta de Kaifás la prisión del Rábbi Jesús. Uno de sus discípulos promete entregarlo. Gamaliel, Josef de Arimatea y Nicodemus, quisieron salvarle; mas el Pontífice ha gritado: «¿No pensáis que debe de perecer un hombre antes que todo un pueblo se pierda?» Y muchas voces loaron a Kaifás, y denostaban a Gamaliel, a Josef y a Nicodemus, aborreciendo al Rábbi.

La mujer balbució:

—¿Y tú, Elisama?

Elisama escondió el rostro dentro de sus manos, y gimió:

—¡Yo he callado!

Y levantóse; y fué asomándose al aposento del hijo.

Entonces Elifeleth dormía...

...Mostróse el mancebo alegre y lozaneado como un árbol tierno junto a las aguas. Conversó dulcemente con sus hermanas, y las halló hermosas. Y permitió a su vieja nodriza que le contase el arribo de Pilato, que había traído de Cesárea amistades de Roma para agasajarlas en Jerusalén. La Puerta de Jaffa retembló mucho tiempo por el pasar de los

dromedarios brumados de manjares y riquezas para los festines abominables del gentil.

Y Elifeleth sonreía; y los padres se miraban con sobresalto de la súbita mudanza del hijo. No se atrevían a quitarse de su lado; y no osaban pedirle la confidencia de su gozo. Y sólo tuvieron sosiego cuando, llegada la noche, llevaron a Elifeleth a su estancia, porque se dormía, se dormía libre ya de sus penosos pensamientos; se dormía lo mismo que siendo chiquito. Y, como entonces, quisieron los padres acostarle. Fueron siguiéndoles las hermanas y la sierva que le crió hasta el tapiz de la puerta, y le arrullaban entre risas. Soltóle Elisama el ceñidor de recamada estofa, mientras la madre abría los broches de la túnica tejida en Magdala. Y luego de besarle mucho le dejaron.

El mancebo se cubrió con la ancha vestidura de dormir, el blanco *sindon* que envuelve dulce y tibio todo el cuerpo, y penetró deliciosamente entre almohadones de plumón de garza y pieles de recentales como espumas. El lecho era grande, de sicomoro del Jordán, que nunca lo hiende el tiempo ni lo rosiga la oruga. Encima, en un jaspe saledizo del muro, ardía la lámpara de óleo con zumo de juncal de aroma y de hoja tierna de cinamomo; y a la diestra, una lámina de alabastro congelaba la visión del paisaje.

Elifeleth abrió la hostia de piedra; y tendido veía un temblor de sembrados bajo la luna de

Nisán, y el camino de losas de Jericó, y las cercas de Gethsemaní...

...¡Gethsemaní, Gethsemaní fué el Aser bendecido de su alma! ¡El Señor le condujo al viejo olivar en el día que principia la conmemoración del tránsito a la tierra prometida! ¡Oh, santo, santo el nombre del Señor de Abraham! Porque Elifeleth salió ruin de su casa, y vino a ella gozoso y sano, prometiéndose el desasimiento de todo lo que antes le cautivara como único bien... Había un olor caliente de las higueras retoñadas y de los vallados de hinojo y de cactos; y dentro del aire corría la frescura de riegos de jarrajín deleitoso. La calma y la pureza de la mañana desnudaban el monte, el infiesto, las sendas, la ciudad. Y el chasquido de una rama, el zumbar de una abeja, las alas de un pájaro raían la faz del silencio.

Jerusalén se acumulaba en sus collados, magnífica y poderosa; su cintura, entre humos de caravanas que pueblan todos los caminos; su frente de almenas, apoyada en el azul.

Y Elifeleth le sonrió como hijo y enamorado. ¡Sólo pudo labrarla una raza creada para ella! Y ya era la ciudad como la destilación de una sangre que manaba perpetuamente de sí misma, cristalizando en pueblo, en rito y Dios.

...Y cuando Elifeleth quiso seguir su vagar por la ladera, reparó en un hombre que le miraba asomado a la tapia de su casa. Era un hombre duro, como de

cortezas de árboles; de ojos fríos, overos. Descabezaba langostas de bancales, y después las molía en un mortero de pedernal.

Elifeleth puso un siclo de oro en la mano del campesino, gorda y áspera, como la pezuña de un buey.

Y dijo la voz del humilde:

—¡Elifeleth, hijo de Elisama: has socorrido al pobre largamente sin que nadie te viera para celebrarte! ¿Te llegó alguna vez la palabra del Rábbi Jesús?

Palideció el mancebo, y acercóse al hombre de la tapia hasta sentir el vaho de su miseria y la rudeza de su sayal.

—¿Por qué me nombras al Rábbi Jesús?

El campesino mezclaba el polvo de langostas con harina de cebada y leche de camella; luego puso la pasta encima de una piedra pulida; y en tanto que la tendía y heñía, goteándola de aceite, murmuró:

—Rábbi Jesús se compadece del hombre manso y pobre. Cuando sube por el camino para ir a Bethania, Rábbi Jesús descansa en mi casa y se sienta en mi celemín; y dispone que Judas, el mayordomo, me dé limosna; y si le anochece en Jerusalén, viene a esta almazara, y reposa bajo las oliveras, y hace oración en el sepulcro de sus muertos, de la casa de David.

Elifeleth le pidió:

—¡Llévame a los sitios que ama el Profeta!

El de la heredad aspiró con avidez el olor ácido

y amargo de la torta; tornó a bañarla de leche; y viendo que su horno ya daba un humo seguido y bueno, lo recogió todo, y fué a la cancilla del cercado, y desató el cierre de correa, diciendo:

—También tú puedes entrar a la granja por ti solo. Rábbi Jesús pasa su mano por ese roto de la piedra y abre; y yo, desde mi tarima, oigo su voz de amparo que dice: «Amigo, paz en tu casa»; y entonces yo, que a nadie tengo que me cuide, soy tan venturoso como si me rodease una familia de patriarca.

Y Elifeleth seguía al fellath de Gethsemaní astroso y descalzo, y hallábale vestido de la grandeza del amor de Jesús, en tanto que él sentía frío de desnudo.

Y tocaba los troncos de los olivos y las cepas renacientes, y cogía pedrezuelas y terrones de la besana, y hundía su mano en la hierba menuda y en los arbustos, y a toda parte se tornaba codicioso de verlo y de sentirlo todo, y siempre decía:

—¡Rábbi Jesús también habrá tocado esta rama! Rábbi Jesús mirará también esta raíz que aquí revienta del suelo y allá se entierra toda atormentada... ¿Y este renuevo? Míralo. ¿Lo habrá visto Rábbi Jesús?

Y al hombre de la heredad se le agrietó el rostro sonriendo, como una vasija que se hiende. Y le respondió:

—El Profeta ve hasta lo más oculto de la vida y

de sus criaturas, y no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de su Padre. A ti mismo no te deja ahora su pensamiento.

Llegaron a la casa, cuadrada y blanca como un cubo de cal. Vió Elifeleth las dos muelas que oprimen la oliva, morenas y sudadas; la lámpara, el yugo, el celemín y el cántaro; el lecho de pleita, los armadijos que se esconden junto a la viña para coger las raposas que buscan en agraz los racimos; y en lo profundo estaba el hogar, y se abría la ceniza como un hollejo, y parpadeaba el rescoldo.

Todo lo iba mirando Elifeleth muy despacio, y buscaba enternecido la huella de la presencia de Jesús entre aquellas humildades.

Les distrajo una voz del camino, y el de la granja salió atropelladamente, y también voceó a dos hombres que pasaban. Y dijo:

—Son discípulos del Rábbi que bajan de Bethania: Juan y Simón Pedro.

Los dos caminantes movían sus cayadas de viaje, saludándole:

El de Gethsemaní proseguía:

—El más mozo inclina a un lado la cabeza, como hace el Maestro para mirar. Y por seguirle abandonó las barcas—que eran suyas y tenía pescadores a salario—, y él y su hermano traían los peces al Pontífice y al viejo Annás. Dejó su ganancia y su casa; y ahora también su madre acompaña al Rábbi Jesús.

La mirada de Elifeleth siguió celosamente la

figura de Juan hasta que los discípulos se perdieron en la cuesta del Cedrón.

Y suspiró Elifeleth: «¡Mejor pudieran decir de mí!»

Atravesaron por el olivar, y cuando el habla del labriego se sumió en una umbría de cipreses, removióse el asno de la noria, y empezaron a manar los arcaduces entre un gemir de torno cansado.

Después había más tierra de olivos; y al fondo, la roca viva murando la granja. Los cardos y zarzas ahogaban bravamente los roídos pilares de un sepulcro, cuya punta de yeso resurgía en el azul y el sol. Al lado se rasgaba la peña, y en la gruta se iba exprimiendo el olor de heno recién segado, y una gota de claridad de la mañana sacaba relumbres del filo del dalle y de los escardillos.

Elifeleth contempló la sepultura; aspiró el ambiente y el silencio de la cueva donde Jesús hacía muchas veces oración. Salía, rodeaba todos los sitios de la privanza del Maestro, y exclamaba:

—¡Me llamó a su lado mirándome como mirará a Juan, y yo me aparté ruinmente de él!

Y abrazóse llorando al humilde; y sentía que se corroboraba su pecho en la congoja. Y la palidez de su postración trocóse en llama de esforzado y de alborozo de sí mismo.

... ...

...Ahora, en la callada noche, sumergido entre cendales y pieles, repasaba ese principio de su vida,

y anticipábase la recompensa dando por cumplido el renunciamiento de lo que todavía gozaba... «¡Iría siempre a la diestra del Rábbi Jesús!... Cuando todos durmieran, el Maestro y él velarían en coloquio de rey y de valido. ¡Oh, más amado que Juan; señalado entre todos! Si el Profeta se enojare con algún discípulo brusco, de los antiguos, su charla o su ruego enternecería al Señor. ¡Maravilla de las gentes la potestad comunicada a su palabra! Jerusalén diría: «¡Es Elifeleth, primogénito de Elisama, el privado del Cristo!»

Y Elifeleth brincó de su lecho y paseó por su cámara. Recibía la sumisión del sacerdocio, los halagos del príncipe y de los capitanes. ¡Veía el embelesamiento de las vírgenes de la Judea y el asombro de toda la ciudad magna, redimida de Roma por el poder del Profeta lleno de gloria!

Elifeleth se detuvo frente a la ventana de alabastro. Le ahogaba el latir y el susto de su vida, y sollozó de felicidad. ¡Rábbi Jesús se acercaba! Oía su voz, ondulando suave y triste. ¡Rábbi Jesús venía; venía a recogerlo para presentarlo al mundo en la noche sagrada de la luna de Nisán!

Y Elifeleth salió a su encuentro para adorarle postrado bajo sus ojos.

Y hallóse solo en el camino de Bethania, desamparado, blanco, frío de luna.

¿Y el Rábbi? ¿Dónde estaba el Rábbi Jesús?

Elifeleth volvióse buscando en toda la noche,

como si se hubiese perdido en un desierto nevado.

Mas de nuevo se alentó. Percibía un susurro de palabras entre los árboles de Gethsemaní. Y se arrimó al vallado.

Rábbi Jesús y sus gentes iban pasando a la almazara. La mano ruda y enorme del campesino tenía en alto la lámpara, alumbrándoles el portal. Después apagóse la vivienda, y quedó el huerto íntimo de luna.

Elifeleth desató el travesaño del muro, y entró al refugio de las oliveras, y su sombra se tendía y tocaba el umbral de la granja.

De improviso tuvo que recatarse, porque otra vez apareció el brazo y la lámpara; y presentóse Jesús seguido de tres discípulos. Juan se puso al lado del Señor; y se alejaron a lo fosco de la cueva y de la sepultura.

Elifeleth volvió a caminar.

Dos aves grandes de ruinas le dejaron sobre su frente un rápido apagamiento y un frío de alas calladas.

Crujía la breña bajo las sandalias del grupo del Rábbi. Y súbitamente se paró. Jesús y los discípulos levantaban sus brazos y abatían la cabeza reverenciando al Templo, que surgió, a lo lejos, como una lumbre de río helado.

El Profeta desapareció en las tinieblas de la gruta. Y los suyos se recostaron al amor del olivar.

Siguió Elifeleth. Se arrastraba, desollándose las

manos y las rodillas. Se contuvo. El Rábbi volvía; buscó a los discípulos y los abrazó, suspirando:

—¡Triste está mi alma hasta la muerte!

Elifeleth se dijo: «¡Iré a que me reciba!»

Y se agarraba el pecho con los dedos grifosos para aplacar el sobresalto de su sangre, que no le dejaba oír ni ver porque estremecía toda la noche.

El Señor se apartaba solo, lento, agobiado.

Y Elifeleth avanzó siguiendo las blancas apariciones de Jesús entre la fronda. Y ya cerca del sepulcro necesitó descansar. Toda su piel le sudaba de fatiga y de miedo; y pensó: «Aguardaré que salga, y le pediré su gracia besando la orilla de su túnica».

Salió y volvió Jesús a su retiro, y el mancebo se apretaba en la tierra y en la hierba para que no le viese.

Alzóse viento; gimió la arboleda; rauda y afilada corría la gran luna deshilando una nube. Ladraron los mastines de todas las caserías y majadas del monte. Y a lo hondo de la granja se asomó un fuego de antorchas de humo rojo. Y como un hachazo en rama tierna, así sonó un alarido partiendo el silencio:

—¡Rábbi, Rábbi!

Ofrecióse Jesús en la claridad; su manto, henchido por la violencia de la carrera; sus brazos abiertos... Y removió y llamó a los amigos dormidos.

—¡Rábbi, Rábbi, huye!—le avisaban desde el casal.

Y retembló el huerto de estrépito de sembrados hendidos, de cepas chafadas, de ramajes rotos. Y venían, recruzándose, sombras de hombres empujadas por el temblor de las teas llameantes, que crujían como si encendiesen la brisa jugosa de Gethsemaní; y los espectros de los troncos se derrumbaban en los bancales; y las fantasmas de las mulas de dos escribas subían a pedazos por las viejas paredes.

Retrocedió Elifeleth; parecía escapado de la sepultura. Y hallóse rodeado de brazos, de espadas, de báculos... Vió a Jesús lívido de antorchas y de luna, retorciéndose entre manos crispadas. Pasaron gentes huídas. Y el Rábbi volvióse mirándolas; y ellas corrieron más y salieron y se extraviaron en las barrancas.

Y sintió Elifeleth que se le congelaba la espalda y la raíz de su cabello, y que el corazón le revertía del costado subiendo y sonándole en la boca. Unos dedos le agarraron de la falda de su vestidura. Gritó enloquecido. Y volvió Jesús su cabeza, sacudiéndola para apartarse el lienzo enfangado de su koufieh; y el mancebo recibió una mirada húmeda de pena que destelló de confianza bajo el súbito recuerdo de Jericó.

Y Elifeleth temió más, y soltóse el blanco cendal y huyó desnudo.

Dentro de su cráneo le aleteaban como aves horrendas las sombras de la turba y de los árboles

de Gethsemaní; y corría despavorido, y a su lado corrían también estruendosos los campos, las tapias, los rediles. Todo huía y todo sonaba de palpitaciones. Le dolían las sienes como si se le estuvieran pudriendo, y sentía el dolor prolongado, transmitido a todas las cosas.

Unos brazos le cogieron de los suyos. Y Elifeleth gritó como en el huerto de los Olivos. Revolvióse, y suspiró dichoso. ¡No le miraba el Rábbi! Eran esclavos de su casa que salieron en su busca.

Lo llevaron al lecho. Acudieron los padres, pálidos de infortunio; vinieron las hermanas, cubriéndose rápidamente con las trenzas esparcidas la desnudez de sus gargantas.

Permanecía abierto el alabastro, y se asomaba toda la luna redonda, metálica, glacial.

Y tembló Elifeleth, y dijo entre sollozos:

—¡Me ha mirado, me ha mirado como en Jericó! ¡Cerrad la ventana, que se está parando la luna y también me mira!

Desde el camino, guardas del Sanhedrín llamaron a Elisama. Un siervo le pasó el aviso de Kaifás para que asistiese al Consejo de Justicia contra Jesús.

Y el anciano gritó:

—¡Elifeleth, Elifeleth, mi hijo! ¡Míranos! ¡Ya no está él! ¡Seamos dichosos en el amor nuestro y en el amor del Dios de Abraham!

Y Elifeleth refugióse en el pecho del padre y gemía:

–¡No me dejéis, para que él no me vea; no me dejéis, porque yo quiero ser dichoso, y el Rábbi, el Rábbi me miraba como si no pudiera serlo nunca!

CAJA DE AHORROS DEL MEDITERRANEO
BIBLIOTECA
GABRIEL MIRÓ
ALICANTE
DE ESPAÑA

KAIFAS

...Y le buscaban el día de la fiesta diciendo: «¿En dónde está aquél?»

S. JUAN, VII, 11.

...Mas él callaba... y volvió a interrogarle el sumo sacerdote, y le dijo: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios, cuyo nombre sea siempre bendecido?»

S. MARCOS, XIV, 61.

Jerusalén está enramada de palmera y de sauce, que fueron los árboles que ampararon al pueblo escogido en los cuarenta años de peregrinación.

Es la fiesta de los Tabernáculos. Y las bóvedas, las terrazas, las costeras, los arrabales y encrucijadas se techan de lonas, de paños, de guadamaciles y verdura, recordando las tiendas y cabañas del desierto; y toda la ciudad insigne tiene sombra otoñal, y un ambiente de caravana, y un abrigo de familia andariega.

Es el tiempo maduro de la plenitud y reposo de la tierra parida. Ya están colmados los lagares que hierven de abejas, gordas y mojadas de tanto azúcar de racimos; y los trojes y almijares sudan las mieles de los cofines de frutas y la crasitud de toda cosecha.

Dulces y olorosas, como la piel regañada de los higos y ciruelas, y rubias como la parva son las

mañanas y las tardes del mes de Tischri, el «sábado de los meses».

Y, por las noches, el cielo es una espada inmensa, desnuda, corva, limpia, llena de joyas. Jerusalén relumbra gozosamente, como almenara del Señor. No hay portal sin vaso encendido, tienda sin antorcha, ni alijah sin lámpara, ni granja del contorno sin hoguera de pámpano, que aun cruje de tierno.

Pasó el día de las Expiaciones. Permanecieron las multitudes en ayuno y silencio, privadas de baño, de atavío y de unción de olores, «menos el rey y la nueva desposada, que debe agradar al esposo». El Pontífice fué llevado al abrigo del Templo, lejos de todo contacto y palabra de impureza. Le rodeaban los ancianos, leyéndole los Libros Santos; y habían de fortalecerle con aromas, y hacer recia la voz, y tirarle de la túnica de lino para abrir sus ojos, porque el gran sacerdote no se alimenta ni duerme en la vigilia de la propiciación, purificándose para penetrar en el Sancta Sanctorum. Pero Kaifás era de rebultada cerviz y le pesaba muellemente la sangre. Brillábale la grosura del rostro, y sus pies mollares y desnudos dejaban humedad en las losas como si se le derritiese la corpulencia.

Los «maestros de la física», que permanecen en el santuario para socorrer al sacerdocio del mal levítico, *mal de las entrañas,* que se les quebrantan del hollar descalzos los suelos de mármoles,

remediaron muchas veces al heredero de Aarón en la noche de su penitencia.

Y vino Annás, el que antes ciñera la tiara de la lámina de oro que dice: *Santidad al Señor;* y apareció en la Sala del ayuno, y su yerno, el Pontífice, sintió su presencia, y alzaba las piedras de sus párpados, mirándole.

Y he aquí que de la cámara donde se hacina la leña de los holocaustos que no puede ser mordida de gusano, salió un alarido de suplicio. Y tembló Kaifás y acogióse a su séquito.

El prefecto del Templo había aplicado la llama de su antorcha al custodio de la leñera que fué hallado dormido.

Sosegóse el sumo sacerdote; prosiguieron los ancianos las recitaciones del Exodo, del Levítico y de los Números; y fuera, el hombre que ardía bramaba, golpeándose contra los cornijales del altar, y se precipitó enloquecido en el baño de bronce.

...Y después de la vigilia del Perdón, sigue el alborozo de los Tabernáculos.

Romeros de toda la Palestina acuden a la Casa de Jehová durante ocho días, y llevan ramas recién cortadas y cantan alabanzas.

Bajo los pórticos del Patio de los Gentiles, de columnas de jaspes, de vigas de cedro y piso de mosaico rojo y azul, se amontonan los mercaderes, todos con la insignia de su oficio o lonja; los cambistas, que truecan la moneda pagana por el

medio siclo judío del tributo santo, traen un denario colgando de la oreja; los tintoreros, un copo de lana de vivos colores; los orífices y percoceros, un sartalejo de abraxas, un zarcillo de relumbres; los alfayates, una aguja enhebrada; los perfumistas y drogueros llevan atado al capuz, como borla de su ropón, un potecico de ungüento, un pomo de hierbas de olores. Pasan los hortelanos con sus cuévanos de cidras, de naranjas, de dátiles, de granadas, de cermeños. Gritan los recoveros entre sus jaulones de tórtolas y palomas, traídas de los árboles del *Kanujoth* para las ofrendas de la mujer parida, y las mallas trémulas de gorriones para los leprosos purificados; y junto a las aves están los canastos de huevos de garzas, de gallinas, de ocas, pintados de añil, de púrpura, de oro...

Los pasteleros mueven su haz de plumas oseando las moscas y abejas de las esterillas donde manan las lasañas de miel y flor de harina; las tortas de pasas, de higos y algarroba; los panes de aceite y finojo. Vocean su pregón los alcalleres delante de sus tablas de amuletos de barro, de colodras, de marmitas, de cántaras recias y lisas, de ánforas cipriotas. Y fuera de los muros, junto a las puertas, los ganaderos aúllan sus injurias entre el balar fatigoso de las ferias de ovejas y cabrones...

Sigue el *Azarath Naschim,* el atrio de las mujeres. Hasta allí penetran las hebreas; y las columnas de la Ley de la castidad detienen el paso

del extranjero. Los israelitas circulan por el muro de Hell, donde se abren las trece bocas del Tesoro. Las losas gotean de jugos de las hierbas pisadas. En los labrados balaustres del angosto Atrio de Israel, *Azarath Yisraël,* se horadan las orejas del siervo, se lustra el inmundo, bebe las aguas salobres la acusada de adulterio, entrega a las brasas su cabellera el nazareno.

Los devotos se oprimen, remueven sus ramajes nublados por los perfumes santísimos.

Resplandece el *Azarath Cohanim,* atrio del sacerdocio. A lo último, sube el *Ierón* de mármol y oro.

Y las arcadas del Pórtico Real y de Salomón, las planchas de bronce y de cedro, los árboles de jaspe, los gigantescos sillares de color de rosa que fueron hincados y cosidos en silencio, las gradas, los muros, el cielo, todo resuena torrencialmente como una bóveda herida por la violencia, por el grito y la emoción de todos los hombres.

Y el sol desnudo, abierto, en la mañana enjuta y caliente del otoño oriental, semeja descender sólo para la cumbre del Moriah. Parece que si un ave atravesara por el azul, caería ahogada, rebotando en las piedras y techumbres de fuego y de polvo.

De la hoguera de carne, de riquezas, de ropas, de sol, se levanta el humo purísimo de las oblaciones, del perfume quemado de la mirra virgen, la que produce libremente el tronco sin herirlo, y de la

concha onique, del gálbano y del incienso de Sabea. Brota retorciéndose, ancha y ruidosa, la bruma de sebo de los trece bueyes del sacrificio. Y aparece Kaifás, relumbrante de sudor y del tesoro de su mitra, del carmesí bordado de su efod, de las doce gemas del racional, de las recamaduras de su cíngulo.

Calla el Templo, y se oye el temblor de las campanillas de oro y las granadas de púrpura que orlan la túnica del magno sacerdote.

Kaifás va subiendo cansadamente los doce peldaños del vestíbulo del *Ierón*.

Su corva tiara, sus doblados hombros empiezan a destacarse sobre el velo de Babilonia, tejido de los colores imágenes del Universo, porque «la grana representa el fuego; el leonado, la tierra, el cárdeno, el aire, y el carmesí, la mar».

Ciega el oro de la enorme viña esculpida en el dintel del Santa; sus racimos, como el cuerpo de un hombre; sus pámpanos, como alas de avestruz.

Humean los trece aromas del incensario sacrosanto. Y la multitud se postra con un duro ruido de hinojos y sandalias.

Otra vez resuena la túnica del Pontífice. Y surge Kaifás bajo un trueno de trompetas y salmos.

En el atrio de los gentiles, un oleaje recial de nuevos devotos hiende los bosques de la muchedumbre. Son las últimas caravanas galileas. Entre los llegados hay parientes de Jesús. Y muchos le buscan.

No vino el Rábbi nazareno en la pasada Pascua, y le aguardaban en esta fiesta. Y los que le aborrecen, recordando que sanó al tullido en sábado, dicen:

—¡Se oculta el embaucador temeroso de la ciudad!

Mas los que le aman responden:

—¡No así, porque ese profeta es justo!

Y todos rodean a las nuevas gentes preguntándoles:

—¿En dónde está aquél?

Y el murmullo alcanza a los otros lugares, y los levitas desatienden las ceremonias para mirar a los forasteros. Ellos se sonrojan, intentan sumirse dentro de los pórticos.

Los rábbis y sus discípulos, los ministros del santuario, los hombres pomposos de Jerusalén, les siguen instándoles con zumbas:

—¿En dónde, en dónde está *aquél?*

Entonces los otros, que todavía jadean del camino, se buscan y se juntan recelosos; se miran, pasmados de la magnificencia que les ahoga; sienten toda su cortedad de lugareños y toda la seca malicia de los que andan y pronuncian y se comportan con la ufana firmeza de su ciudadanía. Y se encogen y piensan de Jesús como del deudo que trae oprobio y saña para los suyos. Y ya malsinan de él y tuercen sus intenciones. De ellos, uno que tiene la mejilla acuchillada murmura:

—Nosotros le dijimos: «Sube a Jerusalén; viene la fiesta. ¡Si tanto es tu poder, pruébalo allí!» Pero

Jesús siempre nos contestaba: «¡Aun no se cumple mi tiempo!» ¿Qué os parece? *¡Aun no se cumple mi tiempo!*

Y da entono a su gesto y su voz remedando al Rábbi.

Su público repite:

—*¡Aun no se cumple mi tiempo!*

Y muchos brincan, golpeándose las nalgas.

Y añade el de la faz rasgada:

—Pues yo llevé a la madre de Jesús a la casa donde él estaba enseñando. Parecía enajenado. Y le avisé: «Mira que tu madre y los tuyos se afligen de no tenerte y han venido en tu busca». Y Jesús nos negaba: «¿Mi madre y familia? ¡Mi madre y mis hermanos son estos que me escuchan!» ¿Qué pensáis de aquél?

Un judío con ojos de odio le grita:

—Bien hizo en rechazarte, que eres como una piedra rota de sepultura.

Y un mancebo de túnica perfumada le dice cimbreándose:

—No piedra, sino que lo van devorando los peces y sabandijas del Genezareth.

...Ya vuelven todos a sus posadas de follaje; hacen sus abluciones, se regocijan comiendo los panes de aceite, los guisos de pichón y de carnero añal, los peces en salmuera, y se pasan la copa y los odres de vino de trigo y de frutas, de vino de dátiles de Jericó, de vino de uvas de Engaddi.

Los parientes de Jesús han caminado mucho tiempo por Jerusalén. Traen las manos colgando sobre los lomos; sus pies se acortezan de basuras de la hondonada de Tyropeon; suben por el arrabal de los queseros; atraviesan la vieja puente tendida entre la ciudad alta y la planicie del Moriah; bajan maravillados al fausto de la plaza del Sanhedrín y del Gimnasio de Herodes; se entran por las columnatas del Xystus; rodean los barrios de los tablajeros, de los tejedores. Sienten en su cráneo toda la pesadumbre de la enorme ciudad, apretada, rumorosa. Se les pega el turbante a las sienes; llevan los ojos cansados, puestos en tierra. Después, en su parador, sacan de su fardel pasta de higos y panizo, granadas y redrojos de los últimos campos vendimiados, y todo lo devoran encima del estiércol de su camello, que no para de roznar, doblado junto al pesebre, con las dulces pupilas entornadas. Y cuando terminen andarán de nuevo por Jerusalén, oyéndose sus pasos que se arrastran dentro del polvo de las callejas hórridas y retumban en los pasadizos. Merodean por los mercados, y los tábanos se les agarran a los dedos gordales. Se hunden en la frescura de las calles abovedadas, y vuelven al sol, que parece zumbar sobre ellos. Buscan los toldos de los bazares, y el griterío de los buhoneros y los empellones de los esclavos y asnos cargados de verdura y de ánforas de vino de miel los arrojan contra los muros, y se recuestan en las gradas de los palacios. Si viene un

romano se apartan contemplándole; si es un rábbi, un escriba, un fariseo, con sus mantos solemnes y los pergaminos sagrados encima de las cejas, se levantan y se encorvan humildes. Salen de la ciudad resistiendo la chanza de las rameras que bullen junto a la caserna, y se tienden al pie de los torreones, y miran aburridos la calzada de basalto que se aleja entre barbechos y se pierde entre montes tostados, y a lo hondo del confín, montes azules, montes de humos...

Doblada la tarde, vuelven al Templo.

Dos candelabros inmensos de oro alumbran y perfuman el atrio de las mujeres. Danzan lánguidas y silenciosas las doncellas de Israel, y los graves varones, ahitos de licor de frutas y de cereales fermentados, empuñan teas encendidas y se mezclan en las guirnaldas que tejen los bailes litúrgicos. Los levitas cantan y tañen sus cítaras y címbalos. La multitud entona sus himnos. Dos sacerdotes alzan hacia el crepúsculo los tendidos cuellos de las trompetas sagradas, y tocando descienden los quince peldaños de la magna Puerta, cuyas hojas macizas de bronce han de arrastrarlas cuarenta hombres escogidos. Llegados a la entrada oriental, mueven los dos ministros sendas antorchas de resina fragante, y se tornan al ocaso y gritan:

«¡Aquí, nuestros padres, de espaldas al Templo, cometieron pecado adorando al sol. Mas nosotros nos volvemos a Occidente y bendecimos al Señor, nuestro Dios!»

Entonces resuenan gloriosamente todas las trompetas del santuario.

...Y en el segundo día de los Tabernáculos se inmolan doce toros, y once en el tercero, y diez en el cuarto.

Ya el aire y el ramaje y las ropas de los devotos están penetrados de olor de leña, de sebo y de carnaza.

Los sacerdotes humildes, que nada más pertenecen al sacerdocio por venir de la sangre de Aarón, los que tienen hambre de mendigo porque no participan de las primicias, ni de las porciones, ni de las ofrendas, ni de los diezmos; los olvidados pasan fatídicos y altivos entre la plebe, arrastrando sus andrajos por el mármol de su casa, y maldicen y señalan las ironías y concupiscencias del saduceo, que sonríe en los oficios. Y claman: «Vanos y caducos son los actos y designios del saduceo: acepta al gentil; cifra la vida en los días de la carne; abomina los símbolos de la castidad, de la rectitud, de la sencillez y de la prudencia de sus ornamentos».

La masa fastuosa del Pontífice se hunde entre las nubes del altar de los holocaustos.

Y un fariseo, envejecido en la austera creencia, fariseo de los que medirá el Talmud dentro de la séptima especie, «fariseos de los que aman al Señor y son semejantes al padre Abraham», yergue profé-

ticamente su brazo llevándose su capa bruna y lacia y ruge con Isaías:

—¡De qué me sirve a mí la muchedumbre de vuestros sacrificios, dice el Eterno! ¡Harto estoy de la grasa de los carneros y de los bueyes cebados y de la sangre de las ovejas! ¡Cómo trocóse en ramera la ciudad fiel!

Y se pierde la voz del anciano dentro de los clamores de los atrios.

Turbantes y follajes se retraen, se revuelven y ondulan como un campo tierno con vendaval. Y la multitud se abre, y aparece Rábbi Jesús blanco de fatiga, los ojos recogidos, la boca trémula, las manos sumidas en el manto. Y va dejando una emoción de soledad, como algunos árboles, aunque les rodee un bosque, semejan únicos y lejos. Después pasan los discípulos volviendo inquietamente la mirada, y las mujeres que le creen y le asisten: María Salomé, huesuda, rígida, abrasada, las pupilas profundas con un fulgor azul, el velo doblado bajo el anillo de oro de su nariz anhelante. Susana, cetrina, enfermiza, ahogada por la negrura invasora y áspera de sus cabellos. Juana, esposa de Chouza, criado del Tetrarca, curtida, brava, de sonrisa fría y aguda como un acero. María de Josef, la madre del Rábbi, marchita, envejecida, que se alza y ladea buscando el koufieh de su hijo. María y Marta de Bethania, que sólo muestran los ojos largos, dulces y mociles entre el blancor del tocado y la resplande-

cencia de los joyeles. María la Magdalena, de carne de manzanas y de ámbar, que mueve, que infla como una brisa de gracia su túnica y su manto cenicientos.

El Rábbi se distancia, seguido de los *skoterim* y romeros. Desde el estrado de las bendiciones le acechan los sacerdotes, y entre las columnas de los rótulos que vedan el tránsito de los gentiles bajan las miradas de los ancianos y escribas.

Y Jesús se vuelve hacia todos y abre sus brazos y habla conmovidamente. Mas su voz no es la voz cálida y confiada que pasa por el sol de la viña y de la senda, que se asoma al recuesto, que se entra por un portal artesano, que remansa sobre la tabla de una íntima comida. No es la voz que se oye en las tardes del lago y de los vergeles galileos. Allí, cuando el Rábbi tiende su mano y señala el agua, la mies, un fruto, un hombre, hay en su diestra un gesto de voluntad tan firme y augusta que parece entonces crearlo. Aquí le muran las asechanzas de la ciudad homicida de los profetas. La ciudad es angostura; trueca la amistad en recelo. No se quieren ni aun los hombres de sencillos pensamientos. De estos mismos hombres que pudieran amarle le hiere una lengua de escorpión:

—¿De dónde tú, Jesús, hijo de Josef, sabes doctrina y dices de las Escrituras, si vienes de lo obscuro?

Y el Rábbi le responde:

–¡Mi doctrina! ¡Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado! ¡Si vosotros os acercarais al calor de mi Padre, si cumplieseis sus palabras, comprenderíais si yo hablo de Dios o de mí mismo! ¡El que de sí mismo habla apetece su propia gloria; mas el que, como yo, glorifica a otro, éste no dice engaños!

Annás, pálido y fino, cubierto de estofas que dan vislumbres de piel de serpiente, se acerca al Pontífice. Kaifás parece despertar del sueño de su grosura, y va volviendo su cabeza suntuosa, de barba ancha y lisa.

Acude el prefecto del Templo. Los tres murmuran avizorando a Jesús.

Y Jesús, contristado, exclama:

–¡Por qué maquináis contra mí! ¡Por qué me aborrecéis y deseáis mi muerte!

Y unos hombres que vienen a espiarle se paran al oírle y se miran cautelosos.

El Rábbi prosigue:

–¿Qué hice yo para que me odiarais? ¿Por ventura fué beneficiar en día santo a un hermano que sufría? ¿Pues vosotros no circuncidáis, por mandamiento de Moisés, dentro del sábado?

Ya todos le atienden con mansedumbre y le piden enseñanza.

Los escuchas arrojados contra él vuelven a la presencia de Kaifás y le dicen:

–¡Habla y mira ese hombre como ningún hombre!

Y añade Jesús:

—Vosotros sabéis de dónde soy. Mas yo os digo que no vine de mí mismo. Me envía aquel a quien vosotros nunca conocisteis...

Es la hora sexta, y la plebe y el sacerdocio se agolpan en los portales. Todos miran los humos que se elevan de los ejidos y ribazos. Porque en los postreros días de las fiestas de los Tabernáculos auguran para el israelita los humos campesinos. Si suben hacia el Septentrión, se alegran los pobres y se amohinan los poderosos: es promesa de grandes lluvias en el año que sigue y de muchos frutos, pero aguanosos y desaboridos. Si buscan el lado austral, se regocijan los ricos y se afligen los humildes: la lluvia será escasa, pocos los frutos, que retendrán todo su dulzor y perfume. Si van al Este es signo de contento para todos; si al Occidente, presagio de malaventuranza...

Y el Rábbi y sus discípulos caminan por la cuesta de Bethania...

... ...

...La turba que traía a Jesús escogió los sitios más despoblados, porque recelaba el Sanhedrín que las caravanas de la comarca de Genezareth pudieran alzarse contra la prisión de su profeta.

Y penetró en la ciudad por las ruderas del collado de Ofel; atravesó entre viejos paredones de las calles

hondas, y refugiándose en la negrura de los arcos de Tyropeon, subió a la casa de Annás.

La esclava de la *janua*, el primer portal, de olmo forrado de bronce, puso los troncos traveseros cuando pasaron al Rábbi, y ya no abría sino un postigo, celando antes por la saetera.

Llamó Juan, y consintió que entrara, porque Juan y su hermano proveían de peces la mesa del viejo patricio, y era grato a todos sus familiares. Mas aquella noche venía con un hombre desconocido, muy cubierto. Y la mujer le paró, preguntándole:

—¿No será éste de las gentes del Rábbi?

Y Juan siguió, y empujó el *ostium*, la puerta del atrio, y el nuevo, por no quedarse fuera, apartó a la criada, diciéndole:

—¡Déjame, mujer; no entiendo lo que hablas!

Pero ella se le agarraba a la ropa como un cardo, y llamaba a otros que le viesen.

Desde dentro gritó Juan a su amigo.

Y Simón Pedro escapó buscándole. Y hallóse solo entre las gentes del patio, y sintióse más extranjero, muy apartado de lo suyo, recelando de los demás y sospechoso para sí mismo. Los fanales de las hondas arcadas, las altas galerías, el rumor de la pila de alabastro, todo tenía para él una insolencia cortesana, porque si estaba inmóvil, todo se le burlaba por mediación de su mismo pensamiento, que le decía: «¡Miedo sientes aquí hasta de andar!»

Y si se movía, todo le acechaba por su misma mirada, advirtiéndole: «¡Caminas como un ave con ataduras; te pisas el sayal!»

Y Simón tuvo que arregazárselo porque de veras se lo estaba pisando. Y entre la angustia de su apocamiento, una angustia con náusea y sudor pegajoso, pensaba siempre: «¿Y el Rábbi, y el Rábbi? ¡Aquí tienen al Rábbi sin nosotros! ¡Ya no va a Bethania; no se sienta en medio de todos! ¿Por qué no habíamos de estar en la playa de mi casa, tendidos en la hierba? El Rábbi pasaba los dedos por la hierba como si acariciase la frente de una hermana dormida. Y algunas veces no quería que hablásemos por oír un rebullicio de los pájaros que se despertaban en mis frutales. ¡Aquí está el Rábbi! ¡Yo me moriría!»

Y Pedro dió un vivo repulso. Es que la esclava de la puerta y un criado que se calaba la almocela de su sayo rígido le tocaban para avisarle, y Pedro sintió un frío húmedo como si le mordiesen salamandras.

La vieja porfiaba:

—¿No será éste de los que seguían al mal profeta?

Y el habla del hombre, fonda, floja, de aliento de pozo, exhaló:

—Bien piensas, que hasta hoy nunca vino. Del Rábbi que han cogido es éste.

Y Simón hizo una sonrisa hinchada y movió las espaldas.

Ellos se juntaron con otros que encendían los carbones de un *mangal*, un brasero panzudo de cobre con asas de correas, porque en Jerusalén las noches de Nisán se bruñen de heladas, y en aquélla era menester pasarla a la serena.

Crepitó la chispa; se avivaron llamas breves y azules, y los rostros de los servidores se amorataban como la carne de los muertos, de muertos que se reían del advenedizo.

Pedro miró a lo hondo de las pilastras fronteras. De allí salía claror y vocerío; después, silencio, un silencio de gentes ansiosas de bramura. Pasó, rápida entre todas, la cabeza de Juan. Y Simón quiso ir, y apenas se movió notóse más torpe y acechado. Y no osando quedarse ni escapar ni buscar al amigo, y ganoso de saber del Maestro, creyóse fuerte y se acercó a los que rodeaban la lumbre. Dentro del corro se ovilló, descansándose sobre sus calcañares; tendía las manos al brasero; miraba humildemente.

Y un viejo roído de viruelas, que tenía la barba de mechones y escabros como la piel de un morueco tiñoso, le preguntó:

—¿Viste ya a tu amo el profeta? ¡Mozo es ese Rábbi, y yo casi hiedo a tumba; mas no cambiaría el tiempo de mi vida por el suyo!

Y como el discípulo callase, los otros le instaban:

—¡Mira que contigo habla! ¡De tu maestro dice!

Simón arrebatóse.

—¿Mi Maestro? ¡No sé de él!

—Pues tú, galileo eres como toda su gente, y si no di: *hámor* (asno) y *hamar* (vino).

—Y que diga también: *têî'ôkelîk* (ven, yo te daré de comer) y *tôkelîk* (tú te darás de comer).

Y Pedro obedecía. Y todos gritaban:

—¡Galileo, galileo es este hombre, que dice siempre, siempre *hámor* y *tôkelîk* porque su lengua se le aprieta ronca y pesada!

Y le mostraban sus risas, alargando el cuello, dándole el olor de sus estómagos.

Simón les odió. Le rechinaban las quijadas, le crujían los recios goznes de su osamenta, necesitando abrirse y girar como un molino de rabia.

Poblóse el patio; se alumbró de hachos y de lámparas. Y un sollastre, con el hierro africano en la frente, trasquilado y pringoso, vino brincando a la lumbre, y se rascaba la breña del pecho y decía:

—¿Se sintió desde aquí el zurrido de su cara? Más poder que una ballesta tiene la mano de Javan el de la guardia. ¡Tan señalado como yo se queda el pobre Cristo!

Juan apareció entre la soldadesca. Y corrió Pedro siguiendo el azul de su manto, doblado sobre los hombros según lo llevaba siempre el Rábbi.

—¡Juan, Juan!

Y el amigo volvióse. Le sudaban las mejillas terrosas; le ardían los ojos; le temblaban los labios, blancos, mordidos, y la barba, de una pelusa virgen como un musgo tostado.

–¡Juan! ¿Y el Señor?...

Juan retorcióse las manos y humilló los párpados gimiendo:

–¡Le han pegado, le han pegado al Señor!

Llegaron a la *janua*. Desde los umbrales se veían las luminarias del palacio del Pontífice.

El suelo de peña de Sión, helado de luna, iba enrojeciéndose bajo una fogada de antorchas.

Y los dos discípulos tuvieron que apartarse alcanzados por un ímpetu de gentes, un vendaval de luces, de humos, de mantos y bulla.

Juan y Simón se apretaron contra sí mismos diciéndose:

–¡Nos ha visto! ¡Nos ha mirado el Rábbi!

En los escalones de la casa de Kaifás les salió un esclavo, acercándoles la linterna.

Juan retiróse el lienzo de su turbante para que le reconociese, porque también trajo allí capachos de pesca de Genezareth.

Penetraron en el atrio, de pórticos lisos, recogidos, claustrales. En medio, un viejo naranjo se espejaba en la alberca, y un lucero como un azahar caído del árbol se deshojaba, se abría, se oprimía dentro de la blanda palpitación de las aguas.

Recudían custodios y hombres de oficios de la cámara sacerdotal; se agrupaban levitas y maestros de la Ley arrebujados en sus ropones de pliegues devotos. Se asomaban los guerreros de Cesárea, recién venidos en la legión de Poncio, y ante la

calma austera y triste del patio salían a proseguir su ronda, recios, sonoros, altivos del resplandor de sus grebas y de su espada, de su pierna desnuda y de su clámide en tierra de hombres talares. Entraban gentes de Jerusalén, que lo miraban todo murmurándose. Porque los siervos del portal habían mitigado su requisa, no temiendo ya tumultos. Los amigos del Rábbi habían huído, escondiéndose en los fosos y torrenteras de los valles, y la presentación y el escarnio en la morada de Annás acabó de probar el desamparo de Jesús... Bien podía tener su proceso el público ejercicio y majestad del Gran Sanhedrín.

...No se soltaba *Kefa* del hombro de Juan. Andaban muy despacio y volviéndose a todo rumor. Y al levantar los ojos a las estancias altas y terrazas, recogían de la cúpula de los cielos la dulce memoria de las noches galileas, y los dos discípulos lloraban.

De los campos remotos venían rasgando distancias, contestándose, los primeros cánticos de los gallos, aves prohibidas en la ciudad. Y de las torres de las murallas salía el pregón clamoroso de las vigilias del *buccinator* romano.

Se encendieron de reflejos los pilares y vigas del claustro.

Llegaba Annás rodeado de sus hijos, de varones del Concilio y de siervos que abrían la foscura con sus luces. Annás era entonces *Ab Beth-Din*, Padre de la Casa de Justicia, el que sigue en gobierno al

Nassi o príncipe del Sinedrio, que lo era Kaifás, el Sumo Sacerdote.

Las negras sedas, recamadas de plata, del turbante del anciano vislumbraban lúgubremente. Uno de los *soferim*, escolar de la magistratura, que le traía el báculo jerárquico, de madera incorruptible de setín y nácar, habló en su oído, y Annás ladeóse mirando a los galileos.

Ellos se inclinaron y siguieron en pos del séquito, que también les miraba. Y por un pasadizo de rampa de baldosas montaron a una estancia de paredes pulidas, de techumbre colgada de paños de hermosura como el tendal de Salomón. Ardían candeleros de aceites de olores.

Y cuando Pedro entraba, le cogió del cíngulo una mano seca, y la voz del viejo de barba tiñosa le dijo:

—¡No fuerces, que no te soltaré!

Y lo llevó a los pórticos. Cerca del naranjo había otro corro de servidores escuchando a Javan el de la guarda. Una mujer quemaba ramaje de olivera. Y el grupo se recortaba torvamente en el fuego; los cráneos y ropas tenían la ondulación íntima de la llama. Y dentro de las aguas encendidas de la alberca bajaba la imagen del árbol verde y fresco, y comenzó a copiarse la del discípulo empujado por el esclavo.

—¡Mirad a uno del Rábbi nazareno! ¡Estuvo con nosotros en la casa de Annás, mi señor, y yo adiviné que vendría y le seguí como a un raposo huído!

Y Javan llególe un leño encendido para mirarle.

—¡Yo lo vi, yo lo vi en la granja del olivar!

Entonces Pedro revolvióse rojo de hoguera y de furia, y se apuñazaba las mandíbulas y las sienes rugiendo:

—¡Mientes, mientes, que maldito sea yo si conozco a ese hombre!

Y masticaba repugnancia; le tronaba la sangre, hinchándole el cuello. Hubiera despedazado a los ruines que no le creían. Y como no le creían, gritaba; y como se oía a sí mismo, gritaba más.

Y ellos, fingiéndose medrosos, le increpaban:

—¡Bramas como un lobo en el cepo!

—¡Ay! ¡Endemoniado estás! ¡Entrate en un sepulcro!

—¡Que te libre tu profeta!

Y se le apartaban escupiendo en la lumbre.

Vinieron otros y contaron agoniados por la prisa de volverse:

—¡Está mortecino! ¡Ya no es aquel que andaba vanagloriándose por el Templo!

—¡Ahora llamarán entre el pueblo por si le saliere defensa!

—¡Mas no ha de salirle, que todos le abominaron hoy cuando se leía su anatema en las sinagogas!

En los lejanos casales cantaban los gallos de la madrugada.

... ...

El humo de los hacheros y el vaho de la gente cegaba el aula de Kaifás.

Del estrado sólo se veía un temblor de turbantes y de cuernos de tisú de las tiaras.

Sobresalía el koufieh roto y lacio del Rábbi entre las cabezas ferreñas de los guardas.

Deslizábase la figura sutil de Annás, que hablaba con los jueces, y en medio lucía quieta y lardosa, como una esponja de unto, la frente del Nassi.

Muy despacio iba subiendo la recitación de un escriba. Paró, y en el silencio resonaron dos golpes del báculo de Kaifás.

Proseguía el salmodiar del escriba. Se apagaba; daba el báculo en las losas.

Y de nuevo la misma palabra y los mismos golpes, permitiendo las declaraciones en bien del reo. Y silencio.

Juan hundió contra sus puños la frente avergonzada.

Otro maestro de la Ley convocó a los testimonios de las culpas y pronunció dos nombres: Hananias y Akazias.

Entonces aparecieron dos hombres: el uno, menudo y ágil, de una inquietud viscosa de murciélago, subió sin ruido, haciendo zalemas rápidas, y se puso al lado de Jesús. El otro, bronco, velludo, escondía las pupilas bajo la falla o capellina mugrienta de su túnica, y ya en la grada de mármol estuvo balanceándose pesadamente. Y aquél volvió su mano vibrante hacia el reo, y avanzando su barba afilada le acusó:

—Este ha dicho: «Yo destruiré el Templo de Dios en tres días y alzaré otro sin obra de hombre».

Y todos clamaron, adolecidos de contrición por la blasfemia:

—Iniquidad de iniquidades, ¡oh, Señor!

Se agitaron los turbantes y las tiaras.

Los ojos de los juzgadores y de la plebe devoraban a Jesús.

Jesús tenía entornados los párpados, y de tiempo en tiempo subía sus manos atadas para apartarse los cabellos de las mejillas, y al descubrirlas mostraba un pómulo hinchado y lívido.

Y el segundo testimonio proclamó:

—Yo oí que éste dijo: «Yo puedo destruir el Templo de Dios y reedificarlo en tres días».

Y ahora fué grande y distinto el rumor. Porque en los juicios de Israel han de avenirse de modo tan cabal las palabras de los delatores, que si «un judío fuere acusado de idolatría de las fuerzas luminares del cielo y un testigo dijere: *Yo le he visto rendir culto al sol,* y otro afirmare: *Yo le he visto adorando la luna,* no tendrán sus acusaciones valimiento de justicia».

Y disputaban entre sí las gentes:

—Amenaza contra el Señor y blasfemia de muerte es: *Yo destruiré el Templo;* mas no así: *Yo puedo destruirlo,* pues todavía lo acaban los artífices de Herodes el Grande, ya podrido. ¿Y acaso no es posible que un hombre derribe lo que otro hombre levanta?

Y miraban a Jesús.

Jesús permanecía con los ojos inclinados, la cabeza recta, fría, inmóvil. Bajo su manto temblaban las puntas de sus codos.

De nuevo se movió el negro turbante de Annás. Y crecieron las voces de los ancianos, de los levitas, de los escribas. Quedóse barbullando la del Príncipe.

Y otra vez hablaron los testimonios, y ahora dijeron entrambos unas mismas palabras.

Y gritó aquél:

—¿Nada respondes, Jeschoua Nazarieth, hijo de Josef?

Y la respiración cansada del Rábbi pasó encima del silencio ardiente de la cámara.

Annás y Kaifás se miraron. Y el Pontífice comenzó a incorporarse, y fué apareciendo sobre todos, con retumbos de sus plantas y un crujir de ricas vestiduras. Y llegando junto a Jesús alzó los brazos diciendo:

—¡Yo te conjuro a que respondas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios, cuyo nombre sea siempre bendito!

Y al pronunciarlo humilló su frente, y todos se doblaron en reverencia al nombre del Señor.

Estremecióse el Rábbi, y con voz empañada dijo:

—¡Yo soy!

Y le contuvo una tos seca, penosa. Después, evocando a David y Daniel, añadió:

—¡Yo soy! ¡Y llegará un día en que veréis al

Hijo del Hombre sentado a la diestra del Padre sobre nubes de Gloria!...

Los jueces, en pie, hacían visaje de espanto; se cerraban las orejas con sus puños, y repetían:

—¡Abominación! ¡Abominación!

Las manos de Kaifás se engarfiaron en su pecho, y todos se conmovieron de terror escuchando el ruido estridente de la desgarradura de su túnica santa.

Annás suavizó el rasgado ropaje de su yerno, porque habían quedado sus pliegues como el vientre abierto de un buey.

Y el Nassi gritaba:

—¡Blasfemó ese hombre en nuestra misma presencia! ¡Qué más testimonio de su culpa!

Y se levantaron austeros y tristes los escribas y sacerdotes, pronunciando:

—¡Reo de muerte es, reo de muerte!

...Juan salió, cayéndose. En el portal se le colgaron a su cuello los brazos de *Kefa,* convulso de sollozos.

Amanecía. Jerusalén despertaba gozosamente.

Los requejos y sendas del hontanar de Gihon se poblaban de mujeres y de esclavos con sus ánforas desbordantes; volvían los caravaneros que guiaban sus bestias, de cuyas angarillas goteaban los odres hinchados. Las puertas de las murallas comenzaban a enjambrarse de vendedores, de peregrinos, de legionarios.

Y en el Templo saludaban las trompetas al nuevo día, que iba abriéndose por la cumbre de rosa del Hebrón.

Un nazareno
que le vio llorar

Y se levantaron y le echaron de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte para despeñarlo...

S. LUCAS, IV, 29.

En los días de los Azimos, Jerusalén es del Señor; y el Señor abre las puertas de sus hogares, como brazos de patriarca, y acoge a todos los hijos de Israel. Pero no caben sus familias en las casas ni bóvedas; y revierten de los muros, y apuntalan sus tiendas y cobertizos al abrigo de los fosos y puentes y en todo campo erial de las afueras.

Aun en los años de peligros y sediciones que ya presagian su asolamiento, Jerusalén rebosa de gentes que conmemoran la Pascua. Quiso el rey Agripa saber su número, y dijo a los sacerdotes: «Apartad un riñón de cada cordero inmolado». (Porque de su cena pascual participan desde cinco hasta veinte comensales.) Y fueron separados seiscientos mil riñones.

...Los mensajeros del santuario recorren la Palestina pregonando la fiesta.

Los artesanos dejan sus talleres; los labradores, sus heredades; las mujeres, sus haciendas; y reparan

los caminos y quitan las losas de los pozos para mitigar el cansancio y la sed de las caravanas, y encalan los sepulcros para que resalten y así los eviten los romeros y no contraigan impureza.

El monte, la vera y el desierto truenan de cánticos. No quedarán en poblado ni en casal sino los tullidos, los sordos, los ciegos, los enajenados y longevos, y las criaturas chiquitas «que para subir la cuesta del Moriah y de la montaña de los Olivos, necesitan que el padre los lleve de la mano o encima de sus hombros».

Y la Judea, «cuyos guijarros son hierros y en sus montañas se cava y beneficia el cobre»; montañas rotas, fragosas, desolladas; montañas encendidas; montañas como osarios de mundos ya remotos. Mesetas de colinas lisas, cónicas como tiendas de guerreros. Tierras indomables; cárcavas y llagas de wadis y torrentes enjutos. En su silencio infinito, las hordas bravías de los cactos y cardenchas crepitan de lagartos y escorpiones, y se retuercen y van estilizándose sobre un cielo calcinado. País de cenizas y escorias, de aljezares, de pedregal bueno para la vid y la higuera. El desierto duro, rígido, de peña baja con palmito y cañar, y el desierto cegado de torbellinos y olas de arenas humeantes. Y después, cerros calcáreos, cerros velludos de oro de bojas, sobraqueras umbrías, márgenes de basalto, tajadas, profundas, y márgenes de henar, de zízifos, de juncos y papirus; y el Jordán, ancho, limoso, espeso,

que se para cuajándose entre islillas de ovas y médanos.

En las raigambres colgadizas de los pobos y tamarindos, se agarran los alciones, que miran inmóviles y voraces la corriente, y, de súbito, se precipitan y sumergen, y salen rompiendo un pez palpitante entre las aristas de su pico, y rasan veloces y callados las aguas... Veras blandas, sembradura, pueblos de cal y de adobes, la labranza, el frescor de los herrenes; y otra vez el río ya rápido, grande, de plata oxidada y cortezas de fungo; roquedales áridos, salitrosos; y la mar de Sodoma, hinchada, oleosa, tan densa que soporta al hombre aunque no nade. En sus orillas se maceran y meditan los esenios de ojos sin mirada, ojos ahondados en las desolaciones del infinito... Y de los peñascos y escombras, y de los vados someros, suben las siluetas de melancólica monstruosidad de los pelícanos que, de cuando en cuando, asierran el silencio con su croar de rebuzno de onagro. Tribu de Judá, la fuerte y dominadora; solar de reyes y profetas; fundamento de Gaza, la victoriosa; de Jericó, la regalada hija de la luna; de Engaddi, que destila vinos y bálsamos; de la excelsa Hebrón, tumba de los patriarcas; de Joppe, que baña sus rodillas en el azul del mar; de Jamnia, la venerable escuela de rabinos...

Tierras verdes pastorales; tierras morenas de labradores; tierras muradas, tierras impetuosas de peñascal guerrero, y tierras mediterráneas; toda

la Judea sale a las rutas que empedró Salomón y a los caminos cavados en la roca, y a la raída faz de los desiertos. Todos los confines se ciegan de un hervor de multitudes y bestiajes; y por las noches aúllan las fieras erizadas, enloquecidas por los fanales que guían las caravanas; y suben los cánticos de los peregrinos que saludan sus fuegos, recordando el índice de lumbre que caminó delante de Israel...

Y la Perea, asilo y almáciga de razas; porque allí están los moabitas y los ammonitas, y los grecianos que vinieron de Macedonia, y los que pasan de la Siria, y toda casta de gentiles entre creyentes... Suelos almarjales, campos de oliveras y algarrobos; arideces abruptas, valles del Jordán. Ciudades con mirtos y templos idólatras: Páneas, donde el dios de los cabreros tiene su imagen y su gruta. Macizos de fortaleza que vigilan todos los contornos: Mackeronte, en cuyos peñascos alfombrados goteó la sangre de la cabeza del Bautista. La Perea, semita y pagana, recude a los caminos que atraviesan el río, la abundancia y el yermo, para llegar a Jerusalén en los días de los Azimos...

Y la Samaria, fresca de prados idílicos y de pomares que desbordan olorosamente por las blancas almacerías; región abominada del judío, que dice: «Un trozo de pan del samaritano, más inmundo es que la carne del cerdo». Porque el rey Salmanasar la pobló de advenedizos de Babel, de Cuthra, de Hamath, de Safarvaim... Los cuales se dieron dictado

de israelitas, y siguieron sus creencias y reverenciaron el Pentateuco; mas, alzaron su santuario en la cumbre del Garizim, desdeñando el Templo de Jerusalén; y sus sacrificadores se desposaban con extranjeras. Implacable es la saña entre judíos y samaritanos. No pasarán por sus rutas las peregrinaciones; pero se enjambran de gentes de Decápolis y Egipto, que buscan la fiesta Pascual, propicia a la ganancia de los bazares y ferias, y al tráfico y refocilo de las mancebías, y a la brava emoción de los suplicios, que entonces se ejecutan porque quiere el Deuteronomio «que todo el pueblo los presencie y tiemble». Y los hombres y mujeres de Samaria suben a sus terrados, y se asoman a sus términos y ejidos y miran sonriendo el tránsito de mercaderes y artífices, de tañedores de crótalo y flauta, de fulleros, encantadores, bayaderas y cortesanas.

Y pasa la corte de Antipas; y la calzada de cantos rojizos y el aire azul resplandecen de magníficas estofas, de paramentos enjoyados, de tronos de camellos, de picas floridas como tirsos, de mitras y turbantes de tisús como plumas de aves sagradas. Los campos de Samaria se truecan en jardines de aquella humanidad fastuosa y placentera. Y las samaritanas palpitan contemplándola; y vuelven a la sencillez patriarcal de sus hogares, pálidas y tristes. Se ha cerrado de nuevo el silencio que abrió, como la faz de un lago, la proa de oro de la galanía. Y queda para ellas un aroma de felicidad que ya se

aparta, como si la hubiese dejado un hombre hermoso.

...Y la Galilea, criadora de todo veduño de árboles y plantas: de los de tempero craso y hondo y de los que agarran en fragas y calveros; de los que crecen en la calma de la llosa o de bancal arado; de los que bajan mansamente por la ladera y se miran en la mar... Los troncos, los ramblizos, la miga de la tierra, el sol, el agua, todo trasciende de jugos de verdura. Se derraman los olores de la albeña y del naranjo florido; el olor sutil, pulverizado del mirto; olor espeso de la goma del cisto de Creta; olor de miel de rosadas de frutal; olor de raíces frescas y de tierra madre... No hay en sus fines lleca ni porción ociosa; y no tiene la Palestina campos que lleven frutos tan gustosos como los campos galileos. Vedados se hallan en Jerusalén durante las fiestas del Señor, para que los que moran en las comarcas áridas no los codicien y celebren diciendo: «Aun vendríamos sólo por catar de esa fruta»; fruta de perfumados sabores de suelos calientes, y se riegan con las nieves derretidas del padre Líbano, filtradas y acendradas entre peñas y tierras aromosas de hierbas de salud. Montes y llanura de Zabulón y de Genezareth; toda la Galilea está gozosa de pueblos tan juntos que se oyen uno a otro, y todos se cogen como de los brazos de sus veredas y de la cintura de sus huertas. El alma y la mano del galileo se abren pronto a la confianza y a

la largueza. Allí la viuda queda amparada en el hogar del esposo muerto. En la Judea la rechazan, devolviéndole su dote. Allí un anciano de Bet Sche'an—de la que dice un rabino: «Si el Paraíso está en la Palestina, Bet Sche'an es su puerta»—tenía muchos caudales; salió a negociar y vino pobre; y todas las mañanas le traen los lugareños las pechugas de un ave, porque ésa fué su mantenencia en sus tiempos de holgura. Súbito es el galileo a toda emoción; como un niño se enoja, se regocija, vibra, se persuade. Mas cuando entra en Jerusalén, se apoca, se encoge, se apesadumbra; porque el judío, altivo, sutil y escrupuloso, desdeña su simplicidad. Y viene la Pascua, y olvida las sequedades y humillaciones; y resuenan de caravanas todos los caminos de la Galilea. ¡Jerusalén, Jerusalén la santa, revive impetuosamente en su ánima!

...Sube de Nazareth al cielo, que ya da claror de alba, un estruendo y tibieza de establos removidos.

Dromedarios y bueyes, asnos y mulas vienen al pilón de la fuente, y beben estirando el cuello bajo los costales de ropas, de víveres, de familias amontonadas que les cuelgan por los lomos. Rebrincan las crías junto a las ancas de la madre; ladran los mastines villanos; se tiende el rugir de muchas voces, acordadas para juntar la fuerza de los que aúpan y atan la carga de las acémilas. Los gritos y

salutaciones tienen la bronquedad del sueño. De todo portal sale gente con báculo o cayada, con alcarrazas y odres, con manojos de teas, con alforjas que palpitan de aletazos de aves y de criaturas que lloran. Son de las mujeres que han de cumplir promesa y purificarse del parto en la Casa del Señor. A las terrazas se van asomando los que no pueden caminar: inmundos y decrépitos que descubren su carne lacerada y lívida entre los pliegues del sudario.

Las vírgenes nazarenas vienen rodeando al anciano príncipe de la sinagoga, el *Rosch hakeneseth,* seguido del *Hazzan,* que han de gobernar la caravana.

Dos cansadas higueras, que se tuercen en la plaza, crujen y vibran de rapaces y mendigos que esperan el paso de la peregrinación.

Se abre el día; cae el primer sol en la montaña. Y el viejo de la sinagoga levanta el leño de su mano, y su voz de gañido se queda cernida como un cuervo sobre Nazareth:

—¡Alleluya! ¡El Señor guarde tu entrada y tu salida! ¡Alabad al Señor, que hizo las grandes lumbreras!

Y clama la multitud:

—¡Porque su misericordia es para siempre!

—¡El que hizo el sol que presidiera el día, y la luna y las estrellas para la noche!

Y repiten todos:

—¡Porque su misericordia es para siempre!

Arriman el camello del guía, que dobla sus patas, y se vuelve y lame mansamente un racimo de cabritillos colgado del arzón de las jamugas. Y monta el *Príncipe*. Es todo blancura de albornoz velludo, de barbas, de turbante; sólo muestra el hueso amarillento, frío y afilado de su nariz, y los vidrios negros y menudos de sus ojos.

Trepidan las callejas y vallados de voces, de mugidos, de cascos, de pezuñas; vuela el polvo; se esparce el olor de gente y de pienso; y va pasando la caravana pascual, lenta, apretada, ruidosa. Y sale a los campos. Un sol ancho, rojo como de lumbre de leña, se estampa en las pieles estercoladas de las bestias, que aun llevan colgando del belfo una hebra de agua babosa, una espuma de leche; y se regocijan las tocas retorcidas de algodones jarifos, los koufiehs, los lienzos, los mantos azules, rayados, pardales, vinosos; y sobre la viña tierna, y las mieses granadas, y los muros y ribazos, se precipitan, abriéndose y hacinándose, largas y zancudas, las sombras de la caravana...

En una revuelta del camino surge todo Nazareth, crudo, recortado; sus casas desnudas, cuadradas, encendidas; los domos de las azoteas y de los aljibes, como pechos alzados al azul. Nazareth se hinca arrebatándose por los pliegues de peña blanca. En seguida reposa al amor de un coro de colinas verdes. Delante se tienden las eras; bajan los bancales de márgenes de pedernal y zarzas.

Entre las vides y sembradura, en los terrones de las almantas, en los claros de los algarrobos y de los almendros, crecen apretadamente, reventando de sucoso color, los gamones de oro, los iris morados, las escabiosas de matiz de fresa, los ranúnculos de púrpura...

Se hincha un ribazo; azulea la calina de un rastrojo; sube una senda, una palma, la bóveda de un sepulcro. Y Nazareth, blanco, vivo, luminoso, asomándose, escondiéndose en un tumulto de tierras frescas, grises, violetas, encarnadas; de árboles y mieses, de pitas, de lirios, de anemonas. A lo último, un monte dorado; y en el remanso de la cuesta, la sinagoga, con sus dos pilastras encaladas que cortan el retamar florido, y, a un lado, el pozo de la lustración.

El anciano se vuelve señalando el pórtico con un temblor de su báculo, y todas las frentes se humillan. Y él les dice:

—Mirad la última vivienda abandonada y roída. ¡Los murciélagos viven en el taller del siervo de Dios! Yo los he visto colgados de los techos rotos. Los yugos de vuestros bueyes, las artesas en que trabajáis el pan, el celemín, el arca, los aros de las cribas han salido de las manos de aquel hombre piadoso. Más abajo comienza a verse la casa de su hogar también desamparada. No queda ya entre nosotros nadie de la familia de Josef, hijo de Jacob, nieto de Mathan. Todos sus parientes han huído del

escarnio y encono que les trajo Jesús, hijo del siervo de Dios...

Y, otra vez de camino, va refiriéndoles:

—...Cuando yo subía a la sinagoga, Josef venía a mí; sus manos daban olor de madera fresca y de trabajo. Era menos viejo que yo, y su espalda y sus hinojos se encorvaban más que los míos, y siempre me presentaba su hombro como un cayado, sin pensar en su fatiga... La voz se le secó; y había de dejar su torno y asomarse a la puerta para tragar aire tierno y limpio... Una tarde me buscó su mujer; y me llamaba sólo mirándome, mirándome porque estaba muda de congoja... Y vi sin el velo a María, la hija del varón justo que presentaba dobles ofrendas al Señor, afligido porque no daba retoño de posteridad a Israel. Vi el rostro de María y tuve compasión. Porque fué de una hermosura suave, de una gracia amplia y emanadora que se comunica a lo demás como el vuelo, como las aguas corrientes. Y estaba entonces en lo gozoso de la vida, y ya tenía un cansado pesar todo su cuerpo. Siempre le jadeaba el corazón por su hijo Jesús. Y llegué a su casa. Y el esposo, moviendo sus brazos como dos alones heridos, nos pidió que le alzásemos en su lecho de esteras para mirar a María. Y mirándola, se le dobló la cabeza y murió... Zackay, el que fué maestro de Jesús, me dijo: «Mucho tiempo trabajó con angustia; y su garganta, que había sido de fuego para consumir el alimento, ya no tragaba el agua ni el pan...»

...La caravana se hunde bajo los boscajes viciosos de la Galilea. Suben aromas de las matas y de los renuevos hollados. Encima de su ruta, vuelan las picazas. Los perros nómadas la siguen desde lejos.

El *hazzan*, cobrizo y flaco, que cabalga a la diestra del *arquisynagogo*, murmura:

—Jesús, hijo de Josef, blasfemó en nuestra *Casa de oración*. Yo le di el rollo de pergamino de la *Haphtara*... Le perseguimos para despeñarlo. ¡Cómo no fué hallado de nadie!

El anciano quita los ojos de la mirada de ese hombre.

La caravana se aparta hacia los campos de la Perea para no pisar el camino de riesgo y de pecado de Samaria. Y la dora el sol de la tarde, y la envuelven las tolvaneras de polvo.

La voz aciaga del viejo se levanta de cuando en cuando:

—*¡Alabad al Señor que hirió a Egipto en sus primogénitos!*

—*¡Al que sacó a Israel de en medio de sus enemigos!*

Y la multitud entona la antífona del salmo:

—*¡Porque su misericordia es para siempre! ¡Porque su misericordia es para siempre!*

...Aparecen humos, cúpulas, árboles anchos, viejos, de poblado; almenas y claridad de paredes, un torreón como una brasa, columnas, obeliscos de deidades... Oteros de cuestas peladas, resabiadas de

mucho subirlas. Muladares y mendigos nimbados de sol poniente, entre un hervor de moscardas. Plátanos podados que rebrotan. Ancianos que platican entre bojes, con el amplio amictus alzado sobre un hombro. Mancebos que doman sus caballos. Literas de matronas que se pierden bajo los rosales de sus quintas...

Y la caravana va parándose delante de Skythópolis, la gentil.

Pronto las recias argollas de sus muros se traman de cabestros de cabalgaduras. Los peregrinos cuelgan sus tendales. Las hijas toman las ánforas y buscan la cisterna y el hontanar. Y todos evocan la fuente patriarcal de Nazareth: son las mismas doncellas, con la delgada cántara descansando en una corona de lienzo. Bullen los fuegos de los anafes de piedras... Y al hundirse el sol, da un grito el *hazzan;* se junta la muchedumbre y recitan la plegaria de la tarde, la *¡Schema Yisraël! ¡Escucha, Israel!*

En los jardines cae como una llovizna sonora de los sapos de las albercas; se arrullan sufriendo las tórtolas; se desgarra el clamor de los pavos reales. Y en lo hondo de la noche pasa el rugido, frío y trémulo de voracidad, de las hienas...

...Han caminado otras dos jornadas las gentes de Nazareth. Y cruzan los valles del Jordán; los huertos y praderas de ciudades recientes, cortesanas y graciosas: Arkelais, del hijo de Herodes; Fasael, del hermano, a quien el rey amó entre todos los

suyos. Y duermen bajo las palmas de Jericó, cuyos mármoles y vergeles esconden las ruinas de la ciudad madre derribada por Josué.

Luego la caravana se aprieta para seguir el camino angosto, rápido y abismal que a veces se sepulta en hoces pavorosas, y sube entre peñascos abruptos, verticales, haciendo una escala tallada en la roca, camino de acechos de facinerosos que inspiró un día al Rábbi Jesús la parábola del buen samaritano... Todo retumba por el paso de la muchedumbre. La luz azulada de las altitudes cae sobre las frentes. Se rasgan los costados del monte, y la caravana se inunda de cielo; se ofrecen inmensidades de otras cimas, de precipicios devorados; y en el negror del hondo hierve de espumas el Cedrón, allí grande y raudo. Y de nuevo la ceguedad de la ruta cavada; el día alto, como una lámpara; el gritar de enterrados enloquecidos. Y, al fin, la holgura de la sierra mullida de grama y de lirios, con cielo que baja, que la rodea y toca... Bethania, como un redil entre palmeras. La cumbre, la otra vertiente..., y ¡Jerusalén! Jerusalén sobre un sol glorioso de ocaso; Jerusalén blanca de cúpulas de sus cuatrocientas ochenta sinagogas. Ciegan los jaspes y pórfidos de sus palacios, de la fortaleza Antonia. Se recortan en fuego las setenta y cuatro torres de sus murallas; y prorrumpe como un himno la llama de mármol y oro del Templo, con sus techos de púas cinceladas para que las aves no se posen; con sus columnas y

portales de bronce de Corinto, que para fundirse necesitó el incendio de la ciudad que cuenta Floro; el Templo, augusto y encandecido bajo el sol y la luna, como un «monte nevado». ¡Jerusalén, Jerusalén la santa arranca una alarida a las gentes de Nazareth!

La voz del anciano la saluda:

—*¡Montes en su cintura, y el Señor alrededor de su pueblo desde ahora y para siempre!*

Y la caravana se precipita retronando por la cuesta...

...Las trompetas de los levitas iban anunciando las inmolaciones. Hervía el Templo de peregrinos, todos con el cordero pascual pasado por sus hombros. Entraba el pregón de los vendedores de ázimos y hierbas amargas, contenidos aún en los portales por la reciente furia del Rábbi Jesús que fervorizó los escrúpulos de algunos fariseos y zelotas.

Y, de súbito, cayó de la ciudadela el ancho y aciago rugir de las bocinas romanas.

La multitud olvidóse de la liturgia para mirar a los guerreros del César.

Estaba el Procurador en Jerusalén, y era arrebatado en su odio al judío. Los mismos legionarios, que mitigaban la dureza de su regimiento durante la estancia de Poncio en Cesárea, se transformaban cuando ese hombre venía, apercibiéndose veloces y crueles a reprimir el más blando bullicio.

Todas las torres del Pretorio se habían coronado de almetes y lanzas. Pero entre la soldadesca pasaban con académico reposo los caballeros romanos, huéspedes de Pilato; y su descuidada presencia y sus ropas cortesanas, mejor prometían solaces que peligros.

El centurión les traía de cuando en cuando los avisos de las atalayas de los muros; y entonces ellos, asomados a una almena, contemplaban el hondo, y sus manos se movían con elegancia señalando hacia los blancos intercolumnios del *Xystus*.

Muchos romeros salieron de los atrios a lo alto de la rampa de Occidente.

El profundo arrabal de Acra, donde están las tiendas de los herboristas y lapidarios, y tienen su obrador los pelaires y forjadores, que en los días de los Azimos permanecen callados, estaba negro y estremecido de gente que venía de las callejas apeldañadas y de las cuestas de Sión y de Ofel.

Lejos se abría, como una mirada dulce y azul, el arco de la Puerta de los Jardines. Bajaba del Pretorio una cohorte; y el ruido de sus caballos y el centelleo de sus armaduras fueron apagando las voces y el bracear exaltado de las multitudes orientales.

Era el tiempo de las ejecuciones. Tres reos aguardaban el suplicio. Y aquella mañana se juntaba el Gran Sanhedrín para acabar el proceso del Rábbi Jesús y someter las sentencias al romano. Juzgado

estaba el Rábbi en el aula del Pontífice; pero era menester que el fallo de muerte se pronunciase de día en la Casa de la Justicia, y tras doble jornada.

El Gran Sanhedrín, que antes oficiaba en recinto del santuario, en el *Gazith* o *Conclave caesi lapidis*—sala de las piedras esculpidas, al lado del *Conclave ligni* y del *Conclave scaturiginis*—abandonó su asiento del Moriah, y residía en la ciudad baja. Porque Roma arrancó el *jus gladii* de las manos de Israel, y era profanación para los suelos sagrados que la voluntad de los setenta y un jueces del Tribunal de los Asmoneos quedara sin eficacia por antojos de los procuradores del Imperio. Pero, aun con todo poder en sus fallos, tampoco le fuera lícita al Sanhedrín su antigua morada. Enflaquecía su rigor, quebrantaba la ley, temeroso del pueblo, que en los homicidios de los sicarios y zelotas veía siempre un perdonable arrojo patriótico, una merecida venganza contra los amigos del extranjero.

Mas, algún decreto de muerte había de cumplirse para que no fuesen enteramente menoscabados los libros mosaicos, y no careciese la Pascua de uno de los más gustosos regodeos de los hombres.

...Apartóse la multitud bajo los varales de los *soterim,* ministriles del Sinedrio, vestidos de moradas dalmáticas. Y pasaron los aparitores con sus túnicas rojas y bastón de almendro, que retoña de oro en lo alto, y los dos escribanos, que traen los rollos de pergamino curial y sus tinteros de bronce y

el cálamo colgando de la faja de correa. Detrás iba Jesús: su manto, plegado y ceñido por la misma soga que se retorcía en sus muñecas; su cabeza, desnuda; los cabellos lacios, apelmazados, caídos por las mejillas. A su lado caminaba el *Baʿal rib*, el jurista de la disculpa o defensa, un hombre macilento, de mirada fosfórica, de cuello afilado, de manos flacas. Y a lo último, servidores de justicia con espada en el cíngulo.

Cerróse la gente en pos del reo, llamándose con risadas y hablas de distintas razas, y la rechazaron los heraldos del Sinedrio, y prosternóse ante Kaifás seguido de los sumosacerdotes, que llevan vestidura corta de carmesí, calzón de lino, mitras de brocado. Indeleble es el título de su antigua jerarquía pontificial. El pueblo pronunciaba sumisamente sus nombres: Joazar y Eleazar, hijos de Simón Boëthus; Eleazar, primogénito de Annás el poderoso; Josué-ben-Sich, Simón, hijo de Kamithos, que dejara el Principado a Josef *Kaifás:* Helkías, clavario del Tesoro, y los hijos de Annás, sacerdotes y después pontífices: Jonatás, Matías, Teófilo y, entre ellos, Ismael-ben-Fabí, famoso por su molicie y su gula. No se vistió dos veces una misma túnica, y todas costaban centenares de minas, y en un mes devoraba su vientre los pescados, reses, aves y vinos que saciarían una mediana aldea.

Después venía el *Ab-bëit-din,* que lo era Annás, presidiendo a los veintitrés *zeqenim,* ancianos de

Israel de rancio linaje de Judá, doctos en los setenta dialectos, poseedores de riquezas maravillosas como Nicodemus-ben-Gorion, «que—según el Talmud—podía mantener él solo, durante diez años, a toda la ciudad santa»; Josef de Arimathea, de tan pulida cortesanía y grandes caudales, que mereció el aprecio de Pilato, desdeñoso con el semita; Elisama, dueño de las tierras más pingües de Jericó, codiciadas por la misma reina amada de Antonio...

Y el *Hâkân,* que dirige a los *soferim* o escribas, levitas y seglares, teósofos, hermeneutas, exégetas, cuyos estudios y escolios componen la *Mischna,* la *Midras,* el *Hagada.* A esta cámara pertenecía el justo y dulce Gamaliel, hijo de Simeón, nieto de Hillel y maestro de Saulo; Samuel, el que escribió el *Birhat-Hammirium;* Jonatás, Rábbi Zadok, Honkelos, Hananías-ben-Hischa, Ismael Elija, Rábbi Nahum... Y, finalmente, los tres grados de discípulos de la Judicatura, descoloridos y rígidos, imitando ya en su juventud la austeridad farisaica, trabajando siempre su memoria para retener toda palabra de las enseñanzas «como cisternas endurecidas de cemento que no pierden una gota de sus aguas».

Annás avanzaba encogido, blando, felino entre los muros de la plebe que rodeaba la Casa del Sinedrio. Una amenaza, un grito de un partidario del Profeta podía traer la exaltación de los galileos. Las picas de Poncio llegarían al mismo estrado

de la Justicia, como en otra Pascua penetraron hasta el altar de los holocaustos y corrieron juntas las sangres de las reses y de los devotos. Hollados quedarían los últimos señoríos de Israel, y quizá el Rábbi enemigo quedase libre y trocado en caudillo de multitudes.

Las multitudes seguían humilladas bajo la pompa de los jueces.

Y abrióse el Sanhedrín. Su trono de orificia que se calaba sobre paños de recia púrpura; el severo continente de aquellos varones reclinados entre almohadas y tapices fastuosos; sus frentes pálidas y cansadas que guardan el saber de toda la heredad del Señor; el purísimo origen de su estirpe, que se manifiesta en el labrado marfil de su carne, y el renombre de su poderío y de sus tesoros, almacenados en hórreos de pedrería y barras macizas de metales, todavía agobiaron más el ánimo del pueblo semita, que ama y acata sus tradiciones, y se adueñaron del extranjero oriental, que voluptuosamente venera la visión y hasta los conceptos de la magnificencia.

Y aun temió Annás. El Rábbi no era el Cristo; pero por escondidas fuerzas de magia podía realizar un prodigio o decir una palabra, y tener un gesto gallardo y audaz que removiese de su silencio y quietud de grey a la muchedumbre, dócil para recibir todo fermento de rebelión.

Presentaron a Jesús.

Y entonces descansó Annás, y ya miraba y atendía plácidamente como si se hubiese sumergido en las dulces suavidades de un baño. ¡Rábbi Jesús era sólo un reo, un reo resignado, enfermizo, de pasivos desdenes!

Una cuerda de esparto bastaba para atarle. Y la chusma recordó que en el reciente juicio de tres facinerosos, uno, llamado Barabbas, hizo gemir sus cadenas y le sangraron los pulsos en las losas...

Un mozo tablajero brincó para ver a Jesús, y dijo:

—¡Pues si a éste lo soltaran, ya caminaría siempre como un sentenciado!

Y un viejo que engullía cuajada de oveja y daba un agrio olor de calostros, le repuso:

—Este remeda al raposo que se hace el muerto en la trampa.

Y todos se aupaban para mirarlo.

El *Hâkân,* sabio entre los sabios, le interrogaba de su doctrina, complaciéndose en sus palabras, reposándolas, repitiéndole las preguntas acicaladamente. Y luego entornaba los ojos esperando.

Jesús callaba. El *Baᶜal rib* volvióse con hastío hacia el reo, y su mano amarilla le apartó de la boca un haz de pelo sudado.

Jesús le miró cansadamente. Tenía su rostro una palidez verdosa, manchada por acometidas sanguíneas; su cuello semejaba muy largo, muy débil, y se le señalaba el afán de sus fauces. Se pasaba la

lengua por los labios flojos, torcidos, y en seguida había de respirar anhelantemente.

La multitud se encrespaba de impaciencia.

¡Para qué inquirir más de ese hombre obscuro, que pecó contra el Señor, Dios de Israel, queriendo abrogar sus leyes y levantándose como el Ungido! Hartos y arrepentidos estaban de haberle aclamado, y los más generosos se apartaban del Sinedrio, perdonándole sus engaños y compadeciéndole, pero aprobando su condenación para bien de la raza.

Se asomaban y salían, renovándose, comiendo, riendo, murmurando, dejando los suelos hediondos de sandalias y vestiduras roñosas, de mondaduras y salivas aplastadas.

Sonó un clamor y golpearon báculos en el trono. Acudió la gente del ágora. Y los de dentro decían:

—¡Ha blasfemado el *Profeta!*

—¡Que chafen al ruin!

Avanzó estruendosa la cohorte.

Desde el Tribunal bajó el mandato del Pontífice:

—¡Al Pretorio!

Y retumbó la mañana de gritos que repetían la sentencia.

Entonces venían por la cuesta del Moriah los peregrinos de Nazareth. Sus lienzos blancos, de franjas azules, atados al cráneo con tiras de piel de cabra, flameaban ruidosos.

Y cuando arribaban al pórtico del Sanhedrín los contuvo la lanza de un legionario.

Sacaban al reo.

Y oyóse la voz del anciano de la sinagoga nazarena:

—¡Jeschoua, Jeschoua, hijo de Josef! ¡Yo te vi llorar en nuestro monte!

Le rodearon los de su caravana y hombres de Jerusalén, mirándole con ansiedad, pidiéndole que les refiriese de Jesús.

Y el viejo sentóse en las escalinatas del Xystus, y movía su cabeza repitiendo:

—...¡Yo le vi llorar!

Y después contó:

—...Fué un sábado del mes de Sivan... Lydia y Asia, hermanas de Jesús, hijas de Josef, trajeron esa tarde las ramas de menta y de juncia para los suelos de la sinagoga. Nuestros fieles habían ya depositado sus dones en los dos troncos de los portales. Cerrada estaba la verja que aparta a las mujeres de los hombres. Ocuparon los diez ancianos su sitial, y nos sentamos los dignatarios en las gradas del Tabernáculo, delante del velo de la *Theba*... Abrió el *hazzan* el arca sacratísima y tomó los cilindros de la Thora y de las Profecías. Y cuando nos volvimos hacia Jerusalén para decir la plegaria, entró Jesús y quedóse orando bajo la lámpara que arde perpetuamente en nuestra Casa. Llegada la lectura, Jesús pidió que le dejásemos subir a la cátedra. Y muchos murmuraban pasmándose de que osara ese hombre leer estando los libros

escritos en la lengua madre de los hebreos, que ahora sólo conocen los doctos. Y apareció Jesús en el estrado; desenrolló una franja de pergamino y leyó las palabras de Isaías, que dicen: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado ungiéndome, y me ha enviado a predicar la Buena Nueva a los humildes, a sanar al que tiene el corazón afligido, a redimir al que padece cautiverio, y dar vista al ciego, y libertad al que yace en prisiones, y a consolar a todos los que lloran, anunciándoles el año venturoso de la reconciliación con el Señor...» Devolvió Jesús el canon profético al *hazzan*, que lo era este mismo que viene con nosotros, y sentóse, manifestando que quería hablar de la lectura. Como así fué... ¿Lo recordáis? Y dijo de este modo: «¡Hoy se cumple la profecía en vuestra presencia! ¡Enviado he sido por mi Padre para traeros consolación, y vengo a vosotros, que conocéis mi hogar, amigos de mi vida en la aldea y bajo los cielos de nuestros campos; os busco entre las primeras gentes anunciándoos mi Reino!...» Y todos nos mirábamos diciendo: «¿No es éste el hijo de Josef el artesano? ¡Pues cómo quiere realizar la obra del Cristo! ¿No afirman los suyos que hizo portentos en Kaná y Cafarnaum? ¡Pues hágalos aquí en su patria!» Y Jesús irguióse terrible, increpándonos: «¡Sé lo que habláis! Vosotros decís: *¡Médico, cúrate a ti mismo! ¡Maravíllanos!* Y yo os respondo: ¡Jamás profeta alguno fué acatado en su pueblo!

Os digo, en verdad, que en los tiempos de Elías muchas viudas habitaban dentro de Israel, cuando se cerró el cielo al beneficio de la lluvia, durante más de tres años, y padeció hambre la tierra, porque idolatró Achab. Y Elías, el hombre del Señor, guarecióse en las quebradas del torrente Carith; dos cuervos le traían con qué mantenerse. Y después, por mandato de mi Padre, se amparó en la casa de una viuda de Sarepta, prefiriéndola a todas las israelitas... Y hubo muchos leprosos en los días de Eliseo; mas no limpió el profeta a ninguno de Israel, y apiadóse de la laceria de Naaman, extranjero de Siria...»

Y todos se le arrojaron gritándole: «¡Tú te tienes entre los predilectos de Dios y a nosotros nos juntas con los maldecidos, execrados por los profetas!...» Y le derribaron de su silla; le sacaron de la sinagoga y le persiguieron con guijarros. Jesús huyó por el monte, y le buscaban para despeñarle, y era terrible la saña del pueblo, porque no la contenía la santidad del sábado. Yo me extravié en lo fragoso y me rindió el cansancio sobre la peña. Venían rugidos de los barrancos. Entonces comenzaba a bajar el sol. Nazareth era todo una lámpara del paisaje. Y en el silencio de mi lado escuché como una fuente de sollozos, y fuí levantándome y vi al perseguido que contemplaba su casa, su sinagoga, todo su pasado, y lloraba el abandono de su vida!

Reposó el anciano, y luego volvióse al *hazzan*, y sonriéndole con pena le dijo:

—Cuando veníamos a la Pascua y os mostraba el taller del padre de Jesús, tú exclamaste: «Jesús blasfemó, y le acosamos por el monte. ¡Cómo no le halló nadie para despeñarlo!...» Yo sólo le hallé y le abrí mis brazos, y él descansó su cabeza en mi pecho; yo le amparé de vosotros, porque lloraba, y llorando se parecía a su madre, la dulce hija de Joaquín y de Ana, los cuales la consagraron al servicio divino, y la doncellita moraba en el Templo, y recibía el alimento del sacerdote como una paloma que viene a picar el trigo en nuestra mano... ¡Yo vi llorando a su hijo, y le amé!

Y lloró el príncipe de la sinagoga nazarena, y muchos se apartaban de él, diciéndose:

—No es de justos apiadarse del que merece la ira del Gran Sanhedrín. Vedada está su misericordia...

Y corrieron por las callejas que iban a la ciudad alta.

Entonces pasaban los legionarios y la muchedumbre hacia el palacio de Herodes Antipas.

Annas

...Uno de los ministros que estaban allí dió una bofetada a Jesús...

S. JUAN, XVIII, 22.

Por las tardes acudía bajo la ventana de la cámara de Annás la hija de Rohab el leproso que la miraba desde su manida de adobes, junto al torrente de la mandrágora, aguardando la limosna.

Annás—a quien proclama Flavio Josefo el hombre venturoso entre todos los hombres de Palestina—tiraba un denario que caía como una gota de lumbre dentro de los herbazales, apretados en la fundación de los fosos.

La rapaza era flaca y rígida; iba descalza, esquilada y ceñida de un harapo de franjas pardas y ocrosas.

Se arrojaba, cogía la dádiva, y con los brazos tendidos y vibrantes se iba crispando en una reverencia de gracias que presentaba trenzado todo su esqueleto y le socavaba más las oquedades de sus axilas y de su vientre. Después daba un grito de pardal de laguna y se despeñaba retozando por la ladera de Sión.

Annás se doblaba para mirarla. Le parecía que, aspirada por uno de sus brincos, pudiera quedarse la mendiga en el aire azul, serena, aguda y leve como un dardo.

La niña pasaba junto al padre inmundo, dejándole la moneda, y se perdía entre los vertederos de las torres.

Las soledades de Hinnom se recortaban limpiamente sobre el claro cristal del cielo. Prorrumpía un collado de abundancia, con gradas de hortalillos y felpas de alcaceres, y la desolladura de una cantera. Encima se asomaba, blanca y gozosa, una quinta de placer de Kaifás, y en el ocaso, los cincelados sillares ardían como un ámbar. A la izquierda, en la montaña sativa de los olivos, se alzaban los dos viejos cedros de la «familia sacerdotal».

Venían los cinco hijos de Annás, que fueron también pontífices, y su yerno Josef Kaifás, que en aquel tiempo gobernaba el Santuario, y humillando la frente y los ojos le advertían al padre:

—Mira que murmuran de ti porque te complaces en la misericordia de un hombre extranjero y llagado del mal aborrecido. Todos los leprosos viven lejos de Ofel y del Monte Santo, y de todo camino de gentes por mandamiento de nuestros libros, y sólo el egipcio mereció tu gracia.

Se encendían las doradas pupilas del anciano y le temblaba sobre el carmesí de su túnica la rizada nieve de su barba olorosa de bálsamo y esencia de azafrán, y les decía:

—Más menudo es vuestro corazón que un grano de mijo. Yo me afano por vestiros de grandeza delante de todo el pueblo, y a vosotros os devora mi pecado de lástima por un inmundo.

Y como otro día le porfiaran de su complacencia, Annás dejó salir su mirada a la tarde, y contó:

—...¡Quince años estuve en Alejandría, la maravillosa! Cien mil judíos moraban al lado de la mar. Israel, que sólo ama y sabe las montañas, pueblo de cumbres, pueblo de tristeza de predestinación; Israel era dichoso junto a las aguas anchas, libres, tendidas entre mundos. Vi las naves de Europa henchidas de telas y de frutos, de pedrería, de especias y perfumes, y de todas las hermosuras del Egipto, de la India y de nuestros padres, traídas a la ciudad por caravanas que atraviesan los arenales eternos. Yo salía por la Puerta de la Luna, toda de jacinto, a la llamarada jovial del Muelle del Arribo Feliz, y pasaba el Heptaestadio, de losas de color de naranja, y bebía la dulce agua del Nilo que viene por acueductos de mármol venerable. La isla surgía delicada, augusta y graciosa como Bethsabé en el baño cuando David la miró... Un siervo me mullía la almohada sobre las rocas donde brilla el fanal de Faros, que alumbra trescientos estadios. Y recostándome, estudiaba en Platón dictados de nuestras máximas. Siempre me distraía alguna abeja, porque allí todo el aire está cuajado de miel. Y la miraba como si hubiese salido de las palabras del filósofo; la miraba hasta perderse

en la lumbre de la ciudad. Toda Alejandría se presentaba a mis ojos, magna, sabia y tentadora como una diosa del paganismo. En lo alto, la corona de oro del Anfiteatro; en sus pechos, los joyeles de su Museum, de su Lonja, de su Soma sagrada, donde los sepulcros de sus monarcas rodean filialmente la tumba del glorioso mancebo de Macedonia. Pero sobre todas sus delicias y maravillas se alzaba Israel. Porque en la tierra de su antiguo cautiverio florecía como un rosal. Acatado su Sanhedrín, terrible su Armería, deslumbradores sus arcaces, cien mil egipcios le sirven, y su sinagoga de pórfido, de sándalo, de alabastro, con setenta sillas de oro macizo, culmina entre todas las opulencias gentiles. Y aquí, en la tierra prometida, nos pisa y nos exprime Roma como racimo en lagar.

Los ojos del anciano se detuvieron en los de Kaifás, hundidos entre grosura.

Después prosiguió:

—...Aquí puse los fundamentos de mi casa. Y por mí pasáis al Sancta Sanctorum y el pueblo se prosterna para mirarnos... Un sábado, al salir del Templo, un hombre inmundo me gritó postrándose: «¡Salve, Annás, hijo de Seth, mi señor!» Amigos y esclavos quisieron rechazarle, y yo no lo permití, sino que antes quise que se alzara del polvo para que me hablara. Y la úlcera de su boca me dijo: «Apiádate de tu antiguo siervo, porque juntos veíamos aparecer en los espejos de Faros los navíos

de Occidente, y te llevaba el cojín y los rodillos de pergamino donde tú leías a Platón y Tucídides...» Ved que ese leproso es para mí más amable que muchos viejos sórdidos que vienen a mi cámara...

Así habló Annás con sus hijos.

...Y una tarde no fué la rapaza mendiga bajo la fenestra del sacerdote.

La choza del padre aparecía cerrada con troncos de palma.

Hizo Annás que los buscasen. Y un esclavo le dijo:

—Esta nueva supe: Rohab el leproso y su hija se fueron en busca del Rábbi Jesús.

Y Annás estuvo mirando la hierba crecida en la raíz de sus muros, hasta que la noche cegó todo el paisaje. Y al recogerse vió sobre un fondo de estrellas el perfil de la quinta de Kaifás, y sus labios sutiles se doblaron por una sonrisa de altivez, y su barbilla de espuma le temblaba sobre la grana de su túnica.

... ...

...Y al comenzar la hora sexta llegaron los principales varones de Israel a la casa de Annás.

Annás reposaba en su lecho de sedas y alcatifas.

Y le rodearon muy junciosos, diciéndole:

—¡A ti te debemos la salud y el bienestar de nuestra raza!

–¡Porque tú nos quitas todos los peligros y mantienes la grandeza del sacerdocio!

–¡Porque son sabias las veredas que abres delante de nuestros pasos!

–¡Seguimos tus avisos, y Pilato ha temido de ti, y el pueblo maldice al Profeta que antes ensalzara!

Annás les oía distraído, desdeñoso y cansado.

Cuando salieron llamó a su primogénito y le ordenó:

–Que le corten los pulgares a Javan, el ruin que le pegó a Jesús en la faz porque dijo..., ¡ya no sé ahora qué dijo el pobre Rábbi!

...Y quedóse dulcemente dormido el hombre venturoso entre todos los hombres de Palestina...

BARABBAS

Por la solemnidad de aquel día, se dejaba libre el preso que el pueblo escogiese. Y había entonces uno muy famoso que se llamaba Barabbas.

S. MATEO, XXVII, 15, 16.

Tierras de Neheleskol, comarca del Hebrón... Allí todas estaban plantadas de higueras y de viña que empezaban a retallecer frescamente.

Era un llano labrado y pedregoso, y lejos se hinchaba como un pan, haciendo un alcor blando y moreno. En su solana había una aldea con sembradura tierna delante y viejos sicomoros y granados amparando las norias de los huertos. Cambroneras y albarradas rodeaban los bancales; en medio, todos tenían la choza o torre para guardar el viñedo cuando se maduran los racimos. Porque son campos predilectos de Israel. El amor y la ancianidad suspiran por la sombra de la viña y de la higuera. La mujer fuerte trabaja el lino; no dejan sus dedos el huso; se levanta de noche para prevenir todas las haciendas, que con el fruto de este ahinco quiere mercar una tierra y plantar su viña.

...Había llegado el tiempo de la cava de los

alcorques, de ahondarlos y apretarlos para que las lluvias de primavera remansen junto a la cepa y calen bien la raíz.

Tan grande era el reposo campesino, que se oía el croar de los cuervos remontados en el azul, sobre los barrancos del Hebrón, donde siempre se deshace la carroña de una mula o de una res despeñada, y las azadas de los viñadores resonaban frescas y profundas como dentro de un aljibe.

Entre las bardas de dos heredades pasaba el camino de los rebaños, liso, seguido hasta la aldea. Entonces todo recibía el sol poniente, y las moradas sombras de un grupo de caminantes se tendían pesadas y largas. Andaban despacio y parándose mucho; a veces se hacía un rebullicio del hablar de todos; y después quedábase sola una voz que resbalaba en el silencio como si la tarde fuese un recinto y estrado de intimidad, y era una voz caliente y sencilla que hacía sentir con más pureza el vuelo manso del aire, el olor de la tierra cavada y el goce de la holgura, y daba sabor de jugos de sementeras, de claros hontanares, de mieles de frutos.

Y decía esa voz:

—...Ved también otra semejanza del reino de los cielos: un padre de familias salió muy de mañana y ajustó trabajadores para su viña por un denario de jornal...

Sobre la cerca alzóse una azada, y estuvo

resplandeciendo en el hombro del cavador que se había quedado escuchando.

Uno de los caminantes exclamó:

—¡Maestro, son los campos de Canaán!

—Fué aquí donde vinieron gentes de Moisés, y cogieron higos y granadas y cortaron un sarmiento con su racimo, y tanto pesaba que lo llevaron dos hombres atravesado en un varal.

Y mediaban, se interrumpían y disputaban todos:

—¿Por ventura es éste el «torrente del racimo»?

—¡Llévanos, Rábbi, adonde está la tierra bermeja con la que amasó tu Padre al primer hombre!

Y el Maestro esperaba, y después seguía su parábola:

—...Y a la hora de tercia atravesó el padre de familias por la plaza, y llamó más hombres que estaban...

Otro del corro, de barba rojiza, que traía remendada la túnica, llegóse al vallado. Y el viñador le dijo:

—Os cogerá la noche por el camino si no andáis más ahina.

Y aquél le respondió:

—¡No teme el Rábbi el descampado aunque no halle donde reclinar su cabeza! ¡Y esos se piensan que puede uno mantenerse de las palabras de ese hombre!

—¿Cuál es el Rábbi?

–*El de manto azul y turbante rayado que ahora se lo sube para verte...*

–¡Me mira como nadie me miró!

Y el viñador sentía el latido de su cuerpo, más hirsuto que un lobo de Galaad. Sus ropas y su carne eran de la misma color de la tierra, y en su rostro, que semejaba de recia talla de encina, siempre avanzaba el frío de la blancura feroz de sus dientes.

Y prosiguió cavando para apartarse de los ojos que le penetraban en sus entrañas y en sus pensamientos. Y cuando se alejó el ruido de las sandalias de los caminantes, asomóse con cautela de chacal.

Una mano del Rábbi se recortaba sobre la gloriosa hoguera del crepúsculo, y aun se oía su voz en la quietud:

–Y llegada que fué la noche, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: «Llama los trabajadores...»

De súbito volvióse el cavador y salió al camino. Venía un anciano montado en su jumenta; de los arzones colgaban las dos talegas de los jornales.

El anciano estuvo mirándole con la mano encima de su frente de bronce, y le preguntó:

–¿No eres Jesús Barabbas, el que vino pidiendo trabajo a la hora de prima?

Y como el siervo se le humillase, todavía dijo el de la cabalgadura:

–¿Por qué estás lejos de los otros trabajadores y saltaste la albarrada?

Y doblóse más el criado para decirle:

—No vayas, señor, rodeando la heredad, porque los enemigos de tu casa te celan, sino que entra conmigo y en la torre te juntarás con tus gentes.

Y cuando el anciano bajaba de la jumenta para seguirle, Barabbas hirióle con su azada, todavía húmeda y olorosa de lo tierno de la tierra, y le mató.

Luego arrancó de la bestia las bolsas de los dineros y escapóse buscando los hondones, atravesando granjas...

...Los viejos palmares daban sombra a los pozos salobres abandonados. Delante iba subiendo, polvoroso y cansado, el camino de la ciudad. La ciudad se asomaba encima de tres oteros, ceñida de vergeles; todos sus muros, insignes y hermosos; todas sus casas, blancas, y el sol, grande y bueno, la besaba en su cumbre, que tenía la graciosa desnudez de la mañana.

Y unos hombres miserables se removían como gusanos en la tierra del palmeral.

Y miraban la ciudad, aborreciéndola y codiciándola, lo mismo que el esclavo mira a una mujer bella y patricia, sorprendida en sus encantos de tentación, porque acaso no siente ella pudor en la presencia de quien no puede ser gozada.

Y cuando aparecían gentes por el camino, clamaban los hombres de los pozos:

—¡Parte con el hambriento tu pan!

–¡No despreciéis vuestra misma carne!

–¡Acordaos de que todos servimos en Egipto; y el Señor os dará reposo y regará vuestros huesos!

Y sus alaridos atravesaban la mañana y abrían el silencio como un graznar de grajos sobre las hazas sembradas.

Llegábanse los criados de los viajeros y les arrojaban óbolos y las sobras de su comida.

Los afligidos besaban el polvo, y después subían sus brazos al Señor Dios bendiciendo la dádiva. Y devoraban los mendrugos, resonándoles las quijadas insaciables.

...Y a la mitad del día apareció entre las palmeras una muchedumbre de jornaleros andrajosos, de frentes aciagas, de labios crispados. Y un hombre roblizo, de dientes de nieve, de túnica rozagante, en cuyo cíngulo brillaba desnuda la hoja de la sica, les gritaba, sonriendo con altanería:

–...Jehová permite vuestra hambre y abominación, porque vosotros consentís, como perros castrados, que los amos quebranten la Ley. ¿No recordáis que Moisés mandó: «No negarás la paga a tu hermano menesteroso»? ¡Pues vosotros no osáis levantaros contra la iniquidad!

Entonces, uno de los jornaleros, sumido, lívido, desdentado, dijo con voz que silbaba:

–Engaño hay en las palabras de Barabbas. Nosotros trabajamos toda la noche en los albañales, y al venir el día nos despidieron de esta manera:

«Volved cuando ya caiga el sol, y recibiréis vuestra ganancia». Porque escrito está: «No negarás la paga a tu hermano, sino que en el mismo día, antes de la puesta del sol, le darás el salario, no sea que alce su grito contra ti al Señor». ¿Y por ventura no es éste el mismo sol que nos alumbraba cuando salíamos de la faena?

Y difundióse el rumor de la muchedumbre como si un recio viento menease el palmar.

Barabbas hizo una risada de burla.

—¡Merecido tenéis vuestro oprobio como estos ruines que mendigan revolcándose junto a los pozos amargos y se alimentan de las inmundicias de las caravanas! Un día, otros hombres hambrientos quisieron escucharme y se tornaron fuertes contra los que escarnecen nuestros Libros Santos, y gozaron hartura.

Relumbraron de ferocidad algunas miradas.

Muchas voces aullaban:

—¡Sea éste el caudillo! ¡Que él nos guíe y nos remedie!

Y el viejo desdentado brincaba por los brocales y se hería el cráneo con sus manos flacas, repitiendo:

—¡No matarás, no matarás!

Los otros subieron al camino. Las gentes les huían abandonándoles sus dineros y su manto. Y penetraron en la ciudad, y los siervos y los que odiaban el regimiento de Roma y la dureza y la abundancia de los poderosos se juntaban a la revuelta.

Acudieron los legionarios; hundían sus lanzas en los cuerpos harapientos, que retumbaban como losas de bóveda y crujían como el bálago en la era, y sonaron blasfemias y rugidos, y hedía el aire por la miseria removida. La espada del facineroso se hincó hasta el puño en la boca de un pretoriano que derribóse clavándose en la muralla. Un decurión arrojó su potro contra Barabbas. Y él huyó por los ramblizos. De una granja le tiraron piedras, y los mastines le alcanzaron, desgarrándole la túnica. Le sangraban los pies y un hombro. Vinieron los enemigos y lo ataron a las crines del caballo del decurión, que le punzaba con el hierro de su cáliga, y le decía:

—...Una cruz de pino fresco te guardamos. Era para un incendiario que no quiso sentarse en el «cuerno» ni colgar de las ramas, y se quebró la frente golpeándosela contra sus rodillas.

Barabbas escupió en la pierna depilada y gorda del romano.

...Y sentía el reo en su frente una caricia sutil como de aire, de humo, de niebla, de cabellos fríos. Y vió que de la bóveda de su cárcel colgaba y se mecía una araña, dejándole una hebra de lumbre blanda, como no cuajada todavía.

Y Barabbas recordó sus bancales aldeanos. En los terrones tiernos de pelusa y hierba recién nacida,

en la margen de las acequias, en los nudos de las higueras brillaban los telares de las arañas con un menudo aljófar del relente o del riego que luego se derretía bajo el sol... ¡Y aquí, en la cueva se afanaba tejiendo esa desventurada rugosa y peluda! La odió. Y como tenía atadas las manos, recogióse con la lengua una lágrima, y brincó y reventó entre sus dientes al pobre insecto. Una red levísima y helada se le deshizo por las encías, por las fauces sedientas.

...Ya muy tarde desgarróse la entrada de su prisión y penetraron dos hombres. Quiso acostarse uno, y el otro se dobló gimiendo, porque estaban atraillados con correas de camello. Se les oía resollar y herirse en las baldosas y morderse las ataduras.

Barabbas les tocó y removió los andrajos con su pie desnudo, y parecióle que se le había hundido en un fosal. Y los dos hombres se fueron encogiendo y anillando en una rinconada. Pero él les dijo:

—No temáis de mí, porque acaso juntos hemos de beber el «vino de la misericordia» y veremos los mismos cuervos sobre nuestras cruces...

Y una voz fonda le respondió:

—Ahora te conocí; tú eres el que mató al de la cohorte, y a mi lado estuviste, un día del mes de Tischri, mirando cómo crucificaban a un hermano entre dos árboles, y a las dos tardes volvimos y aun vivía; pero se iba rajando por los muslos y se le habían podrido los ojos de moscardas de estercolero...

Barabbas le maldijo, y el otro se reía, y era su

risa siniestra, de locura, como si alguien que le aborreciese a él mismo se riera dentro de sus entrañas.

Llegó el balar de los recentales que pasaban para el mercado de la Pascua. Después rugió un vocerío de turbas, y cerca de la reja una mujer gritaba:

—¡Es la sandalia del Rábbi; se le ha caído al Rábbi!

Y ya hundióse la noche en una quietud desoladora.

Cerca del alba, un reo tuvo la pesadilla del suplicio.

...Y caminó Barabbas mucho tiempo, y llegó a la tierra toda plantada de viña.

Ya estaba crecido el pámpano, y los viejos sicomoros y los altos sembrados cegaban de verdura la aldea.

Oía en la paz de la mañana unos golpes hondos y cansados de azadón que le cavaba la vida, porque era el palpitar de su costado y de su garganta. Y se afligió. Y miró al cielo. En el cielo hilaban arañas de cárcel. Llevóse las muñecas a sus ojos, todavía creyéndolas atadas, y sonrió de sí mismo. Se le mojaron los dedos. Barabbas lloraba con infantil congoja. Porque se vió hijo y se vió desgraciado y solo. ¡Nunca había sentido la soledad, Señor!

Y llorando comenzó a redundarle el abrigo y la luz de una mirada; todo su cuerpo henchido de la tristeza y claridad de unos ojos como un vaso traspasado de sol. Los ojos del Rábbi estaban en el camino, y en la viña, y en todo el aire; los ojos del Rábbi bajo el turbante alzado para verle; los mismos ojos que recogieron su terror en el pasadizo del Pretorio. Pilato, envuelto en su toga, que semejaba de piedra pulida, le mostró a la plebe. Rebramó la multitud, aclamándole. Y el Rábbi le miraba. Una turba le arrebató sobre sus hombros; las mujeres le daban peces ahumados y pan tierno, y agua de miel y de aromas. ¡Y otra vez los ojos del Rábbi, desnudo, tendido en su cruz! Todos se fueron apartando de Barabbas, y braceaban, y algunos arrojaron cortezas de naranja al Rábbi.

Bajó el libertado del cerro de la ejecución, y aquellos ojos le miraban. Le acompañaron toda la noche y estaban en todo el azul del día...

Y Barabbas contempló el paisaje. Tenía en su frente y en su mirada una dulce resignación. Acercóse las manos a la boca, y besó las desolladuras que le dejaron los cordeles en los pulsos.

Después prosiguió caminando, muy despacio, entristecido y bueno.

Un perro lisiado le seguía, y él lo tomó, llevándolo en brazos hasta la aldea.

...Y pasó los umbrales de una casa, y su cabeza de oso derribó la *mesusa* o arquilla que cuelga del

dintel y guarda los pergaminos con las palabras que dispone el Deuteronomio.

Salió un hombre voceándole, y él le dijo:

—¡Se ha cumplido el año que mataron y robaron a tu padre!

Y llegándose más, ofrecióse sonriendo serenamente:

—¡Mira aquí su matador!

El huérfano dió un grito, y revolviéndose tomó una hoz que había entre los aperos y la clavó en el vientre del homicida.

Revolcóse Barabbas, sin un quejido, sin secársele la sonrisa, y exhalaba:

—¡Los ojos del Rábbi me miran!

Y temblábale el pomo del arma por el regurgitar de la sangre y las convulsiones de sus entrañas segadas...

Herodes Antipas

CAJA DE AHORROS DEL
BIBLIOTECA
GABRIEL MIRÓ
ALICANTE
DE ESPAÑA

En aquel tiempo, Herodes, el tetrarca, oyó la fama de Jesús y dijo: «Este es Juan el Bautista que resucitó entre los muertos, y las virtudes de lo alto obran en él».

S. MATEO, XIV, 1, 2.

Y Herodes, cuando vió a Jesús, se holgó mucho. Y le despreció, y, escarneciéndole, le hizo vestir de una ropa blanca.

S. LUCAS, XXIII, 8, 11.

Mar de Galilea. El azul de sus aguas, como la claridad de los cielos. La lumbre azul y la sensación de su frescura venían entre todos los árboles y se desposaban con el mármol inmaculado de la casa de Herodes y con los rubios caminos. El azul se esmaltaba en el blancor de los cisnes, en el mismo azul de los pavones de Ofir, subidos a los velarios y cisternas, en el recio plumaje de los avestruces que desdoblaban sus cuellos sobre los bojes y mirtos. Todo azul: la faz de las albercas, la de los céspedes, las sombras de las estatuas, los misterios de los jardines... Y en los términos del lago, las rocas de Gergesa iban sangrando el poniente en la ribera.

De los naranjos, de los alfóncigos, de los sicomoros y cipreses, que guardaban todo el sol de la tarde, caían los olores como una fruta caliente.

Un águila resplandeció en la calma del crepúsculo, quieta y augusta, sobre Tiberiades, y semejaba el broche de un solio.

Herodías asomóse a un peristilo de alabastros, y se alzó la columna magnífica de su carne para mirar el vuelo.

Bajo los cidros en flor llegaba Antipas, entre maestros del Sanhedrín de Jerusalén que se atropellaban hablándole. Y él vió a Herodías y ya no pudo atenderles.

...Los movimientos más breves y sutiles de la mujer imprimían en el aire como unas ondas de la belleza suya.

Antipas la acechaba, poseído de todos los instantes de ella. Se la arrancó a su hermano, el humilde Filippo Boeto, que vivía recogidamente en Roma; se la quitó porque la codiciaban los caudillos, los patricios, los filósofos, los esclavos y las mismas mujeres, aunque la aborrecieran.

Enloqueció de celos de todos, menos del esposo. Se amaba en Herodías su carne y lo que ella tocaba haciéndolo suyo como nimbo de su figura. Sobre todas las gracias, la de su paso. Los tapices, los jaspes, los senderos no recibían su huella como la de las otras mujeres; porque al andar Herodías todo semejaba florecer bajo la perfección y la gloria perversa del ritmo de su vida. Andaba sintiendo la plenitud de sí misma; y sin dejar de ser ella, se vestía de todos los encantos de la castidad, de la lascivia, de la timidez, de la audacia como de túnicas de naturalezas tejidas para su cuerpo y dóciles a su antojo para la tentación. Nada compa-

rable a sus pies, a sus rodillas, a su cintura, a sus codos, donde se resume el donaire y el estilo del paso. Ofrecía sus pies en sandalias de gamuza morada, ceñidas con una escarcha de gemas. Encima de su estola, una piel de armiño le modelaba tirantemente las caderas, y luego continuaba la túnica plegándose a sus hinojos y prometiéndolos. Sus brazos y su garganta desnudos, sin una luz de joya; sus pechos, firmes, alzados; su vientre, hundido, sin regazo, huyendo de la opulencia nacida en la cintura; las mejillas, doradas; los ojos, de un resplandor enjuto, agrandados por el antimonio; la boca, con el jugoso encendimiento de algunas flores; la frente, interrumpida por una senda de amatistas que se extraviaba en su cabellera de brillos de acero, repartida sobre los hombros en trenzas de una íntima ondulación. No era de una hermosura cabal, y las mujeres habían de referirse y parecerse a ella para alcanzarla; porque no residía su hechizo sólo en su cuerpo, sino en su poder de armonía con lo que la rodeaba, haciéndolo fondo suyo y sellándolo. Como la goma que da el perfume, como el escudo que deja la vibración, así Herodías, en sus ademanes, después de realizados; en su voz, después de pronunciada la palabra. Mirándola inmóvil, se sentía lo mismo que mirando las aves paradas, que se imagina y apetece que vuelen. Se deseaba que caminase, no por su movimiento, sino por su emoción. Lo mismo que las aves; no como mueven sus alas,

ni como tienden o recogen sus pies, ni como espadañan y gobiernan su cola, sino toda el ave volando y la delicia que desprende en el cielo y en nuestros ojos. Toda Herodías estremeciéndose. Ave y sierpe. La serpiente de Antipas.

Antipas la recorría toda con ojos ávidos y tristes, y se volvía a los demás, recelando hasta de los mendigos; y reparaba en su figura, en su paso de siervo, porque eran enormes sus rodillas y se le doblaban pesadamente. Los enemigos de su padre dijeron del gran Rey: «Es un esclavo idumeo; sirve a César; los tesoros y los productos de la tierra del Señor, los devora el gentil; la crianza de los hijos y el gobierno de la Casa del Rey, tributarios de Roma...»

Si hubo sangre plebeya en Herodes el Grande, descendió toda a las venas de Herodes Antipas. Sus músculos, gordos por esfuerzos de otros hombres pasados, y ya sin empuje en él; su espalda, cansada; su rostro, blando y pálido; sus cabellos, de una lana sudada y descolorida; y su andar, su andar de caminante, y se lo aborrecía a sí mismo. Subía los pies para hincarlos reciamente, y se le pegaban al tapiz o a la piedra cautelosos y mudos; pies de obediencia, de espionaje y de silencio. También su voluntad quería prorrumpir con ímpetu feroz o con deseo de obra buena, y todo se trocaba en astucia y desconfianza.

Traía siempre la cabeza sin ningún tocado; pero

se arracimaba de sartas de preseas sus ropas de púrpura, y la púrpura adquiría pliegues de sayal en sus hombros.

Grueso y agotado, codiciador de empresas y placeres que no resistía. En cambio, la espuma de la sangre, los audaces designios, las magníficas perversiones, la fortaleza de los sentidos y la majestad del viejo Herodes reaparecieron en su nieta Herodías, hija de Aristóbulo, el príncipe ajusticiado, de una hermosura de limpia modelación, engendrado apasionadamente en la reina Marianna, la más amada de las esposas del gran Herodes; y la mató por celos, y después se retorcía y aullaba deseándola, buscando en todas las mujeres el cuerpo de la muerta.

Junto a Herodías veíase bastardo el Tetrarca. Y la quiso como herencia y paradigma de lo que no estaba en él, gozándolo en un refocilo acre, denso y fatal de casta propia y enemiga, aborreciéndola villanamente y amándola para elevarse sobre sí mismo. En ella, la grandeza, la afirmación de raza de los Asmoneos; en él, la duda y el temor obscuro que le dejaron en su infancia las desgracias del hogar del padre: odios entre los hijos de las mujeres asesinadas, parricidios, voces y silencios de tragedia, escondido bajo el triunfo y las maravillas de la casa de un rey heroico.

La madre, la dulce samaritana Maltacea, elegida para evocar otros perdidos amores, murió luego,

dejando en el hijo el apocamiento y el sobresalto de sus entrañas.

Pasó Antipas sus años jóvenes en Roma, al lado de César. Nunca sintió su vida clara y gozosa. No fué mozo ni príncipe; semejaba enfermo en la salud y un huído entre amigos y vasallos. No daba el sol en su ánima.

Para evitar las amenazas de invasiones de los árabes, se desposó con la hija de su rey, Aretas IV, una princesa flaca, áspera y encendida como un zarzal del desierto. No fué ella de Antipas, sino él de su salvajismo, de su sequedad devoradora, de sus huesos insaciables, de sus ojos con lumbres siniestras. La temió como a todo su pueblo. Quería evitarla, y acudía temblando a sus brazos. Una esclava de Lybia le trajo ponzoña de reptiles, que podía verterse en el baño, y la menuda herida de un broche o de un beso abriría el camino del veneno en la sangre. Y Herodes agarró el pomo de la muerte; fué llegándose a la cámara de la esposa; sintió su grito, y huyó de la fuerza de los ojos, que le arrancarían el secreto del crimen.

Al apuntar el alba, mostró letras apócrifas del Senado, y partióse a Roma. Entonces le poseyó Herodías hasta inflamarle contra todos los hombres que la miraran, y dándole denuedo para llevarla a su patria y repudiar a la hija de Aretas. Buscó la esposa refugio en las tiendas de los árabes, y sus bravíos guerreros avanzaron sobre el peñascal de Mackeronte.

...Mackeronte, macizos de muros de rocas fundados en quebradas. Montes rotos de Moab, paisaje de dólmenes, desierto de Judá... Mar de Asfaltite, sepulcro viscoso de ciudades maldecidas por el Señor. Una banda espumosa como una ola inmóvil, eterna, cruza las aguas rudas de sal. Los caminos, tallados en piedra, se recortan claramente hasta las últimas lejanías.

Los ganados para el mantenimiento del castillo vienen de lo más profundo de la Idumea, dejando un estruendo de pedregal removido, de ecos de barrancas, y las aves rapaces les siguen rectamente en la calcinación del cielo...

En este nidal de guerra refugióse Antipas con Herodías, que trajo a Salomé, hija suya y de Filippo. Allí, el Tetrarca quiso que predominara su figura resplandeciente de acero y bronce, y encima la capa blanca de combate. Su paso resonaría en las bóvedas heladas y recias de Mackeronte; y gustó la esperanza de surgir poderoso delante de la mujer; y, fingiéndoselo, resbalaba medrosamente por los pasadizos para acecharla.

El silencio adusto, de peña y de hierro, parecía callar con otro recogido silencio cuando ella se ofrecía a las soledades desde las almenas de las murallas, desde lo último de las torres.

La fortaleza fué estrado de cortesanía. Y Salomé añadió, a las gracias de la dominadora, la de la suavidad y ternura de madre en las postraciones del deleite.

Todavía más *ella* esa mujer rodeada del país desolado y candente. Fuera, la inmensidad abrupta, metálica, requemada; las aguas de maldición; los clamores litúrgicos, pavorosos de los esenios; los alaridos de las fieras hambrientas, el crascitar de los cuervos, que aguardan que se derrumbe una res para descarnarla aun viva; y en lo hondo de los muros, la miel de la galanía, más gustosa allí, como el panal en la roca.

Pero una voz tronó en el desamparo, la voz de un hombre que cubría su desnudez con pieles velludas. La penitencia y las tempestades habían esculpido su carne. Subió del Jordán, como un león de su bañadero. Le seguían algunos discípulos andrajosos, secos, torturados; y él trepó a las altitudes para acercarse a Mackeronte, y todo el roquedal era peana de la indomable escultura. Y cuando Antipas, roído por sus pensamientos, salía al paisaje de piedra, se agigantaba el nómada bramando:

—¡Inmundo es vivir con la mujer del hermano! ¡Arráncate de su cuerpo, que te llaga! ¡Aun puedes ser venturoso! Apareja el camino del Señor. ¡Mira que vienen los tiempos prometidos: todo valle se henchirá, todo monte será abajado!

Llegó también su rugido a Herodías, y vistióse una sola túnica de cendal purísimo que la desnudaba gloriosamente dentro de su niebla, y presentóse al solitario cuando el crepúsculo incendió todas las cumbres.

La siguió Antipas, escondiéndose por lo fragoso.

Y el león del Jordán y la hermosa se miraron.

Los ojos del hombre pasaban iracundos sobre la mujer, y parecía crepitar la breña de su cuerpo; ella durmió los suyos como palomas en aquel árbol virgen, sintiéndose chiquita, femenina, dulce, menesterosa.

Herodes mordió la roca, bañándola de lágrimas.

Sonó un clamor del hombre vestido de fieras ahogadas con sus dedos. La mujer le llamaba, arrullándole.

Una risa de alarido se arrastró por los torrentes y la prolongaron las cavernas.

Y sintióse Herodías desdeñada por toda la tarde.

Quiso saber la guarida del nómada. Lo acusó al Tetrarca, porque el pregón del incesto ya resonaba en todo el país. Y le dijo:

—Mientras tus huestes y tus siervos se humillan en mi presencia, se alza libremente una boca para escupirme.

Herodes dobló su cráneo, y le respondió:

—Nada haré contra ese hombre; es un esenio enloquecido por el ayuno y la penitencia. Y obligados se hallan los Herodes a proteger a los esenios.

Ella hincó sus pupilas en los ojos mansos y tristes del Tetrarca.

Y prosiguió él:

—En los trastornos y desventuras de la Casa de

mi padre, sólo un viejo descalzo, vestido de lino, pasaba serenamente sobre la hoguera de perdición sin recibir ningún daño. Ante su voz callaba el rey. El rey fué custodio de su libertad y de su vida. Y este viejo era Manahem el esenio.

Herodías alzó desdeñosa sus hombros.

—...Porque Manahem halló un día a mi padre, entonces un rapaz obscuro, y le golpeó en las nalgas y le sonrió diciéndole: «El Señor te subirá a un trono. Acuérdate de estos azotes, y que ellos te representen las mudanzas de tu fortuna. Serás glorificado, pero no virtuoso. Y la cólera del Señor estallará sobre tu frente ungida». Nunca lo olvidó el rey, mi padre. Perseguía a muchas gentes y sectas; pero siempre amparaba a los esenios y les temía como a una fuerza de la divinidad. ¡Así haremos yo y todos los de la misma sangre en memoria de Manahem!

Herodías escondió su saña, y averiguaba insaciablemente del vagabundo; y le dijeron:

—Es Juan, el que bautiza en el río, profeta justo de Dios. Su palabra, palabra de ira y de misericordias; porque hoy dijo: «Ya está puesta la segur a la raíz de los árboles; todo árbol que no diere buen fruto, cortado será para que arda». Y le preguntamos nosotros: «¿Qué haremos, maestro?» Y Juan nos respondió: «El que tiene dos vestidos, dé al que no tenga, y el que haya de comer, remedie al necesitado».

Bajó Herodías a las casernas para oír lo que se hablase de Juan. El vaho de los hombres la estremeció; y allí supo de los soldados:

—Fuimos a él pidiéndole: «¿Qué haremos nosotros?» Y Juan nos dijo: «¡No maltratéis, no calumniéis, contentaos con lo que se os diere sin hacer fuerza a los débiles!»

Herodías lo recorría todo, buscando la emoción del profeta, y sepultaba sus oídos y sus sollozos en el lecho cuando el grito implacable atravesaba las soledades y los muros repitiendo: «¡Inmundo es vivir con la mujer del hermano!»

Y su terror y su odio traspasaron a Herodes, apoderándose de su voluntad.

La única voz contra ellos, la voz del nuevo Elías. Mackeronte temblaba escuchándola. Calló en la noche del 10 de Ab. Tembló el hacha al segarla. No pudo rebanar a cercén la garganta del Bautista; necesitó muchos intentos, porque nunca daba el filo en el mismo corte.

Apollo de Alejandría, discípulo de Juan, recogió devotamente el tronco y las astillas del cuello desgarrado.

Y sintióse más el silencio de las montañas.

La vida de Herodes, de una blandura de limaza, se adhirió, se aplastó a la carne triunfal de la mujer. Y Salomé aun sirvió para poseerle con el pasado, porque la hija le evocaba a la madre en su virginidad que no fué suya.

Y lejos, en el oleaje de roca, se juntaban las manadas de Aretas...

...Volvióse Antipas hacia Mackeronte. Todos los macizos y peñascales semejaban el espectro de Juan, subido a las cumbres para mirarle.

Pronto se alborozó la tierra bajo los vergeles de Genezareth. Las aguas azules de su mar espejan su ceñidor de pueblos felices. De todo prorrumpe la gloria de Tiberiades, la ciudad de Antipas, labrada rápidamente con mármoles preciosos. En la monda del solar de las fundaciones se arrancó y renovó la piedra más profunda para impedir los riesgos de las impurezas legales y la repulsión de las gentes, porque allí estaban las sepulturas de Emmaus, de termas insignes, cuyos manantiales, según el testimonio de Estrabón, corroían la piel, las uñas y la cuerna del ganado.

Aun con el rigor y pompa de los ritos de purificación, y con mercedes de campos y casas que atrajesen moradores, se apartaban todos del lugar nuevo; y tuvieron que venir a poblarlo familias asalariadas de Antipas y gentiles de la Perea, de Samaria y de la Decápolis. La holgura y los regocijos lo hicieron después apetecible a todos, menos al judío, que siempre murmuró de la ciudad que consentía imágenes de abominación y todo pecado. El animal impuro para el creyente, vedado también al egipcio,

al etíope, al fenicio, al indio y al árabe, se criaba allí, en piaras gobernadas por siervos paganos, y se vendía y guisaba en todos los hostales y figones.

Su Gymnasio nunca reposaba de fiestas helénicas y, como en los días nefandos de Sión, muchos israelitas participaban de los juegos, ocultando su carne circuncidada con un torpe artificio.

Y la ciudad creció. Florecieron después familias de clara prosapia, como los Miari, los Compso, los Pisti. Entre todos los palacios de la tetrarquía—el de Bethabara o *Livias,* en honra de la mujer de César; el de Seforis, cuyos jardines beben las dulces venas del Thabor, y además el de Sebaste y el de Jerusalén—escogió Antipas el de Tiberiades para residencia perenne de su corte, corte de artífices y retóricos, de galanes y músicos, de juglares y aventureros venidos de todas las repúblicas; y en su torno, la guardia gigantesca de tracios, germanos y galos, que escoltó a Cleopatra hasta su muerte, y pasó después a los Herodes por voluntad del vencedor de Antonio.

Corte de ingenios muelles de cánticos y triclinio. La adúltera y su hija aparecían entronadas, lentas, hieráticas, con misterio de divinidades; o entregaban delirantemente al festín todos sus encantos, bajo la sonrisa flaca y dolorida del príncipe.

Y vino ahora del frescor de los vallados, de las blancas aldeas, de las playas luminosas, la voz de un hombre que conturbó la vida del Tetrarca.

Y le dijeron de él:

—No se llama profeta este Rábbi, sino prometido por los Profetas, enviado de Dios. Tu siervo Levi, el que se enriquecía cobrando tus tributos en Cafarnaum, le convidó a su casa, y después dejó su oficio y su caudal por seguirle. Irresistible es la potestad de la palabra y de los ojos del Rábbi: suelta la lengua de los mudos y los miembros de los tullidos; los endemoniados se le postran dócilmente con la dulzura de un niño que duerme. Exalta al humilde y enseña contra el poder y el engaño de los saduceos y fariseos.

Y temió Antipas y aumentó las guardas para impedir que ese hombre pasara las puertas de Tiberiades.

Mas, el Rábbi desdeñaba las magnificencias de la ciudad, siendo pobre; y decía que no se trajese para el camino ni alforja, ni dinero, ni muda de vestido, ni de sandalia, sino un cayado.

La nueva de cada prodigio hacía palidecer el rostro pesado de Herodes, y le trababa de flojedad las rodillas, y gritaba en sueños el nombre de Juan.

El Sanhedrín de Jerusalén le envió maestros de la Ley pidiéndole que extrañase de sus términos al que se había alzado como Hijo de Dios.

Y Herodes y los mensajeros se asomaron al pretil de la azotea.

Lejos pasaba la multitud rodeando al Rábbi.

Retrocedió Antipas, empavorecido, sudándole las sienes, colgándole el belfo. Y les pidió:

—¡Lleváoslo y reducidle con vuestro saber! ¡Porque es Juan el que subió del río y se me aparecía en todos los peñascos de Mackeronte! ¡Lo degollé por Herodías, y Herodías agarró la cabeza, que aun goteaba sangre, y mirándole las pupilas, alzadas horrendamente, le atravesaba la lengua con un agujón de oro! ¡Es Juan que ha resucitado!

Y huyó por lo fosco de los pasadizos, y escondióse bajo los árboles de sus vergeles para mirar el encuentro de los sanhedritas con el profeta.

Los doctores de la Ley buscaron sus mulas blancas, y salieron menospreciando al príncipe.

El Rábbi se había parado en un camino abierto entre frutales. Las gentes, postradas en su torno, veían resplandecer su manto azul en el azul de los cielos. A sus pies le dejaban los hijos, los ancianos, los lisiados para que pudiesen recibir su mirada y consolación.

Los labradores hincaban la reja en el surco y corrían a escucharle; y en los callados campos quedaban inmóviles las yuntas, mirando hacia el camino, yuntas de buey con buey, de jumento con jumento.

El Rábbi se esperaba. Y después decía:

—...¿A qué podré comparar el Reino de Dios?... ¡Es como la semilla de la mostaza, que la tomó un hombre y la sembró en su tierra, y el grano creció, se hizo árbol y las aves del cielo reposaron en su copa!

Las mujeres dejaban su horno, la piedra de

moler, el huso; y sin reparar en velarse, acudían con un vuelo llameante de vestiduras.

Y el Rábbi también las aguardaba. Los suyos se revolvían con enojo; y él glosaba el mismo pensamiento, acomodándolo a las recién venidas.

—...¿A qué diré que se asemeja el Reino de Dios? Pues mirad: es como la levadura que tomándola una mujer la escondió en tres medidas de harina, hasta que toda quedase fermentando...

Un cavador no pudo reprimir su ansia.

—¡Rábbi, Rábbi; dime si serán pocos los que se salven!

Los discípulos reprobaron la impaciencia del nuevo. Y el Rábbi les reconvino con la mirada y dijo:

—¡Bien hace! ¡Porfiad, porfiad en llegaros a la puerta, porque es angosta y muchos los que se atropellan para pasarla!

Y volvióse. Se acercaban las gentes del Gran Sanhedrín.

No fué menester que los servidores, los *virgiferi*, abriesen sitio, porque la solemnidad de la presencia de los maestros y sus ropas y sus insignias se anticipaban al mandato de la voz.

Una mujer descolorida, de cansada belleza, se puso junto al Rábbi y le colgó los brazos a los hombros, haciéndose su escudo, y miraba recelosa a los de Jerusalén.

Entonces se destacó un anciano cenceño, de ojos

recónditos, de barbas de hebras claras y lacias como el heno marchito, y tendió un índice frágil, transparente, increpando al taumaturgo:

—¡Sal de aquí, porque ya es conocida del príncipe tu obra de perdición! ¡El Tetrarca desea tu muerte!

Se apretaron los discípulos. Y el expulsado irguióse y gritó:

—¡Decidle a la raposa que yo doy la salud y libro a los poseídos! ¡No muere un profeta lejos de Jerusalén!

Y miró afligidamente hacia la ruta de la ciudad del Señor, y abrió sus brazos pronunciando:

—¡Jerusalén, Jerusalén, que persigues a los que te han sido enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, refugiándoles en mi amor, como el ave que protege sus crías bajo sus alas!

...Los doctores del Sanhedrín tornaron en busca del Tetrarca. Y el viejo de las barbas secas profirió:

—¡Todo lo de nosotros tiene escarnio en su boca!

Y Herodes se apuñazaba la frente murmurando:

—¡Es Juan!

—Peligrosa su doctrina, porque ya muchos le han oído: «¡No traigo paz, sino discordia! ¡Fuego vine a poner en la tierra; y qué quiero yo sino que arda!»

—¡Es Juan que ha resucitado! ¡Así en Mackeronte puso fuego contra mí; y yo tuve que hundirle en prisión; mas, no le maté sino por ella, porque ella se lo inspiró a su hija, que nos había enloquecido danzando y tañendo su nébel!

Un fariseo menudo, de huesos aceitosos, levantó su brazo siniestro, retrenzado con las badanas de las «filacterias», y le interrumpió inflamadamente:

–¡No sé qué dices; sólo sé que Rábbi Jeschoua afirma que limpia los pecados; y también el agua que lava nuestro cuerpo hace fango; se envanece de alumbrar con sus enseñanzas, y yo te digo que con una antorcha se deja en pos más negrura!

Y quedóse su puño erguido y trémulo.

El Tetrarca meneaba flojamente su cráneo, y seguía:

–¡Poderoso fué Ptolomeo Evergetes, y también en un festín humillóse a los antojos y gracias de una extranjera tañedora de nébel! ¿Y por ventura aventajaría ella a Salomé?

Los sanhedritas le contuvieron, ceñudos, cerrándole entre ellos; y mezclaban su desdén por Herodes con su violencia contra el Rábbi.

–¡Si urdió rebeldías a su príncipe, justo fué el suplicio de Juan; mas ve que sus creyentes siguen ahora al nazareno!

–¡Ha resucitado el que subió del río, y atraviesa mis campos como un león!

–¡No subió del Jordán, sino que baja huído de Nazareth!

–¡Gentes tuyas le acatan, como Levi, el publicano, y Juana, esposa de Chouza, tu mayordomo de Cafarnaum!

–¡Porque embauca con el poder de la magia!

¡Se dice el Cristo, y la multitud se le rinde, que el afán por un Mesías en sí mismo lleva la fe!

Herodes se balanceaba dentro del grupo farisaico, mirando inquietamente. Todo rumor de los árboles le anunciaba la aparición del profeta decapitado.

Salieron a las llanadas de tréboles y anemonas. Había también bosquecillos de adelfas y laureles, habitados por dioses de mármol; cisternas junto a los velarios de grana y de rosas que subían enguirnaldándose a los bambús; fuentes de gruta y estanques de los que emergían los lotos azules y blancos, de carnosos sépalos, y en lo íntimo del cáliz estaba la luz como un agua de lluvia. Y en todo resbalaba un coloquio de riegos, de abejas y de tórtolas, interrumpido por los aleteos de los pavos reales...

Y surgió el corro de sanhedritas; y el viejo trasijado todavía dijo:

—Nosotros quisimos apartarle de tus comarcas, y en tu nombre le amenacé. Mas él se mofó de tu cólera y te comparó a la raposa, que teme el atacar y sale de noche y camina callada para devorar la viña.

Herodes se detuvo; vió sus hinojos en el sueño de una alberca. Y se preguntó con amargura:

—¿Es que andaré yo como las raposas?

Comenzaban un vial de limoneros floridos entre el mar de Genezareth y los pórticos del palacio.

Sola en todo el cielo pasaba un águila.

Apareció Herodías, roja de púrpura y de ocaso, en la terraza de la ribera.

Y la vió Antipas, y se le hincharon los ojos mirándola; toda su carne semejaba una pupila de monstruo.

Ya no escuchó más a los ancianos del Sanhedrín.

Ella le llamaba. Y corrió Herodes; subió pisándose, tropezando con las pilastras y con las frámeas de sus bárbaros crasos, adormecidos por la caliente quietud del crepúsculo.

Herodías lo acercó al mar. Descansó en su brazo vibrante y oloroso la nuca sudada, blanda y débil del príncipe, y fué elevándole la frente.

En el azul ya frío del horizonte se apagaba el oro del águila.

Y apasionadamente le dijo:

—¡Mucho tiempo voló tejiendo una corona sobre nosotros! ¿No será un presagio, oh Herodes?

Herodes hizo una sonrisa hueca. En su garganta doblada le resonaba el afán de la laringe.

De súbito, se incorporó jadeando:

—¡Cuán bien pudieron degollarme ahora!

Ella le miró con desdén el cuello.

—¡No ahí, sino en tus hombros, debiste sentir el peligro desde que el reino del gran Herodes tuvo que rasgarse, porque no quedaron fuerzas de hijo para llevar todo su manto!

Antipas esquivó la mirada de la mujer.

—¡Un trozo de ese manto es mío!

—¡Y de Roma!—le gritó Herodías.

—¡Otro, de mi hermano!

—¡Y de Roma también! ¡Y sólo de Roma la Samaria, la Judea y cuanto amó y glorificó vuestro padre junto al mar de Siria!

El Tetrarca, con risa plebeya, le advirtió:

—¡Mira que aun sobra manto, y hay hombros de hijos del rey que traen una túnica tan parda como la de los menestrales de Roma!

La injuria al esposo de Herodías mordió en el corazón altivo de la adúltera, que se retorció toda en sí misma como una sierpe dentro de su piel. Y ahogándose de despecho, con el vaho magnífico de su sangre más que con voz, fué exhalando:

—¡Ruin es tu frente! ¡Filippo, al que abandoné por una gloria que sólo está en mi vida, Filippo tuvo la firmeza de su humildad: es lo que quiso ser, y a nadie remedó! ¡Mas tú y tu hermano, el otro Tetrarca, os ponéis ropas de reyes, y habéis de salir con las sienes desnudas, porque perdisteis la corona dentro de vuestra casa! ¡Y aun en ella necesitáis del romano; sin su auxilio serías tú ahora esclavo del árabe! Filippo arrinconóse a sí mismo. ¡Qué sois vosotros arrinconados en tetrarquías por César y por vuestro pueblo!

Herodes pegaba sus mejillas en los pilares, buscando la frialdad de la piedra. En la obscuridad amarga de su ánimo se había perdido su ímpetu de amante y de príncipe, quedándole un desconsuelo de abandonado, una postración de decrépito.

Toda la noche latía de astros. Sonaba claramente el ruido de pezuñas y aparejos de la caravana de bálsamo y de miel que venía de Jericó.

Suspiró Herodías y fué acercando las brasas de sus ojos a Herodes, y, dulcificada, le dijo:

—¡Adónde habrá llevado el águila esa promesa de gloria que no hemos recibido nosotros! ¡Oh, no me huyas!

Y lo ciñó, besándole muy despacio en los párpados.

—¡Sé rey de lo que ha sido nuestro! ¡Pídeselo a César! ¡Yo deseo Jericó más que lo quiso Cleopatra! ¡Sé grande! ¡Me tienes toda! ¡Mírame, Herodes! ¡Me tienes toda y no ansías un reino poderoso!

Antipas, angustiado de delicia, contuvo un sollozo y la apartó bruscamente para acechar en las tinieblas.

Le estaba mirando una cabeza cortada...

...Al comenzar la tarde entró en Jerusalén la escuadra primera de tracios, corpulentos y rubios.

Su presencia anunciaba el arribo de Herodes; y las gentes de las caravanas pascuales y las del arrabal de los queseros y de los artesanos invadían el ágora, apretándose entre las columnatas y en las graderías que suben, en hemiciclo, tallando la ladera de Sión. Arriba del collado está la residencia del Tetrarca, que fué de los asmoneos, y sus terrazas salen sobre los techos de Xystus.

Las familias saduceas, partidarias de los Herodes, iban por la puente de Tyropeon a los altos atrios, y desde aquí, por la escalinata guardada de la plebe, descendían para dar la bienvenida al Príncipe, bajo el baldaquino de venerables paños faraónicos.

Llegó Antipas en una mula relumbrante de gualdrapas rígidas de oro; todo el animal crujía de riquezas, solemne y deforme como un ídolo. A su lado, en una stramenta de sándalo y lacas con dosel carmesí, llevada por tres camellos uncidos, venían Herodías y Salomé, que estaba prometida al hermano de Herodes, Tetrarca de la Traconítida, de la Batanea y Páneas. Y en pos seguía toda la corte, los siervos, los caballos y carros del señor y la escolta bárbara, de viejos y mozos, hijos ya de estos gigantes impasibles, tardos, dóciles como leones castrados, relucientes de bronce y de grasa, con su cola de cabellos de un rojo lacio y frío cayéndoles de la nuca.

No daba la muchedumbre un signo de júbilo ni de sumisión, ni aun de acogida. Sólo aguardaba por ver.

Tetrarca de la Galilea y de la Perea, Herodes Antipas equivalía para la ciudad de David a un príncipe extranjero, avenido con los gustos de Roma, la metrópoli execrada que proyectaba su gobierno ávido y duro sobre toda la Palestina.

Quedábale a Herodes en Jerusalén la amistad de algunas casas patricias y el palacio de Sión; los

otros, engrandecidos por su padre: el de la fortaleza *Baris* o *Antonia* y el de las torres Marianna, Hippicus y Fasael, de mármoles blancos, pertenecían a César.

Sus escrúpulos le llevaban a participar como romero de las fiestas sagradas de la Pascua, en el mes de Nisán; de los Tabernáculos, en el mes de Tischri; de la Dedicación, en el mes de Kisleu; de los Purim, en el mes de Adar, cumpliendo entonces episódicamente con los ritos mosaicos.

Intentó un día atraerse el amor de la Judea, interceciendo con Poncio para impedir sus sacrilegios, y el romano malogró los designios políticos de Herodes rechazando su mediación.

Y al llegar a Jerusalén, seis decurias bajaban la cuesta del Pretorio; pero el continente de los legionarios antes presentaba el aviso de la soberanía de Roma que el acatamiento al Tetrarca.

Desde el último domo de la ciudadela vigilaba el Tribuno como un halcón en su roca.

Esa noche, en los intercolumnios de Xystus, arden lámparas quemando aceites aromosos. Sión resuena de sambucas, de sistros, de pífanos, de crótalos, de symfonias o gaitas que dan el viento de su odre a la caña del óboe y de la siringa. Los cánticos y tonadas escandalizan a los fariseos, que pasan encorvándose para no ver la mansión de pecado.

Y cuando las trompetas proclaman el nuevo sol,

acude Antipas al Templo levantado por su padre y deposita su tributo.

Los ocho travesaños de cedro para colgar y desollar las víctimas no pueden tener todas las ofrendas del Príncipe. Hasta la hora tercia rebullen sus esclavos transportando los cuévanos y ánforas con los diezmos de las heredades de la tetrarquía. Y en las tres plegarias subirá Herodes el Atrio de Israel—*Azarath Yisraël*—con escribas y levitas, mas sin ninguno de su cortejo, porque las estelas de la Ley de la Castidad condenan el tránsito de los gentiles.

Quiso mostrarse Herodías en el santuario, y fué a la *Schema Yisraël* de la tarde; pero no resistió los mezclados olores de sudor, de perfumes litúrgicos, de sebo y de inmundicias de las reses de los holocaustos. Y retiróse sin orar; y se mofaba el pueblo.

Y al salir por el Portal de Occidente, vió toda la hondonada de Acra henchida y rumorosa de multitud. La soldadesca precipitaba sus potros sobre los torrentes humanos; los rebaños pascuales huían despavoridos por las callejas de escalones abruptos.

Jerusalén vibró de clarines y trompas.

Poncio Pilato venía de Cesárea.

Y los que miraban a Herodías y al Príncipe, les olvidaron por ver al procurador aborrecido, que traía amistades de Italia convidadas a la Pascua.

Herodes apresuró el retorno a su palacio.

Estaba entonces Sión en sosiego y soledad de

collado campesino. A lo último de la ladera, un grupo de hombres humildes subía hacia un casal blanco y rudo como una granja.

Un judío herodiano deslizó al oído de Antipas:

—¡Es el Rábbi Jeschoua Nazarieth con sus discípulos!

Herodías sonrió, recordándole al Tetrarca sus antiguos terrores.

Y él dijo:

—¡Mejor hablara con Rábbi Jesús que con aquél!

Y quedóse indicando la litera de Pilato, que avanzaba sobre las espaldas de seis númidas por el cauce de picas y broqueles de la cuesta del Pretorio. Y lejos de la ciudad, nublados de polvo rojo del crepúsculo, aun venían los dromedarios del bagaje, las eternas «naves del desierto».

Pasó Herodes sus pórticos, y entre las maravillas acumuladas por el gran rey se le deshizo la enojosa inquietud que siempre le dejaba Poncio.

Todos los muros del palacio estaban bruñidos de sillares sonrosados, y en los cantones se acuchillaban con ventanas angostas como saeteras. Dentro se sucedían las cámaras de estuco asirio, donde corren enormes figuras bermejas siluetadas de negro y ojos de triángulo asombradizos y crueles; en los frisos de cerámicas, los dragones y reptiles de la visión de Ecequiel se enroscan a la pulpa rosa y azul de los anchos lotos; las salas hipóstilas, separadas por paños de púrpura, de pisos y pilastras de esmalte reprodu-

ciendo los tejidos de Sussa, que brillan con una pálida tonalidad bajo la luz destilada por la piedra.

Y la magnificencia estalla en los aposentos *Cesareion y Agrippeion.* Sus artesones miran con pupilas de crisólito, de carbunclos, de granates, de amatistas, de feldespatos, de esmeraldas. Por los capiteles de toros alados, por las cartelas y arquerías circula un respirar de aguas del berilo, del lapislázuli, de lacas, de cristal de roca, del prasio, de la obsidiana, del ónice, de la cornalina, de todos los matices del ágata tallada en óvalos, en estrellas, en rosas, en losanges y círculos.

Las columnas dan una convulsión de cuerpos desnudos, enjoyados. El viejo Herodes volcó en las carnes de los alabastros y ámbares las caravanas de lapidarios de Saba y de Rehema; y todo el recinto parece articulado y ondulante de escamas de pedrería, y tiene un frío íntimo, una sensación de pena y de misterio de tesoros de tumbas, de densidad subterránea.

Entre las estancias se abren los patios de jaspes con toldos amarantos, verdes, anaranjados, sanguinosos y crudos, que tamizan el sol. Se desgranan los collares de agua en piscinas de vidrio rodeadas de columnas que se envían sus grecas de manzanas, de granadas y uvas de cobre. En cuencos profundos de mármol crecen los dulces árboles de Eubea, que traen fruto y olor; los arrayanes, en cuya tupida frescura resaltan las estatuas helénicas. De

los claustros cuelgan los pebeteros, hechos de gloriosos escudos, donde se derriten las gomas de sándalo, de almáciga, de cisto, la mirra, la pasta del azafrán de la India y de la flor del cinamomo, la raíz del jengibre...

Y en el fondo, se ofrecen los triclinios de bronce de Iberia y de cidro de la Mauritania, con mesas sobre caimanes y jumentos de plata, alcatifas de Persia, pieles de dugongo almagradas como las que techaron el Tabernáculo, recodaderos de plumón de francolín; y los cien lechos insignes de orificia bajo pabellones de grana como los de Holofernes, y vigas de sabina, de naranjo, de olivo, de ébano, con taraceas de nácares, de turquesas, de calcedonias...

...Todos los peristilos y acitaras se poblaron de bayaderas y tañedoras, de cortesanos, de servidores y guardias.

El intendente de la *domus,* con la insignia de la llave en su cíngulo de cuero, previno a Herodes de la llegada de un centurión seguido de sacerdotes y turbas.

Palideció Antipas.

En aquel punto, presentóse alborozadamente su copero, un doncel de Mytilene, de brazos tatuados, que se le postró diciendo:

—¡Roma te ama siempre, oh *Basileus!* ¡Poncio te manda a Rábbi Jeschoua!

—¡Roma!—balbució el Tetrarca; y le vacilaron los hinojos.

Después pudo añadir:

—¡Que lo sepa Herodías! ¡Decídselo!

Y él dirigióse a la cámara de audiencias.

Entre las dos últimas pilastras se hallaba el trono de su padre, casi oculto de tirsos, de coronas marchitas, de crótalos, de salterios, de pomos de olor y túnicas de festines.

Una bandada de siervas quitó rápidamente la escombra de las orgías.

Era un trono labrado a semejanza del de Salomón, con las seis gradas de marfil y los dos leones para los codos, la silla formada por la grupa de un buey, y la cuerna, sirviendo de respaldar, de oro macizo.

En derredor acomodaron los divanes y almohadas para los dignatarios. Se erizó un bosque de lanzas de puntas retorcidas. Y las dos columnas se cerraron hasta la mitad de sus fustes con paños recamados, verdes, cárdenos y de rojez de cereza.

Antipas subió al solio. Y fué pasando su corte y el hervidero de sus oficiales, de sacerdotes, maestros y ministriles del Sanhedrín, de fariseos, de rabbinos y la escuadra pretoriana que arrastraba a un hombre lívido; y después se amontonó la plebe.

Avanzó el centurión.

Pero Herodes resbalóse del sitial para asomarse a los tapices.

A través de los aposentos próximos venía un rebullicio femenino. Y vió a Herodías desnuda, gozosa, infantil, atravesando estancias, derribando trípodes, saltando sobre escabeles y braserillos; y sus esclavas la seguían tendiendo los cobertores que ella apartaba en su carrera. Y llegó al estrado y asomó su cabeza entre los pliegues de las estofas. Se la adivinaba todavía húmeda del baño, corriéndole los perfumes de la unción matinal. De súbito crispóse el cortinaje, y nada más quedaron sus ojos fulgurando como dos gemas.

Herodes la miraba arrebatadamente, porque esos ojos separados de toda la mujer tenían una lumbre y una promesa desconocidas.

Un cortesano le recordó que el centurión esperaba.

El centurión inclinóse pronunciando:

—Lucio Poncio Pilato, Procurador de Tiberio César en Judea y Samaria, a Herodes Antipas, Tetrarca de Galilea y de Perea: salud y amistad.

Herodes volvióse a la mirada de los tapices y recogió un destello que iluminó su vida.

Lucio Poncio, continuaba el pretoriano, sometía al Tribunal de Herodes la causa que el Gran Sanhedrín de Jerusalén le presentara contra Rábbi Jesús, ciudadano de Galilea.

Y ladeándose, apareció el reo.

Herodes exhaló algunas palabras de amor a Roma y de elogio y de gratitud para Poncio.

–Porque yo y mi corte deseábamos ver a este mago y presenciar sus prodigios...

Se produjo un rumor hostil entre los sanhedritas.

Y el Tetrarca sonrió al centurión y miró a su escolta de gigantes y a las pupilas de ascuas entonces fijas en Jesús.

Le distrajo un susurro de burla difundido entre sus cortesanos.

Detrás de los reposteros también se oía un sofocado reír de las mujeres. ¡La risa de ella se desgranaba sobre todas como un sartal de agua viva!

Y desconfió Herodes, porque nunca alcanzaba nada por sí mismo. Fué tan amargo su ceño, que algunos se le llegaron explicándole:

–¡Repara en los visajes de los fariseos!

Entonces el Tetrarca fingió reprimirse su bulla; pero todavía miraba receloso a los demás, sin cuidarse del Rábbi, atado, rendido, solo en un círculo de clámides rojas y crestones de cascos.

Los jueces de secta farisaica subían su brazo enrejado por las correas del tefillah, que les ataban los dedos índice, anular y cordal; se descogían el sudario de la cerviz, el paño recio de los hombros, el lienzo de enjugarse en las lustraciones, y se cegaban todo el rostro; y brincaban retrocediendo, y se paraban abrazándose doloridos, y quisieron salirse, horrorizados de las imágenes de dioses, de hombres y bestias de las pinturas murales.

Sus enemigos los saduceos, que en estos días se les habían juntado para perseguir al profeta sedicioso, impidieron el escándalo de la huída, recordándoles que no era gentil la casa del Tetrarca, siendo del hijo del que reedificó el Templo del Señor, y ofreciendo él mismo holocaustos, pagando el tributo devoto y pudiendo orar en el atrio privado de los creyentes.

De su voluntad había de venir la sentencia para bien del pueblo.

Tornaron los fariseos, con la cabeza hundida en el embozo de sus ropones.

El Hâkân, segundo vicario del Sanhedrín, el que gobierna a los juristas, desdobló las fojas de la causa y exclamó:

—¡En el nombre del Señor Dios de Israel!

Pero el Tetrarca abandonó de nuevo su trono, y recostándose entre sus validos les consultaba, y todos le celebraron mucho sus razones; y él dijo:

—¡Oye, Rábbi Jeschoua, muéstranos un portento!

Otra vez murmuró el sacerdocio.

Rábbi Jesús permanecía callado, liso, inmóvil. Y el centurión le tocó con su junco de viña.

Entraba de los pórticos una espada de sol, y traspasó los rizos vírgenes de la barba de Jesús, dorando su piel, sus ojeras verdosas, sus párpados caídos.

Herodes le repitió su mandato con tono de llaneza y de merced.

Al Rábbi le temblaron levemente los ojos y la boca. Y no respondió.

Antipas volvióse muy pasmado a los suyos. Les confesaba que nunca sospechó tanto apocamiento en esos hombres que se apoderan de las multitudes. Y le buscó el contorno de las rodillas.

Un cortesano dijo:

—¡Ved que viene de las aldeas y de las barcas de Tiberiades a la presencia del Príncipe!

Herodes asintió y lo fué diciendo a los otros para que lo oyese Herodías. Después dispuso que desatasen al reo. Y al mirarle halló los ojos de Jesús abiertos sobre él, esperando los suyos, que se le doblaron con la misma sensación que le doblaba siempre sus piernas. Los fué subiendo; y aun estaba cayéndole toda la mirada ancha, quieta, desbordándole. No le respondían, no le temían, no le suplicaban los ojos del Rábbi; ojos sólo, ojos vibrando de voluntad.

Y esforzóse el Tetrarca para salirse de ellos; y adivinó en todas las frentes: «¡No has podido! ¡Son los ojos del que te llamó raposa! ¡También hoy te desprecia!»

Y quien más se lo decía eran las ascuas del tapiz.

Quedóse encogido, y los jueces, que le acechaban, alzaron sus voces contra Jesús.

Surgía de la acusación el Rábbi como un hombre rebelde, denodado, forjador de una corona sacrílega.

Y la mirada de la mujer escondida le gritaba a Herodes: «¡Es más que tú! ¡Tú no tienes fuerza ni sobre su silencio!»

Se incorporó el Tetrarca. Vinieron hacia él los sanhedritas encendidos por el encono y el ansia, y braceaban y repetían las culpas.

La corte, la escolta, y *ella* ya no se fijaban en el reo. El mago retaba al Príncipe con su desdén; ahora la emoción había de darla el Príncipe.

Y el Tetrarca sintióse golpeado por todas sus venas; se precipitó, apartó al sacerdocio, fué hacia Jesús y profirió un chillido rajado por el esfuerzo, un chillido sin palabra, sin soberanía, sin rencor. Y quedóse resollando cansadamente, hincado en las losas, como apercibiéndose a resistir un ímpetu.

Jesús ladeóse contemplando el camino de sol que ya se abría encima de sus hombros, el sol grande, gozoso y bueno que secaba las redes de Bethsaïda.

Herodes no podía avanzar ni osaba volverse. Se miraba a sí mismo hundido en un cepo de torpeza. Crujió el paño de las columnas. ¡Le vencía Rábbi Jeschoua! Y... comenzó a reír. Señalaba con su mano gorda y cerrada la boca de Jesús. Jesús apartó su faz; y él reía siguiéndole con el puño tendido; y llamaba a sus cortesanos para la burla que le librase de su soledad con el Rábbi.

Fueron sus amigos; y tuvo que sonar su carcajada de sumisión y de halago.

Salió un bramido de la multitud exigiendo la sentencia.

Y el Tetrarca aullaba de risa ahogándose, sali vando; y, ya entre sus gentes, volvió al trono.

No estaba la mirada de Herodías.

Recios y altivos esperaban los legionarios.

Clamaron los sacerdotes.

Y Antipas les increpó:

—¡Qué buscáis, si me habéis traído un ruin que hasta se cree hijo de Dios y rey de todos!

Interrumpióse hablando con sus gentes, y redobló el bullicio.

Salió de la cámara su copero, y a poco tornó arrastrando un lienzo gordo de lona.

El Tetrarca lo presentó gritando:

—¡Es la vestidura del rey! ¡Con ella se lo devuelvo a Poncio!

Y sus oficiales enfundaron a Jesús dentro de la hopa blanca, que remedaba el manto regio de los persas, atavío también de sus dioses; la veste que ciñen sobre el hierro los varones de clara progenie romana al entrar en combate; la túnica ceremonial de los augustanos, la ropa «cándida» de presentación que traen los que aspiran a la preeminencia de las questuras, y de ella reciben el nombre de «candidatos»...

El centurión reforzó los cordeles de las muñecas del Rábbi, y tradujo el escarnio en fórmula de justicia, diciendo fríamente:

—Forum apprehensionis!

Y se llevó al reo.

Herodes tendía sus brazos y después se apretaba los ijares, y riéndose, balanceando el cráneo, desapareció entre las colgaduras de las pilastras.

Fuera, rugió un viejo desdentado:

—¡Hijo de perros!

Estaban solitarias las salas que antes atravesó Herodías toda desnuda. Sobre los tapices quedaron olvidados los cendales, los justillos y partidores, las ajorcas, los alabastros de perfumes. Recogió el Tetrarca el espejo de ella, un disco de plata con mango de ébano y frutillas de marfiles, y vió allí su risa convulsa de enfermo, una risa sólo de piel crasa, sudada, amarillenta, fría. Y arrojó el espejo; y su risa iba saliéndole en los medallones de calcedonias, en los rombos de ámbar, en las pulidas maderas, en el bronce de los braseros, en el mármol de las estatuas, en el agua de los estanques. Se apretó la faz, y sus manos palparon la mueca de la risa. Todo estaba lleno de su risa, y le dolían las entrañas de humillación, de obscuridad, de desamparo, de congoja.

Y cautelosamente se iba acercando a las terrazas.

Su corte, sus guardias, sus siervos, y *ella*, vestida de púrpura, miraban al Rábbi...

Y él se sentó en una losa, como un mendigo...

PILATO

CAJA DE AHORROS DEL
BIBLIOTECA
GABRIEL MIRÓ
ALICANTE
DE ESPAÑA

...Siendo Poncio Pilato procurador de la Judea...

S. LUCAS, III, 1.

En el año XII de la exaltación imperial de Tiberio, siendo Ælius Lammia legado de Siria, le fué encomendada a Lucio Poncio Pilato la procuratura de Judea.

Poncio era amplio, vigoroso y súbito; su cabeza, redonda, de cabellos grises, apretados y cortos; la frente, baja, de recia sien; los ojos, metálicos, inquietos y menudos, que aun se reducían más cuando miraban con ahinco; los labios, rasurados y carnales; la nariz, gruesa; salediza la barba; la mejilla, depilada y robusta, y las manos, muelles, enjoyadas con pulseras de oro pálido y el ancho anillo de caballero como una gota de luna.

La violencia de su porte y de su voz caían en cansancios y hastíos; y dentro de esta quietud, quedaba su ímpetu hecho plástica, vibrando en el pliegue de sus cejas, en el enojo de su boca, en la línea rotunda, estallante, de su mandíbula, como los bronces de Myron contienen el esfuerzo y el brío de la palestra.

Era terco en la idea y se le deshacía la voluntad. Atormentó a un esclavo que le quebrara una copa thericlea y, después, lo manumitió dándole bienes más grandes que la joya partida. Tenía por oficio de parásito el de poetas y filósofos, y entregábase con avidez al conceptismo del epigrama y de la epístola. Dolíase de que las Escuelas de Grecia se hubiesen apoderado de los gustos y del espíritu de Roma, y dejaba el regalo del triclinio, el placer y el coloquio de la esposa por escuchar a su lector el abejeo de los parrales de Anacreonte o la sabiduría desleída del panal platónico.

Claudia le reprochaba sus olvidos con la caricia de su mirada.

Y Poncio se defendía evocando:

—¡No hay sienes tan sabias y eternas de mocedad como las del buen viejo de Teos; la uva que cerró su garganta mana siempre el vino de la leticia!... ¡A Platón, cómo no amarle! Fué dilectísimo de Cayo Poncio Herenio, de mi estirpe, y juntos conversaron *al amor de las calladas frondas de Academo.*

Le agradaba hacer donaire de los fracasos divinos en la tierra, proclamando de más subido valor la vida de las criaturas que la de los dioses, y luego, a hurto de todos, postrábase bajo la edícula del padre Jove, arrepentido de sus audacias. Pero sobre el poder del Pantheon romano estaba para Poncio la oculta fuerza de la adivinación y de la magia. Recogía y estudiaba todos los documentos de Crisipo, de Posidonio, de

Panecio, y su adivino asalariado, de faz sumida, amarga y astuta, llagado de tormentos y expiaciones, resplandeciente de ropas chapadas de pedrería, vigilaba los signos y barruntos de presagio, previniéndole si la corneja graznó hacia la siniestra y el cuervo hacia la diestra; si el buey tomó huelgo levantando las calientes narices a las nubes de tempestad... Porque en aquel tiempo la palabra afilada de los magos de otras tierras se hundía en las entrañas de Roma. Se les odiaba, se ensayaba en sus cuerpos magros, ascéticos por rigores de su ciencia, todo ingenio de crueldad, y se codiciaban sus oráculos y prodigios; y hasta el César, hediondo de lujuria como un macho cabrío, revolcándose en los placeres de Capri, que relata Suetonio, palidecía de angustia bajo la mirada cobarde de su agorero...

...Llegó Poncio al país de Israel aficionado de las alabanzas de aquellas naturales hermosuras y despreciando a sus gentes por noticias de Marco Tulio: «¡Raza abyecta, nacida para la servidumbre!...» Sus vergeles, sus frutas, sus bálsamos, dignos de Roma.

Desde su Pretorio de Cesárea del Mar envió una cohorte de escogidos que llevase a Jerusalén las enseñas gentiles, execradas por los hijos de Jacob.

Entraron los pretorianos en la ciudad ya muy honda la noche. La techumbre y el pináculo del Templo recibieron sombras de maldición. Los perros y los leprosos que hozan y rebuscan en los verte-

deros, en las cavas y puertas del muro, huyeron por los barrancos de Betfage. Todo el monte de Bethania pareció desgarrarse de ladridos. Y un endemoniado, que se guarecía en un sepulcro del Cedrón, vió una estrella de sangre atravesar el cielo, y un ave hinchada, de alas inmundas, membranosas, que brincaba por el torrente siguiendo el surco rojo del astro...

Vino el día, y entre el humo de las primeras inmolaciones y oblatas subió un grito pavoroso de los levitas victimarios y de los que abrasan el perfume de Jehová.

En las cornisas de la ciudadela, mostrándose a todo el recinto del Templo, brillaban los manípulos con sus guirnaldas y la abierta mano de oro, el *águila* y los escudos con la imagen de Tiberio.

Tronó Jerusalén convulsa de sollozos:

«¡Por qué se multiplican los que me atribulan!

»¡Vinieron los impíos a tu heredad, oh Señor; contaminaron tu Casa, y devoran a tu pueblo como manjar de pan!

»¡Derrama tu ira sobre los que no te conocen! ¡Líbranos por la gloria de tu nombre, no sea que murmuren entre sí diciéndose: ¿En dónde está el dios de ellos?

»¡Pueblo tuyo somos, pueblo tuyo, y ovejas de tu majada!»

Y la multitud redunda por los collados, cubre los caminos de Cesárea. Se le juntan los labriegos, los pastores, los aldeanos. Y se humilla a los pies de

Poncio pidiéndole que se arranquen de las piedras del Señor las efigies vedadas.

El romano los oye cansadamente, removiéndose en su *bema* o púlpito de ciprés y sardios.

Tornábase al mar mirando el rumbo dichoso y el baño de luz de las gaviotas; volvíase a los senderos que temblaban entre el vapor azul de la labranza. Se impacientó. Levantó su cráneo, sudoroso y duro como un bronce mojado; cruzóse la toga, y adelantándose encima de la muchedumbre, rápido, sin mirarla, dejó caer su palabra negando la súplica.

Un trujamán fué esparciéndola con gritos nasales.

Rugieron las bocinas.

El Procurador dejaba su estrado. Y comenzó a subir la escalinata de su residencia de mármoles, fresca y luminosa como una concha, entre macizos tiernos de cidros, de plátanos, de palmas.

Ya pisaba el último peldaño; y revolvióse brusco, rígido; descansó su codo en un pilar, y esperó. Su anillo resplandecía como la pupila de un tigre. La vela de púrpura que entoldaba la terraza le bañó de sangre.

Venía un trotar bronco, terronoso de pezuñas de camellos, un estrépito de caballos. El azul cegóse de arenas. Y aparecieron las mitras felpudas, las crines tendidas y rojas de la guardia bárbara del Tetrarca.

Los pálidos gigantes de Herodes doblaron sus frámeas; y el faraute, con tiara amarilla y puñal desnudo en el cíngulo de piel de leopardo, ofreció a Poncio un pergamino enrollado en un marfil de antílope.

Herodes intercedía por la Judea.

Los ojos de Poncio resbalaron fríamente en la mirada de vidrio del mensajero; y sonó su grito.

Un aparitor le trajo la foja de membrana pulida, el cálamo recién cortado, la redoma de sepia, en cuyo negror espeso se cuajaba el relumbrar de los labios del vaso. Y de pie, sobre la espalda de un legionario, escribió Pilato su respuesta pomposa, rechazando los oficios medianeros del Tetrarca.

...Durante seis días, el claro retumbo del mar golpea entre la opaca quejumbre de Israel. La playa, rubia como las eras en colmo, los peristilos y arrayanes, las estatuas de los pórticos hieden a miseria, a humanidad remansada. Pastas hirvientes de moscas torpes, blandas, húmedas, propagan la inmundicia. Sobre el cielo magnífico, latino, se revuelve fermentando la costra parda y agria de túnicas y carnes hebreas.

Y Poncio se arrebata; surge encima de un friso de desnudos; su brazo hiende el azul; y el huracán de la legión siriana se precipita, chafa y desgarra la multitud que solloza por el oprobio de sus piedras venerables y tiende impávida su cuello a la cuchilla. El primer centurión avanza hundiéndose y amora-

tándose en el lagar humano; saltan dedos, pechos y frentes al tajo de su espada goteante; tiemblan en su casco jirones de sudarios, de sayales, de cíngulos, de cabelleras con piel que aun sangra...

Poncio empuja a Claudia, blanca de congoja, y le grita:

—¡Mira mi centurión! ¡Parece aquel valeroso Domicio que peleaba atándose una antorcha a sus sienes, y la brega le esparcía y doblaba el fuego como si ardiese su cráneo!

La elegancia del atrio, la graciosa perversidad de los mármoles, el júbilo de los jardines, bañados en una lumbre de miel que les deja suavidad de pulpa de sol, reciben los espectros de los moribundos. Las tazas de las fuentes se van acortezando de sangres; los cisnes se arremolinan abriendo ruidosos el armiño de sus plumas; de los bojes y lauredos sale el voznar de infortunio de los pavos reales; se remontan espantadas las palomas, y el carnero blanco, fino, velludo, de cuerna de oro, la bestia cuidada por las manos de Claudia, con quien retoza derribándose sobre las anemonas y asfodelas, brinca ahora enloquecida, imprimiendo sus pezuñas rojas de matanza en la blancura de las graderías, en el esplendor de los tisús, en el regazo de las esclavas...

Y Poncio odió a Israel hasta por la náusea del suplicio. Sentíase murado de padecimientos. Se hastiaba, y salió; tendió su insignia, y la soldadesca se contuvo.

Poncio permitía que se quitaran las imágenes de la abominación.

Israel alzó sus manos crispadas y sus preces eucarísticas.

«En mis tribulaciones invoqué al Señor.

»Y ha escuchado la plegaria desde su Templo.

»¡Vuélvete, alma mía, a tu reposo, porque te ha hecho bien el Señor!»

Y apartóse goteando de sangre los senderos. Sobre los hombros de los fuertes se iban pudriendo los hermanos heridos. El aire crepitaba de salmos...

Poncio sube a Jerusalén.

Ha de seguir el avisado gobierno de sus antecesores: Coponius, Marcus Ambivius, Annius Rufus, Valerius Gratus, que acudían a todas las grandes fiestas. Entonces Jerusalén recrece de mercaderes, de pastores trashumantes, que dejan sus ganados en los rediles comunes de las afueras; de artesanos y labriegos, de marineros de los puertos de Ascalón, de Joppe, de Cesárea, de Ptolemaida, de Sidón y Tiro; de rábbis que juntan y traen sus escuelas... Jerusalén es pueblo tumultuario; urde el engaño y la resistencia enroscándose a los hinojos de Roma...

Pasado Rhama, por la enlosada ruta de Samaria, la escolta de Pilato ciñe su litera.

Y Claudia murmura entristecida:

—¡Cómo nos aborrecen!

El esposo la rodea con sus brazos, y sus dedos toman un perfume tibio de ámbar, de intimidad primorosa, palpitante.

—¡Amiga mía: Israel nos acecha! Es la fiera del desierto que no sabe obedecer ni mandar... Varus, el que crucificó en Jerusalén dos mil hebreos—un Líbano de cruces con un vendaval de alaridos—, Varus domeñó bravamente la Germania. Mas confióse en el terror que inspiran las «águilas» de Roma, y los rebeldes le espiaban. Fué su acometida súbita, un brinco de hienas. Le cosieron la boca con pelos de caballo después de arrancarle la lengua, y un bárbaro la exprimía entre sus garfas rugiendo: *¡Ya no silba la víbora!* ¡Oh Claudia, yo quiero que mi lengua silbe, mate y goce!

Y sumerge sus labios en los pechos redondos de la mujer, mientras pasan la bóveda de la Puerta de Jaffa, exaltada de color de frutas, de telas y cenachos de peces, resonante de esclavos, de guardas, de pregones de la alcana.

... ...

Está el Pretorio de Jerusalén en la *Torre Antonia,* encima del peñascal de Baris que aparta al Templo de un altozano donde creciendo los edificios se le llamó Bezetha, que se traduce por «ciudad reciente».

Tuvo esta fortaleza principio del Rey David; la glorificaron los Macabeos; hincó y subió más su fábrica el valeroso Hyrcan, que traía siempre la

loriga bajo el bordado efod. Fué arca de las vestiduras litúrgicas de los pontífices asmoneos. Herodes el Grande cavó abismos en su torno, inundándolos con las aguas de la Piscina Probática; talló la roca en facetas, forradas de lanchas de mármol tan cosidas y bruñidas que reflejaban el cielo; las sierpes de los fosos resbalaban, los pájaros no podían posarse. Labró una torre en cada cantón, y entre ellas los caminos de ronda, almenados y recios, esconden y protegen los pensiles y regaladas estancias del Rey. Y luego, la casa de David, escudo del Santuario, se consagra a Marco Antonio, trocándose en residencia del procurador del Imperio y en amenaza de Israel, porque sus gradas llegan a los atrios del Señor, y sus minas bajan a los trece sótanos del Tesoro de Corbonam y penetran en los fundamentos del Monte Moriah.

Por Occidente salen las galerías de columnas. Una escalinata torrencial de mármoles blancos remansa en el patio del Pretorio. Al abrigo de los claustros, morenos y desnudos, están los hornos, las trojes, las mosteleras y cavas; el ergástulo, los tormentos, la armería, los pesebres y la *castra pretoriana.*

Por las escamas y jaqueles del encendido mosaico corre el júbilo del sol que centellea en la cátedra de la Justicia, un óvalo de abeto, liso como un jaspe, con la «sella» y las gradillas de bronce y las cuatro argollas de los varales.

Y la honda entrada se resuelve en tres arcos, grande, de cintra cabal el del centro, y breves y graciosos los mellizos de sus costados.

Fuera sigue el *Lithóstrotos* o *Gabbatha,* planicie empedrada de guijas rojas y azules, como los pisos de los pórticos del Templo. A la izquierda, el puente de Tyropeon; y en medio, la rampa de lomo de basalto, que desciende a los barrios y obradores de Acra.

...Poncio ha recorrido toda la fortaleza *Antonia:* desde los ocultos caminos que pasan al santuario y salen de las murallas, hasta las bocas de los aljibes que se abren en las últimas cúpulas esperando las lluvias del mes de Marcheschvan, las que hinchan los racimos y calan el tempero para la siembra, y las lluvias del mes de Nisán, las que granan las mieses y cuajan la rosa de los frutales.

Recostado en una almena, Poncio va esparciendo su mirada. Le sube un vaho caliente de cárcavas y barrancas desoladoras. Le abrasa los párpados la lumbre cruda de la cal. La ciudad se le ofrece apretada, grietosa, desollándose de reseca; árida, blanca, de un blancor que, ayudado de los relentes, pudre los ojos del judío. Jerusalén tiene sed.

Y a trescientos estadios, en la cuesta del valle de Etham, los estanques de Salomón oprimen la frescura de sus aguas ociosas. Más alto nace el hontanar, dulce y limpio; mana de una roca de pliegues de túnica, y lo guarda una piedra que tiene

el sello del hijo de David. Es la «fuente sellada» del Cántico de los Cánticos, que regaba el vergel «plantado de viñas y de toda especie de árboles», el «hortus conclusus» ceñido de almacería y de montes. La hija del Faraón desfallece de amores, esperando al rey, que venía en su carro egipcio, leve y gracioso, con sus gloriosas vestiduras doradas por el primer sol, tendidas al vuelo de sus corceles, seguido de sus jinetes, veloces y magníficos.

...Ahora llamean las sierras metálicas de Judea, raídas, descarnadas.

Y Poncio se promete una nueva Jerusalén, recogida y dulce como otro «huerto cerrado», con deleitoso ruido de riegos y de frondas, con viales de mirtos y cipreses para el ingenio y el amor. ¡Florecerán las peñas de David como Roma con los jardines que plantó Julio César! Y trae arquitectos y aguaños fenicios, y él les guía por oteros y ramblas; su jabalina va trazando la ruta de los acueductos, el asiento de los embalses; y para las expensas toma el oro del Gazofilacio que duerme en los subterráneos sacrosantos, como el agua baldía de las albercas salomónicas. Pero es oro del Señor Dios de Israel. Los sacerdotes lo exigen. La multitud invade el Pretorio, se agarra a las pilastras, hunde sus uñas en el mosaico y resuena su gemido.

Aparece Poncio; y hollando carne y vestiduras, sube a su púlpito y dice sus propósitos: la ciudad

insigne por santidad será también ensalzada por hermosa.

Israel no le atiende. Plañe, ruge, solloza, se revuelca y reza.

Vibra la voz del romano. Acuden los centuriones. Truenan las trompas de la legión. De improviso se oculta la guardia. Dentro cubren sus armaduras con ropas largas orientales, y salen por los escondidos pasadizos, rodean la ciudad y van viniendo como gentes placeras que participaran del tumulto.

Se alza el puño de Poncio, y la disfrazada soldadesca arremete y hiende las espaldas judías con báculos, con almocafres, con fustes de picas, con los pomos de sus puñales. El atrio cría un fungo de sangre, da un hedor de entrañas abiertas y pisadas.

Pero Israel, inmóvil, gime pidiendo el tesoro de Dios.

Cae la noche, y Poncio, pálido de repugnancia y odio, se recoge en su cámara.

Bajo, se arrastran los salmos y alaridos del pueblo. Sobre los cadáveres aplastados avanzan y se renuevan los judíos, vestidos de penitencia, que lloran el despojo sacrílego sin mirar el brazo que les aguarda para herirles. Es la obstinación del semita que agota la rabia del amo.

Y Poncio renuncia con menosprecio a sus quimeras.

Entre el procurador y las gentes judías ya sólo queda un mando de furor implacable y una humilla-

ción rencorosa. La litera del extranjero va dejando un rastro de silencio miedoso, de sonrisas frías, de miradas oblicuas.

Se ha difundido en Jerusalén una historia ruin. Llegó como un vendaval de arenas del desierto que penetra en todos los hogares... «Poncio es liberto de un soldado de Iberia... Sirvió a Roma con deslealtad para los suyos; medró con delaciones. Claudia trajo a sus bodas la dote del favor de Tiberio, que premia las complacencias del esposo con destinos rapaces en las provincias. La Procuratura de la Judea, antaño reducida a la cobranza de los tributos, a la guarda del Fisco en Oriente y a un corto mando militar, logra con Poncio Pilato la magnífica preeminencia, la *jurisdictio et imperium merum* de los lugartenientes del Emperador en la Mauritania, en la Tracia, en la Nórica. Por Claudia se olvida la *Ley Oppia,* que vedaba a los procónsules y legados llevar sus mujeres a las comarcas de su regimiento... No tiene medidas el poder de Claudia. Tampoco ella las tuvo para sus gracias y travesuras como pececillo del acuarium de César. Porque fué del cortejo de *delicias,* niños-peces que se bañaban con el Emperador, deslizándose entre sus muslos, mordiendo sus pechos blancos y afeitados como los de una cortesana, mientras seis vírgenes presentaban el cuadro lúbrico de Parrhasio.»

Los escuchas de Poncio le refieren la difamación, y por las noches, en el ergástulo, los lictores amputan

con su segur la lengua de los malsines cazados.

Entre todos los patricios israelitas, sólo un varón de los *Zequenim* fué agradable a los ojos del romano. Era suyo el lugar de Arimathea, y a su hacienda pertenecía la solana del Ebal, de terrón pingüe, caliente, reventado por la raíz de zarpa de los algarrobos y las josas y mieses de Bethel, «casa de Dios», cuyas montañas descienden en peldaños muy fértiles, donde vió Jacob la escala de los Angeles.

Josef de Arimathea, el justo sanhedrita, vivía retraído en su huerto del camino de Damasco. Apuraba su ánima en la austeridad y en la meditación. Como Attalo y Séneca, pudo Josef decir que su cuerpo leñoso no hundía la enjutez de su lecho. Era su vida como una lámpara de un sosegado recinto. Poncio y Claudia paraban algunas tardes su litera para mirar el jardín.

Josef leía entre sus naranjos y rosales. A veces dejaba el estudio de la *Thora* o de los papyrus de Alejandría por remediar de su violencia una rama doblada, por ver la obra de su sepulcro, que iban cavando sus fellaths en una peña roja como un pecho en carne viva.

Y una tarde se hallaron Poncio y Josef. Y el procurador, descuidándose de lo que nunca olvidaba un jerarca romano, abandonó su silla para conversar con el judío.

Josef le respondió en la irisada lengua del Lacio. No recogió farisaicamente los ojos, sino que le miró

a la faz, celebrando lo ajeno con bondadosa polideza.

Exaltóse Pilato por la alegría del amigo hallado en tierra de asechanzas.

El israelita se le insinuaba ciñéndole con las sutilidades de su ingenio y de su porte. Y Poncio creía que su claridad y eminencia de ciudadano de Roma entraban victoriosamente, como águilas de César, en el ánimo recóndito y hermético de Israel.

Volvióse a la mole insigne del Pretorio. Una nube rubia, velluda, como una piel de león, magnificada por el ocaso, pasaba sobre las almenas.

Sonrió. Todo le parecía sometido al sentimiento de su voluntad apasionada. Y quiso que Josef le acompañase en sus ocios y comidas de solitario.

Tornó el hebreo a elogiar el atruendo gentil, sin admitirlo, porque se lo vedaba el rigor de su Ley.

—¡Tu Ley!—Y el rugido de Poncio se estampó en la tarde, y sus puños estrujaron la túnica del anciano. La memoria de las calumnias enconó su sangre; y balbuciente de dolor y cólera fué repitiéndolas, volcándolas, dentellándolas al decirlas.

Se descogieron los doseles de grana de la litera, y apareció Claudia, pálida de inquietud.

Josef escuchaba compadecido, porque dentro del grito de Poncio se oía la queja íntima y cerrada del desamparo, que sobrecoge algunas veces a los poderosos, el miedo de niño a la soledad, soledad de extranjero.

Y le dijo con serena palabra:

—¡Pie de soberbia no pise mi corazón y mano de pecador no me conturbe! No pasan, oh Poncio, mis umbrales las voces de infamia. Yo, de ti, sé que vienes de la familia de los Telesinos; que un Poncio rompió el asedio de Roma, atravesando el Tíber en la corteza de un árbol; que te llaman *Pilato* por la insignia del *pilum* ganada en muchas guerras; que tu mujer participa de la estirpe sabina de los Claudios, los que tienen sepultura en el Capitolio desde los tiempos de Atta. Y yo y todos los de la Casa de Justicia sabemos que eres *eques illustrior,* que presupone el dictado de «Amigo del César». Ahora, que mi respuesta suave y justa quebrante tu ira, según se promete en los Proverbios.

Hablaba como si recitase la ejecutoria de un ausente, pronunciando con frialdad, sin añadir entono ni gesto, ni hazañería de lisonja.

Claudia, apoyada en el esposo, miraba al anciano y le sonreía.

Y Poncio puso sus brazos en los hombros huesudos y frágiles del hebreo, diciéndole:

—¡Por qué permitieron los dioses que nacieses judío!

El varón de Arimathea recogió sus manos en el seno, como si orase; hizo una exquisita mesura, y con apacible aticismo le repuso:

—¡Deja, señor, que a mí, en cambio, me pese tu origen pagano!

Y apartóse rápido y sutil.

Semejaba resbalar como una aparición. Tornóse para verles; y, de súbito, se perdió en las frondosas albarradas de su huerto.

Pasado el bullicio de la fiesta, que entonces fué la de los Tabernáculos, volvió Poncio a la paz de Cesárea.

Y en este invierno del año cuarto de su poder le llegaron cartas privadas del César advirtiéndole de las querellas que recibía de Israel «contra el mando violento y confuso del Procurador».

César no le *nombraba;* no le mostraba enojo ni desabrimiento. Recordábale con su melosidad viscosa las virtudes y habilidades de la política romana, «que semeja apoyarse, y pisa; que oprime, y no deshace; que transfunde su substancia, y se incorpora la ajena». «Nunca agarréis al lobo por las orejas; seríais su cautivo. ¿Cómo soltarle sin que os devorara?» Sus palabras: «Esquila sin desollar a la res», no sólo se encaminaron a moderar codicias, sino que alcanzaban a toda empresa de gobierno.

Retorcióse Pilato de temor y de odio.

Tiberio no le tocaba en sus avisos; parecía aconsejar con anchura doctrinaria. Pero nunca sus escritos exigieron ni castigaron con exactos contornos; y al leerlos, siempre se sentía la mordedura de una escondida ponzoña y la proyección de una obscuridad de desgracia...

Poncio tuvo desde entonces el tormento de la incertidumbre. Lo que antes era para él una renovación de designios, volvióse en conciencia recelosa de todos sus pensamientos. Se acechaba a sí mismo; y el acecho le abría más la duda de su voluntad.

Pensó con sobresalto en el retorno a Jerusalén. Venía la Pascua, que por las evocaciones de la salida del cautiverio avivaba los rescoldos de sediciones.

Y Poncio imaginóse entre las multitudes aborrecidas y tuvo miedo de sus impulsos de amo.

Se lo confesó a Claudia; ella le propuso rodearse de amigos y testimonios de Roma, que le mitigarían su hosquedad, renovándoles el dulce ambiente de Italia.

Y ya sólo se cuidaron de redactar mensajes, de prevenir festines y regocijos para sus huéspedes.

Y en vísperas de la partida a Jerusalén, una nave, enviada hasta Cnido, puerto de la Caria, trajo los convidados del procurador.

Eran cinco caballeros romanos:

Q. Cayus Stertinius, atezado, duro, corpulento; el cráneo hendido a la redonda por el surco indeleble del yelmo de guerra. Vestía la trábea militar; el amictus doblado encima del hombro siniestro para esconder su mano lisiada; y el arrojo, la reciedumbre y prisa en todo lance de su diestra ocultaban su manquedad mejor que la vestidura. Asistió con su hermano L. Stertinius a las gloriosas jornadas de

Germánicus; y él descubrió, en los saladares fangosos del Norte, el *aquila* enmohecida, abandonada por la legión Décimonona. Tuvo que ayudarse de su boca para recoger la enseña: le colgaba una mano rasgada por un hacha de pedernal. Contempló en las selvas de Teutberg las escuadras de Roma, que cegaban como escombros de cal. Vió armaduras oxidadas, huecas, enteras, caídas, como pieles viejas de serpientes, al derretirse podridos los legionarios; esqueletos en actitudes de vida de los que murieron de hambre y se descarnaron en los breñales; masas de carroñas, de huesos astillados, dedos retorcidos con rosarios de vértebras, quijadas dentellando fosas de nariz, de los que se desgarraron bestialmente; cabezas roídas por los buitres, clavadas con dardos y tizones en sus mismos vientres y en los troncos de los abetos; ruinas de altares, donde fueron degollados los centuriones y tribunos de Quintilius Varus... Las tierras foscas y malditas de Germania estaban siempre en los ojos gruesos, calientes, que daban como un vaho de ferocidad de este gigante mutilado.

Junto al guerrero desembarcó Fosidio, senador y camarada de T. Cesonio Prisco, entonces Intendente de los Placeres de Roma, cuestura que creó Tiberio. Era devoto de poetas, muñidor de sus certámenes; viejo y menudo, adobado como una matrona; su paso y acción, medidos por una severa disciplina eurítmica de retórico; su pecho, emblan-

decido con mielecillas aromáticas; su voz, modulada según el tono de su flautista; su túnica, desceñida, como la trajo siempre Julio César.

Vinieron también los hermanos Antisticio: Mario y Celio; aquél, regocijado y hermoso, bulla de los pórticos de Livia y de Pompeyo, palomares de Venus, «más fértiles en amor que en uvas Metimna y en trigo los pingües campos de Gárgaro». Y Celio, curioso de todo origen y experiencia de sensibilidad. El tacto de un suave tejido, el goce de un perfume nuevo, de un sabor aun no catado, producíanle un placer que le demacraba rápidamente. Supo la invitación de Poncio en el segundo día de haberse abandonado a morir de hambre. Ocurriósele el suicidio sin apetecerlo. No fué suya la voluntad de la muerte. Sintió que se le posaba como un avecita ligera que descansa en una rama, sin doblarla. Esforzóse Mario en deshacer sus intentos. Le trajo hetairas, que le prometieron agotarle con dulzuras aprendidas en cultos y lechos remotos. Le lloraban las siervas nacidas en la casa, las fidelísimas *vernas,* que le atraían el sueño acariciándole los pies y los ijares con la titilación de sus pestañas. No le faltó el grito ni la zumba de *Tricongio,* prodigio de la mocedad, que, en presencia de Tiberio, vació sin pararse tres congios de moscatel de Samos. Familiares y amantes, clientes y bardajas exaltaron todos los apetitos viciosos, sin curarle su desgana de vivir. Un filósofo pudo distraerle toda una vigilia, propo-

niendo el tema de la emoción misteriosa, que abriese el «primer cadáver entre los primeros hombres». Y la carta de Poncio le oseó de pronto su designio de suicida... Le llamaba un amigo desde lugares vírgenes para sus ojos. Y se incorporó como si mirara un vuelo que se le fuera apartando. Después dijo: «¡Quizá vuelva algún día!» Y aparejó sus galas. Lánguido, cansado, sostenido por Mario, llegó al pie de la torre de Drussio. Sus dedos, huesudos, rígidos de sortijas estivales, se pasaban una bola de cristal para impedir el sudor de su flaqueza.

Bajó postrero Bílbilo Capitón, afilado y ágil, vestido de crudos colores. Era el mercader suntuario de más ingenio y audacia de Roma. César le tuvo en su triclinio por oírle el cuento de sus aventuras logreras atravesando mares y países enemigos; él proveía la Italia de lanas de Mileto, de caballos astures, de metales de Chipre, de púrpuras del *murex brandaris,* que se cría en Cytherea, y del *murex trunculus,* de las costas de Tiro, de cerámica de Corinto, de preseas y muebles del lujoso Agrigento, de aljófares recogidos entre las arenas de las necrópolis egipcias y desgranados de los collares de las momias, de marfil de Etiopía; y como agotara una vez los preciosos colmillos y fuesen escasos para su ansia, aserró, dentro de los bosques, toda la osamenta de quince elefantes...

Grato y magnífico fué el tránsito de la gentil caravana.

Al salir de Cesárea, Fosidio, de pie sobre el trono de su camello, cantó la gloria de Herodes, fundador de la ciudad de mármol, que aparecía inmaculada, de una carne lechosa de magnolias abiertas entre los azules del mar y del cielo de Siria. Surgían los tallos de las columnas, los fastigios de los obeliscos y monumentos, las estatuas y torres de los muelles, de asilo más amplio y seguro que los del Pireo, con rompientes como canteras recién cortadas para reducir las olas, que allí siempre las hinchan los huracanes de Africa. Asomó la rubia colina donde está el templo consagrado a César, y su pórtico semejaba esculpido sobre el ópalo de una nube. Más en lo hondo se desplegaba graciosamente la cumbre del Carmelo, «viña de Dios», monte de abundancia.

Juró el senador, llorando de blandeza retórica, que sentía en su sangre toda la magnífica sensualidad del viejo Herodes.

Mario Antisticio, embriagado de lumbre y de «indómito Falerno», aguijó a su dromedario con la piña de su tirso y entróse en la playa, hasta que la salada espuma le roció los cobertores y su boca.

Mirábale Celio sonriendo desde el fondo de su litera, llevada junto a la de Poncio y Claudia.

El valeroso Cayus Stertinius prefirió el ímpetu de un potro de la legión a la dócil andadura de un rumiante.

Y, apartado, Bílbilo conversaba con unos mer-

caderes de Dora, que iban a Joppe, llevando en sus asnos velludos cargas de abalorios, terrazas cipriotas, telas teñidas, plumas de somormujos y avestruces.

Después, el camino se retraía de la playa, que empezaba a quebrarse de peñascos ferreños, con ámbitos de hoz y un perpetuo rugir de mar atormentado.

Perdióse el paisaje ancho, tendido; de cactos y palmeras; paisaje penetrado de la fresca luminosidad de la marina; y sucedió una comarca densa y obscura; un tránsito a un invierno de Occidente. Cañares, tamarindos, sargas en fangal verde; y la laguna temerosa de Cesárea, morada del Leviathán de Job, del monstruo que tiene el cuerpo «de fundidos escudos, apiñado de escamas, burla de la piedra de ballesta y de honda y del filo de la lanza; de sus fauces salen teas encendidas; su resuello hace arder carbones; sus ojos, como párpados de la aurora».

Juntóse toda la caravana.

Las siervas tendían tapices y cojines, y preparaban la refacción matinal: pasteles de setas y especias, cecina de jabalí umbriano, madreperlas y mariscos cogidos en el creciente de la luna; mirlos rellenos de pistachos, pavos reales lardeados—para que Fosidio tributara su cántico al divino Hortensio—, uvas ahumadas y tarros de licor de almezas y de vinos como almíbares traídos en odres de nieve. En tanto, Poncio, Claudia y los forasteros, con la guardia privada del Procurador, subían por las

márgenes briosas de cepas de enebros, hasta el tajo pantanoso, donde las aguas se despeñan blancas, gordas, tronando como los aludes de los puertos.

A la tierra alta, pelada, lugar de olvido, se agarraba un templo. Las vigas de su pórtico se iban doblando hinchadas; costras de fungo roían los pilares; se descarnaba el hastial, y en la convulsa desarticulación de las piedras, en las adrajas centenarias, dormían los buhos, arropándose en sus plumas con un gesto cerril y penoso de hombre, y al aparecer las gentes de Pilato destaparon sus órbitas de ciego, redondas, frías, gelatinosas.

La luz penetraba despedazadamente en la nave; y, a lo último, en la enorme ara de cuarzo, Belo, con dos alas tendidas y dos alas plegadas, dos ojos anchos, ávidos en la frente, dos ojos vacíos en la nuca y las manos devorándose los muslos, se iba cubriendo de llagas, se le abrían los costados, le caían piltrafas y cortezas de herrumbre como carne de leproso.

Avanzó el grupo romano, alzando el aleteo de los ecos.

Un grito de Claudia rasgó el aire como una hoja de oro.

Junto al dios habían surgido dos fantasmas, que comenzaron a venir mudos y fatídicos. Tenían la cabeza rapada a navaja; la piel, del mismo color de sus túnicas apergaminadas y andrajosas. Iban descalzos, y se sentía el ruido de todo su esqueleto;

miraban afiladamente, y en seguida les bajaban los párpados azulosos como el telo de las aves dormidas.

Poncio dijo:

—Acaso son filósofos que habitan en las ruinas y substituyen a la divinidad.

Los solitarios miraban humildes y sobrecogidos las rizadas alículas, los amictos o mantos rozagantes, las leves estolas, los peplos y pallas que hacían un revuelo de perfumes, todo glorificado de sol, que no era el mismo sol que mostraba sus harapos y sus miembros corroídos como la leña mordida del gorgojo.

Los cortesanos se hundieron en las crujías que rodeaban el edículo, derramando su aturdido goce por los escombros, contentos de sentirse fuertes y descuidados en lugares donde, en otro tiempo, el misterio de un dios hizo estremecer a los hombres.

Las primorosas sandalias, los borceguíes de gamuza violeta, las recias cáligas militares, hollaron los lechos de heno de los filósofos, y salía un vaho de pesebre húmedo; brincaban sobre el mantillo duro de basuras y sirle, sobre osarios de palomos, de cabras, de bueyes; aplastaban odres rugosos, vasijas exhaustas de vinos y aceites, braseros calcinados de las pasadas ofrendas. El hogar olía a pavesas y humos envejecidos, a horno helado que coció pan.

Los del yermo les seguían atropellándose, crujiéndoles las quijadas, y en sus cavados ojos fosforecía una centella de iracundia. Polvorientos,

erizados y tristes, dejaban una frialdad pegajosa de sepulcro.

Claudia sintió en su piel de nardo la mirada puntiaguda de los míseros. Volvióse en busca de Poncio, y le llamaba con una voz de quejido. Salió todo el cortejo.

Poncio se había recostado en la mota de la laguna, mirando el hondo, impaciente de reanudar la jornada. Cerca, su primer centurión le guardaba como un mastín.

Tardaba Mario. Y el fastuoso mercader le avisó con el rugido de un caracol gigantesco que le colgaba de un sartal de calcedonias.

Apareció el mancebo sobresaltado y rápido. Todas las ruinas repitieron el alboroto de su carrera.

Y contó que aquellos dos hombres no eran dos filósofos, sino dos sacerdotes de divinidades vivas, porque entre aquellas rotas paredes «donde la araña colgaba su cendal y envejecía la hierba como en los templos de Júpiter y de Juno Sóspita en los principios de Augusto», y en aquellas aguas clamorosas habitaban Belo y el dragón, el cocodrilo sagrado, el saurio de Siria...

Fosidio le interrumpió conmovidamente:

—¡El *campsas* de Egipto, que menciona Herodoto!—y añadióles las palabras de Cicerón—: «Piscem Syri venerantur!»

Bílbilo gritó riendo:

—¡Pero los sirios pasan ahora cantando himnos

a Adonis, sacrifican en los altares cesáreos y prosiguen su rumbo, y el aire del mar se endulza de fragancias de sus mercancías que se consumen en los placeres de Italia!

—Los sacerdotes—dijo Mario—tienen hambre, huelen a hambre. Se alimentan de raíces, de lirones y culebras de las aguas.

Comentándolo bajaban a lo umbrío del soto. Y empezó el refrigerio. Las bayaderas componían danzas de dryadas y pastoras en un suelo verde y cencido. Una esclava había de poner en los labios de Celio los manjares y la copa empañada de fresco zumo.

En la altitud, asomados a las rasgaduras del pórtico, les acechaban las peladas cabezas de los sacerdotes.

Claudia pidió que les subiesen socorro.

—¡Cúmplase el ruego de la piadosa dómina!—recitó Fosidio.

Stertinius propuso que se les enviara el alimento en la punta de dos flechas.

—¡Por la voracidad de Kronos, que se engullan a su dios!—dijo Pilato. Y llamó a un legionario.

Intercedió Prócula.

Y el más duro, pero el más exorable de los procuradores, levantóse y fué regocijadamente con los amigos donde pacían las acémilas, y alcanzó un manojo de ánsares, dos cabritos y tortas de flor de harina, y todo lo colgó de los hombros de dos siervos.

También los patricios quisieron ir.

A la mitad de la cuesta, Mario voceó:

—¡Ved que os traemos hostias sabrosas!

Los servidores de Belo se precipitaron para tomarlas; sus zancas hórridas y peludas, como las patas de los búfalos, estrujaban sus sayales.

Poncio los rechazó. Mudóse su generoso contento en una frialdad sarcástica.

—Nosotros—pronunció calmosamente—quisiéramos ver cómo el monstruo divino devora nuestras ofrendas.

No le entendían los sacerdotes, y el afán por saber sus palabras les plegaba el rostro, como calaveras de hueso arrugado.

Un decurión lo tradujo al siriaco.

Y se le postraron aullando. Imploraban que les entregasen los dones. El cocodrilo se ocultaba del claror y de las gentes. Ellos le imprecarían para que subiese en medio de esa noche, y apenas apuntase la mañana podrían venir y mirar las huellas sagradas en la ceniza de las baldosas...

Poncio volvióse a sus esclavos y dijo riendo:

—¡Adelantemos al dios la noche!

Y precipitó en el abismo las aves, los panes y las reses.

La faz de los hambrientos se rompió con una mueca horrible.

Todos se asomaron.

Las aguas rebramaban. Lejos, en un remanso,

comenzaron a palpitar rajándose sus costras verdes. Se oía un profundo crujir. De súbito se descuajó un trozo de la laguna; estalló sangre, cieno y un hedor de moho y de carne manida. Fué asomando lerdamente una coraza viscosa, nauseabunda, de cartílagos vidriados que soltaban pringues y cuajadas almizcleñas. Y cerróse el agua con un hervor de burbujas enrojecidas.

Los sacerdotes se hundieron llorando en sus escombros...

...La caravana desapareció alborozadamente bajo los bosques que van desde la ribera a la serranía de Efraim, comarca de los ferezeos y de los rafaimitas, simiente de hombres desaforados. Y, atajando, salió a la llanura de Sarón. Los lirios, las anemonas, las escabiosas, esparcen su gracia en el herbazal jugoso donde pasturaron los rebaños y vacadas que dieron ciento veinte mil ovejas y veintidós mil bueyes para los holocaustos de la dedicación del Templo, y veinte bueyes y cien carneros—sin contar la caza de ciervos y corzos, y las aves y los diez toros cebados—que proveían todas las mañanas la mesa de Salomón.

...De cuando en cuando, los dromedarios se paraban y removían con el belfo los pedregales de las orillas del camino. Entonces, los esclavos hundían el dorban o aijada para descubrir las bocas de los pozos, las gamellas de argamasa o de peña que los pastores nómadas cavan y fraguan y las ocultan de otras tribus.

Después, las tierras llevan higueras y algarrobos, anchos, ubérrimos; y de un poblado hórrido salía un fuerte olor de almíjar y de arrope.

Otra vez venía la lumbre gloriosa del mar hinchando y calando el verdor de las huertas de Joppe, que desbordan de naranjal maduro y florido, de granados con frutas de ascuas, de morales sucosos, de parras que suben sus racimos, como pechos de madre, al amor de las higueras.

Las palmas abren sus manos en el azul y recogen el vuelo cansado de las palomas que van de camino, las palomas de pupilas de luz, la *columba Palaestinae* del elogio de la Sulamita.

Campos de pan, de sésamo, de añil; alfóncigos que destilan su resina mantecosa. Corona de cristal son los montes de la lejanía. Y en la ribera surgen las murallas blancas y las cúpulas, como turbantes de lino, de Joppe, puerto de Israel que se llenó del olor generoso de las armadías de troncos del Líbano para los cabrios, artesones y alfarjes del Templo salomónico y de Zorobabel.

Lo saludaron los viajeros exaltados de perfume de azahares y madreselvas, de claridad y júbilo de creación. Todo semejaba tierno, de formas vírgenes, de colores originales, calientes, de una cerámica purísima.

Poncio llamó a Fosidio, y señalando las rocas, que palpitaban como cachos de sol, le dijo:

—Poeta: ¡allí estuvo desnuda y encadenada la

dulce Andrómeda, hija del argonauta Cefeo y de Cassiope, la que se creyó más hermosa que Juno; y ahora refulgen los esposos en la noche, junto a la Ursa menor!

Quedóse Fosidio contemplando la costa; y luego, pidiendo tono a su músico, profirió con arrogante lástima:

—...«*¡Oh mujer, no merecedora de esos lazos de suplicio sino de sentir aquellos que Amor ciñe a sus rendidas criaturas! Di tu nombre y tu patria, y qué hados pusieron tu belleza en ese trance.*»

Y fué recitando estrofas del sublime amigo, que murió en la soledad del destierro y quiso siempre morir en las proezas del deleite.

Atravesaron la calzada de la ciudad.

Los muelles que calcinó la hoguera expiatoria de Judas Macabeo sacaban sus brazos trémulos y joviales de multitud y de blancura de toldos de las lonjas, de vislumbres de mercaderías y de pieles sudadas de siervos y de bestias.

Entre las naves culminaban las de Tiro, de madera de abetos de Sanir, de proas esmaltadas; sus mástiles, de cedros; sus remos, incrustados de marfiles. Las que trajeran a los artesanos fenicios dirigidos por Hiram, «hijo de una mujer de Dan», «sabio en toda obra de oro, de plata, de piedra y de bronce, y en todo linaje de talla de cedro, de enebro y de olivo, y en el labrado y pureza de la escarlata, del lino, del jacinto y de la púrpura», el

cual modeló las maravillas de la casa del Señor.

Frente al mar colgó la caravana sus tiendas para la noche. Cien legionarios rondan y alumbran con hachas de resinas.

La luna de Nisán deshoja sus rosales de luz en el reposo de las aguas y de los vergeles.

Y antes que despierte el día, alza su campo la comitiva de Poncio.

Tomó la ruta que se aleja por Lydda, camino de pórfido entre quebradas y terrazgos de siena, donde se crispa la viña y el sicomoro.

En todos los términos humeaba el polvo de rebaños y caminantes que acudían a la Pascua de Jerusalén.

Mario y Bílbilo todavía comentaban la feracidad de los huertos y las riquezas de Jaffa. Entonces, el primer centurión de la cohorte auxiliar celebró, sobre todos los países y pueblos, la comarca y ciudad de Cafarnaum... ¡Cafarnaum, en la llanura de Zabulón, tierras de Gennesar que crían el olivo, el mirto, la palmera, la morera, el nogal, el milgrano, el índigo, el pistachero, el manzano, el naranjo y el cidro. Sus melones aromosos maduran más tempranamente que los de Damasco; sus higueras soportan las bóvedas de la vid, cuyas uvas se hinchan y doran como dátiles. Cafarnaum, junto al arroyo de las *aguas de la Consolación,* que vienen del padre Nilo por recónditos cauces, prodigio de algún mago, frente al mar de Genezareth, predilecto del

Dios de los israelitas, porque sus rabinos afirman: «Esto dijo el Señor: Siete mares he creado en el país de Canaam, y yo escogí el de Genezareth para mi complacencia.» Cafarnaum, entre quintas estivales de los ricos galileos; albergue y tránsito de las fastuosas caravanas de Arabia, de los perfumistas de Jericó, de los cortesanos de Tiberiades, de los mercaderes de las Indias y de la Tetrarquía de Filippo de Iturea y Páneas; porque allí se juntan las calzadas de Jerusalén, y la que deriva del Eufrates, y la que cruza el valle del Jordán por el puente de Jacob, y la que pasa por Damasco y sale al Mediterráneo y llega a Egipto. Cafarnaum y Tiberiades eran los jardines del pecado de todas las razas.

Mario y Bílbilo corrieron a repetirle a Celio las noticias del centurión; y como recogiesen una sonrisa cansada del convaleciente, le disparó Bílbilo el alboroto de su bulla diciéndole:

—¡Nunca falta en mi bagaje el piñón y la miel del Hymeto, el bulbo de Tesalia y el pelitre con vino de una centuria, que enardecen al más olvidado de la diosa Voluptas!

Mario le gritaba a Fosidio que acudiese.

El senador no podía escucharle. Tenía alzadas pomposamente sus manos recitando:

¡Jerusalén entre collados secos!
¡Jerusalén apagada y siniestra!
¡No tienes dioses que en ti se deleiten,
pero te alcanzan los ojos de Tiberio!

Y todos aclamaron al César:

—«¡Oh Padre de Roma, el mejor entre todos los hombres!»

En el confín oriental se desnudaba la frente de piedra de Sión...

FIN DEL TOMO PRIMERO

CAJA DE AHORROS DEL
BIBLIOTECA
GABRIEL MIRÓ
ALICANTE
DE ESPAÑA

VARIANTES Y NOTAS

La primera plasmación literaria de estas *Figuras*, nacidas "no por afán de primitivismo como procedimiento y fórmula de arte, no por intenciones exegéticas ni por fervores apologéticos ni sectarios, sino por ingenuidad, por ansia ingenua, es decir inculcada en mi sangre y en mis huesos desde la niñez, de mirar de cerca el horizonte cristiano, reconstruyendo lo que no nos decían los textos directos y sagrados" (G. Miró, en carta a don Eduardo Irles, Madrid, 11 de abril de 1925), parece ser el *Pilato*, que, ya bajo el título general de *Figuras de la Pasión del Señor*, se publicó un Miércoles Santo, el 19 de marzo de 1913, en el *Diario de Barcelona*.

Miró venía enviando a este viejo periódico desde dos años atrás (exactamente, desde el 8 de septiembre de 1911) crónicas —en que, desde su rincón provinciano, exprimía el sentido de anécdotas del tiempo—, semblanzas de escritores y artistas, capítulos de Sigüenza... Por agosto del 13 termina esta colaboración, y el 20 de diciembre se inicia la de *La Vanguardia* (Barcelona), donde a más de diversas "Jornadas y comentarios de Sigüenza" aparecieron las siguientes *Figuras de la Pasión del Señor* —únicas, si no erramos, que se anticipan a los volúmenes de 1916 y 17:

N.º 14.857.— 8 abril 1914: *Judas*.
" 14.858.— 9 " " : *Simón de Cirene*.
" 14.859.—11 " " : *José de Arimatea*.
" 15.211.—30 marzo 1915: *Barabbas*.
" 15.212.—31 " " : *Annás*.
" 15.213.— 1 abril " : *María Cleofás*.

Si el mencionado *Pilato* es de concepción enteramente inconexa con el de 1917, por lo que la presentación paralela de ambos resultaría superflua, las *figuras* de *La Vanguardia* son en lo substancial las que hoy conocemos, obedecen a idéntica inspiración. Sin embargo, dejando a un lado *Barabbas* y *Annás*, puede decirse de ellas que han sido escritas totalmente de nuevo; la coincidencia verbal entre la versión de *La Vanguardia* y las posteriores, sólo en puntos distanciados acontece. Por ello, hemos tenido que recurrir a otro método de anotación del que solemos emplear: son ahora estos momentos de contacto los que señalamos con la referencia a página y línea, entre paréntesis que acusan, con la omisión, la identificación ocasional, reproduciendo en lo demás el texto primitivo.

Esta labor no habría podido ser realizada sin el abnegado concurso de D. Alfonso Nadal y D. Juan Alsamora, que se han encargado de las indagaciones bibliográficas pertinentes y de la transcripción. Séanos permitido consignar aquí, con sus nombres, nuestro agradecimiento.

* * *

En 1916 y 17, respectivamente, salen a luz los dos primorosos tomos de las *Figuras de la Pasión del Señor*, editados por E. Doménech (V. vol. I, *Bibliografía general*). El orden del sumario es el actual. El tomo I comprende siete figuras. Los colofones, sin duda redactados por G. M., dicen así:

(Tomo I) "Este primer breviario de | *Figuras de la Pasión del Señor* | quedó estampado en las prensas | de Eduardo Domenech el viernes siete de | Abril de MXCXVI *(sic)* que coincide con el 14 | del mes de Nisán del año 30 del | primer siglo de Nuestra Era, | en que, según el cómputo de | Edmond Stapfer, fué cruci- | ficado Nuestro Señor | Jesucristo".

(Tomo II) "Acabóse de imprimir | este libro el viernes, | 23 de Marzo de MCMXVII, día | de los santos mártires Víctor y | Félix. Ornamentó su texto Her- | menegildo Alsina Munné. Lo | estampó Eduardo Dome- | nech. Coll Salieti | lo grabó".

El tomo I anuncia el II, *en prensa*. Faltan en la tabla promisoria que acompaña, dos títulos: *Herodes Antipas* y *Pilato y Cristo*. (El escritor Alfonso Nadal, que vivía en este tiempo en la intimidad

del autor, testimonia que ciertas de estas figuras fueron apresuradamente de la mesa de G. M. a la imprenta. "Las cuartillas..., (que) salieron limpias de la pluma del autor, con sólo rarísimas enmiendas..., no le duraban un día en casa. El editor Doménech las estaba esperando siempre con miedo de que no llegasen." Carta de A. N.) Las *Mujeres de Jerusalén* se denominan aquí *Hijas de Jerusalén*. Se anuncia ya la Colección de *Estampas Viejas* (y como perteneciente a ella se publicará, en efecto, el tomo II), con siete tomos: I y II, *Figuras de la Pasión*. III, *Figuras de Bethleem*. IV, *Figuras de discípulos*. V, *Santos y fiestas*. VI, *Patriarcas y profetas*. VII, *Monjes*.

El tomo II se acoge a un lema general: "*Elí, Elí, lamma sabacthani* | ¡Dios mío, Dios mío, por qué | me has desamparado! | Psalmo XXI, 2.º | Evangelio.—San Marcos; XV, 34."

* * *

En marzo de 1928 sale a luz la segunda edición, ésta en un solo tomo (vol. XVI de las Completas), con las capitulares y viñetas creadas para la edición príncipe por H. Alsina Munné, que cuida la nuestra.

Su texto, que difiere del de la edición precedente en no pocos pasajes, es el que seguimos. En ocasiones hemos debido moderar su anarquía en el orden gráfico (v. por ejemplo, nota a 88; 1). Pero no cabría reducirla sistemáticamente sin falseamiento. Cierto desorden diseña cierta pereza, denuncia una dimensión del hombre y del estilo. Sin esa pereza, *Años y leguas, El Obispo leproso*... no habrían podido ser escritos.

Conservamos, pues, los más de los dobles: todos los susceptibles de justificación. Así, *Arimathea* y *Arimatea; Bethfage y Betfage; Marianne* y *Marianna; Lybia* y *Libia; zeqenim* y *zequenim*, etcétera.

La 2.ª ed. parece representar un propósito de hispanización y simplificación gráfica: *Syria, Tyro y Corintho*, por ej., pasan a ser *Siria, Tiro* y *Corinto*. Pero los dobles supradichos persisten, y persisten *Cytherea, Hymeto, Bythinia, Myron*... Y, al lado de esto, *Skitópolis y Scitópolis* (otro doble, de la 1.ª ed.) se hacen *Skythópolis* (exactamente, por lapsus reiterado que subsanamos, *Skhytópolis*).

Quedan por resolver problemas de acentuación a que nuestras notas aluden con frecuencia. Afectan principalmente a onomástica hebrea. No nos ha sido posible determinar qué acentuación prosódica daría Miró a ciertos vocablos. En la duda, hemos conservado la siempre sospechosa acentuación gráfica.

Siglas: V: *La Vanguardia.*
A: 1.ª edición.
C: 2.ª edición (Obras Completas).

JUDAS

Primera versión (V).

"Estaban las mujeres hilando a la sombra de las barcas que hundían su proa en el fresco herbazal de la ribera de Genezareth. | En la calma azul de las aguas y del aire, se deslizaba el vuelo de plata y de rosa de las garzas. | Los manzanos floridos asomaban su pureza por las rudas albarradas y todo se veía dentro del sueño de la laguna. | La más vieja de las mujeres alzó los ojos a la mañana, y prorrumpió en palabras de júbilo. Todas miraron al cielo. | Muy alto, sobre Cafarnaum, pasaba el gracioso triángulo de un bando de grullas. Las mujeres disputaron por el número de las aves. Unas veían doce aves; otras, nada más diez grullas; pero todas las contaban por nombres: Simón, Andrés, Juan, Santiago, Felipe, Matheo el publicano, Simón el cananeo, Bartolomé, Didymo, y la de la punta, el Rabbi. | María-Salomé veía a sus hijos al lado de la grulla cabecera. | La viejecita, suegra de Pedro,... (7; 12) ...había recibido la promesa... (7; 14) ...cielos". Pero todos esos sencillos corazones apartaron sus querellas para recoger fervorosamente el... (7; 16) ...a la tierra vieron un caminante que se acercaba a las barcas... (8; 2) ...seco y descolorido, de cabellos rojos, de mirada encendida, de labios tristes. | —[¿] Vienes tú también... (8; 8) ...detuvo y dijo: | —[¿]Quién es el... (8; 10) ...langostas de los bancales y miel silvestre, y bautiza con agua del Jordán? | La suegra de Pedro le respondió: | —No; ése no; ése dice que no es digno de descalzar la correa de la sandalia del Señor. Y el Señor bautiza con Espíritu Santo. | El caminante bajó

la cabeza pensativamente. Después, mordiendo el ceñidor de cáñamo de su sayal, murmuraba: | —Quién es, quién es el Señor! Será Judas el gaulonita? Y las mujeres se rieron pasmadas de la ignorancia de aquel hombre. | —Tú dices el maestro de esos que tienen una azadilla para hacer un hoyo y enterrar inmundicias, de esos que son enemigos de las mujeres? Ese tampoco es el Señor. Nuestro Señor es el que da la salud a los enfermos y libra a los poseídos. A mí me sanó estando postrada de fiebres; y me levanté y le serví. | Entonces una moza blanca, lozana, de cabellos de espigas, de ojos de miel, y de pechos de palomas, alzóse gloriosamente; y todo lo que le rodeaba parecía participar de... (9; 12) ...estremeció, y tuvo que humillar sus pupilas de brasas. | Y la mujer le dijo: | —El Señor me arrancó siete... (9; 17)... | Y el hombre triste envidió a los demonios porque hubiese querido vivir en la carne de la hermosa. | La suegra de Pedro, aun le preguntó: | —Si no... (9; 23) ... | Y el caminante allegóse murmurando: | —Yo me llamo Judas; mi pueblo es Keriot. Busco a tu familia para pescar en tus barcas, porque soy pobre. | —Mi Simón... (10; 1) ...El Maestro nos envió el vuelo de las grullas.

* * *

Judas miraba las estrellas que palpitaban dulcemente dentro de las aguas del Tiberiades. | Había cosido las rotas y polvorientas sandalias... (12; 15) ...Había remendado las redes, olvidado de todos. Llevó a moler dos almudes de trigo; y cuando volvía con el costal de harina sobre sus espaldas, goteaba su sudor en la senda y se oía su resuello como el de las bestias cansadas. Pero el Rabbi le sonrió y le pasó su mano delicada por las sienes, y Judas había sentido un delicioso refrigerio en toda su pobre vida. | Y Judas se durmió al amor de la noche primaveral de Galilea, reposada y olorosa. | Cuando se despertó había amanecido. Volvióse, y halló a Jesús a su lado. | Los once discípulos le aguardaban en el comienzo del camino, rodeados de las mujeres. Todos contemplaban devotamente la cabeza del Señor coronada de sol, que salía por encima de un otero azulado y remoto. Y sonó su palabra, dulce como el jugo de la fruta madura y firme... (13; 11) ..., sígueme y te será dado el reino de mi padre. | Judas besó la orla de la

túnica del Maestro, y siguió al grupo que se fué apartando sobre la hoguera del cielo oriental. | Desde lejos miró Judas la casa de Simón. Las mujeres seguían inmóviles junto a las barcas. La imagen de la que fué librada de los siete demonios temblaba en las aguas. Y Judas se... (13; 27) ...en todos sus pensamientos. | De súbito, apagóse el ruido de las pisadas y el murmullo de sus compañeros, y vió al Rabbi que, descansado en el brazo de Juan, el "hijo del trueno" decía: | —...Vosotros... (14; 3) ...mi Padre! | De las granjas y aldeas, salían gentes que alzaban los brazos y gritaban llamándoles; saltaban los vallados de cactus y aromos; traían a sus hijos desnudos, arrastraban de los andrajos a los enfermos, a los tullidos, a los furiosos, y se postraban besando y lamiendo la huella dejada por el pie de Jesús. En las orillas del camino, esperaban su paso los lisiados enseñando sus piernas retorcidas, sus manos secas; y los ciegos, volviéndose hacia su voz, gemían: Hijo de David, ábrenos los ojos! | Jesús tendía sus manos sobre los afligidos, sobre las cabezas de los asustados rapaces, sobre llagas y lágrimas. | Acercábase un... (15; 22) ...De sus lanzas pendían ramas tiernas de cedro y de terebinto florido, varas de cidras y támaras de dátiles, arrancadas de los huertos de Betsaida. | Un legionario rugió: Paso, paso al centurión! —y mordía una naranja que le goteaba de dulce oro la rodilla velluda. | Judas... (16; 1) ...y le dijo todo temeroso porque el Señor parecía no cuidarse de la llegada de los amos de la Judea: | —Es el... (16; 4) ...el Rabbi de los milagros? —Y el centurión... (16; 7) ..., sana a mi esclavo que aúlla y se arrastra en... (16; 10) ... | Las mujeres quisieron apartar a un viejo harapiento, hinchado, monstruoso de lepra, para... (16; 12) ...Mas Jesús retuvo amorosamente al lacerado hasta que tocó su podre y lo consoló. | Luego volvióse y dijo: | —Yo iré a curarle. | Pero el... (16; 17) ...de Jesús se alzaron al cielo llenos de alegría y de sol; y después bajándolos a sus discípulos exclamó maravillado:... (16; 24) ... | Y mirándole contestó: "Ve; y como creiste así te sea concedido". | Alejóse el Centurión entre... (16; 29) ...y la brisa desplegaba su clámide y acercaba las canciones del Lacio. | Y Judas pensó: Ese hombre fuerte y brillante como un muro del Templo, pasará luego junto a la casa donde quedó la mujer rubia que tiene los brazos más blancos que la harina que yo traje de la tahona de Capharnaum;

él le dará limones y dátiles, y una guirnalda de las ramas arrancadas; ella le ofrecerá la cántara desbordante de agua del aljibe y al sonreírle le mostrará sus dientes húmedos... y nosotros nos desollamos los pies por estos senderos ardientes donde no hay pan ni descanso. El Rabbi no se queja de sed ni de hambre y los otros parece que se mantienen sólo de su voz y de su mirada. | La multitud atravesó un sembrado, y paróse en la cuesta de una colina, que tenía la frescura de un macizo de palmeras jóvenes. | Jesús se sentó en la hierba. Dos hormigas... (17; 20) ...Y el Señor sonrió; y buscando con los ojos a Judas, dijo, como si enlazara una plática comenzada en el camino: | —...No llevéis oro ni plata en vuestros ceñidores. No andéis acongojados... (17; 24) ...las suyas! | Judas le escuchaba mordiendo las espigas lechosas que arrancó cuando cruzaron por la mies. La mies estaba alta, apretada, y comenzaba a cuajarse.

* * *

Juan... (19; 17) ...de pastura, y el Rabbi descansó en la cumbre de su amada montaña de los olivos. | El sol poniente encendía la fronda tierna de la arboleda del recuesto. Y bajo, Jerusalén se esfumaba entre una niebla húmeda, rubia, morada, estremecida en sí misma. Culminaba Sión y el Templo ardía con su llama gloriosa de maravilla y riquezas, de gradas de mármoles, de almenas y muros de oro recio, de puertas altas como torres, de plata acendrada y bronce de Corinto. En medio, asomaba el velo, y todos sus colores simbólicos se fundían en el leonado "que representa la tierra, porque la tierra lo produce..." | Los discípulos rodearon a Jesús; y en el santo silencio del crepúsculo les parecía escuchar el latido del divino costado. | Juan les indicaba... (20; 5) ...del Señor. | Y Judas, apartado de todos, miraba los fastuosos resplandores del hondo y se decía: "Y todo eso piensa El que puede destruirlo?" Y al mirarle encontró la mirada de embeleso del preferido, y Judas sonrió desdeñoso. | Juan le había acusado de ladrón de los dineros que él guardaba como mayordomo. Y... (20; 9) ...El Rabbi perdonó sin mirarle; pero este perdón le humillaba más. | Judas iba siempre solo a la zaga del grupo. Les seguía como un mastín recogiendo los... (20; 14)

...amor. "A mí nunca me llama a su lado; me desprecian por mis afanes y mi oficio. Pues yo me... (20; 17) ...hambres y de su reposo, y por mí les es dado entregarse a sus altos... (20; 19) ...Y por ventura El no ha dicho que el reino... (20; 20) ...Pues ese lenguaje mío es... Qué... (20; 24)... para apartarme de ellos como un esclavo? Las mujeres alaban y reverencian al Rabbi y miran a Juan y aun atienden a Cephas que es rudo como los peñascos. Y aquella de Magdala me huye como si yo fuera uno de los demonios salido de su cuerpo de delicias. Y las hermanas de Lázaro me dan el peor asiento..." | Judas hallóse solo en el monte. | Jesús y los discípulos bajaban hacia Bethania; y esos hombres plañían como criaturitas pidiendo al Maestro los mejores sitios de su reino. Y Judas jadeaba para alcanzarles, hiriéndose en la breña como el perro que busca al amo. "Y había menester de amo?" | Cuando llegó a casa de Simón el leproso, estaba la cámara alumbrada y llena de... (21; 13) ...vecinas y algunas de Jerusalén que... (21; 13)... resucitado. | Marta paraba la mesa. Jesús reclinado en el lecho esparcía su mirar en la noche estrellada; y cerca María, vestida de lino inmaculado, recogía... (21; 17)... y los ojos del Señor. | Judas sentóse el postrero, en un pico de la tarima. Nadie le dejó holgura. | Marta y Juan servían al Rabbi. Y el Rabbi ofrecía al discípulo el don... (21; 21)... Y las... (21; 23)... por la divina privanza y agradadas de la hermosura y vehemencia de Juan. Pero, Judas pensaba que nada en Juan era amable, porque en belleza tenía un afeminamiento pagano, y su altivez, sus ademanes y palabras más se acercaban a los retóricos extranjeros amigos del Tetrarca que al porte sencillo y al sobrio verbo de Israel. | Mediada la cena,... (21; 26)... las ropas, la carne y hasta... (21; 29)... cabellos. | Todos loaron la preciosa ofrenda. | Judas acercóse... (22; 4)... hablase, y quiso también congraciarse... (22; 6)... mujeres se rieron mofándose de su advertencia, los demás murmuraron también de su avaricia. La... (22; 12)... repugnancia. Y en el fondo del alma de Judas se avivaron todas las serpientes de los fríos deseos. | Pero aun se contuvo porque faltaba que el Rabbi mediase en aquella contienda de corazones. | Y el Rabbi... (22; 14)... , por qué enojas a... (22; 15)... sepulcro! Te vales... (22; 18)... perderme! | Y la faz del Maestro palideció y nublóse de tristeza. | Judas se maldijo; y salió y se perdió en la

noche. Se sentía tan humillado y escarnecido, que le parecía que le pisaban en la sangre. | Vióse dentro de la ciudad; y cuando cruzaba por el atrio del Templo se halló rodeado de fariseos y sanhedritas. Un viejo flaco y amarillo le dijo: | —Dónde dejaste a tu amo y Maestro, el *Hijo de Dios*, enemigo de nuestra ley y de nuestra pureza? | Allí estaba Nicodemus, el que fué escondidamente para conversar con Jesús. Es que *también* aborrecía ya al Rabbi? | Y Judas gritó: Yo... (24; 19)... la alegría desde que me llamó ese profeta! | Y aquellos hombres, se miraron gozosamente; y lo empujaron hasta la entrada del santo Tesoro de Corban. Y abrieron las planchas y los arcaces. | Y creyó Judas que se rasgaban los fundamentos del mundo para mostrarle su abundancia y premiarle, porque todos le ensalzaban diciéndole: | —Tú... (24; 24)...!

* * *

Judas huía por la tenebrosa y desolada barranca del occidente. | Le despreciaban hasta los mismos que le habían comprado la lealtad. Esparcidas quedaron las monedas, y ninguna mano osó tocarlas porque era precio de sangre. "Es sangre inocente!" —había gemido Judas. Y los fariseos le arrojaron como a una bestia sarnosa; y se reían. | Judas refugióse en una sepultura, que blanqueaba como un cráneo en lo fragoso de la ladera, al pié de un cobertizo. Judas sentía los dolores de los remordimientos con un padecer de mal horrible en todos sus huesos. Y no amaba al vendido. Por él no tendría paz ni amor! No pudo ser dichoso pescando en las aguas azules del Tiberiades, con mujer y con hijos que le descansaran? Bien podrían ser ya suyas las barcas y las redes de Cephas, y con las ganancias ahorradas hubiera mercado este huerto del alcaller, que ahora tenía un desamparo, una soledad hosca, enemiga, maldita... Por qué le escogió el Rabbi para apóstol! Qué había en su cara y en su vida que detenía la mirada de los demás y luego daba horror... Nadie le había despedido cuando abandonó su aldea. Y nunca, nunca lloraron por él! Y se palpó los ojos; y sus ojos estaban enjutos y abrasaban. | Y Judas se aborreció a sí mismo; hizo un dogal de su cíngulo de cáñamo, se lo pasó por la garganta; y subió al árbol. La rama se

desgajó. | Rodó Judas hasta el lecho del abismo, llamado de Gehenna. | ... Lo recogieron dos pastores que venían de Samaria; y contaron que rompieron sus cayados para espantar los cuervos que arrancaban y esparcían las entrañas del cadáver. | Declinaba, entonces, la hora tercia del Parasceve."

Variantes de A.

Pág. 8: Línea 14: "forastero. Y decían:".
Pág. 9: Línea 11: "que le". Cf. vol. II, nota a 121; 9.
Pág. 13: Línea 16: "bravamente de nopales".-20: "sus bastones".
Pág. 15: Línea 21: "Jeschoua Natzarieh" (A y C). En otro lugar (p. 112), "J. Natzarieth" (A y C). Leemos en ambos casos según los cinco restantes.
Pág. 17: Línea 7: "un sembrado; y".-13: "Y Jesús se".-15: "anémonas". Así todos los casos. Pero en C, siempre como en el texto.
Pág. 18: Línea 19: "Y ascendía como un incienso el clamor devoto de las gentes que iba repitiéndose la".
Pág. 19: Línea 10: "producirá ya el lienzo".-17: "grama; y el Rabbi sentóse en la cumbre de su".
Pág. 20: Línea 8: "acusara".-11: ["le] perdonó, [le"].-18: "pueden los otros entregarse a sus".-19: "¿Y por".-29: "*Kefa* que es".
Pág. 21: Línea 10: "he de menester". Pero, V: "había menester".-21: "Y el Rábbi".-23: "Y las mujeres también le sonreían por la privanza del Señor y agradadas de la hermosura y vehemencia de Juan.".
Pág. 22: Línea 5: "hablase, y quiso también congraciarse".-24: "desanillaron todas las".-26: "sandalias de aquellos hombres le".
Pág. 23: Línea 1: "hombre entre todos!".

CAJA DE AHORROS DEL SURESTE DE ESPAÑA
BIBLIOTECA GABRIEL MIRÓ
ALICANTE

EL PADRE DE FAMILIAS

Pág. 29: Línea 17: "del agua. La doncellita retozaba aturdidamente por su espalda. Entonces, Asaf se amohinaba como un chico, y movía su cráneo abrasado rezongando; pero, hallábala".-19: "que le hablaba y le sonreía manso y bueno. | Dió por ella, una tarde,".

Pág. 30: Línea 7: "de la barranca,".-18: "humilló el siervo,".-20: "Bethania. Y el más joven dijo:".-21: "he bebido".-25: "Asaf [les"].

Pág. 32: Línea 28: "Y suspiró;".

Pág. 33: Línea 12: "que aman y siguen".

Pág. 34: Línea 5: "de la fontana;".

Pág. 37: Línea 9: "...Ya el Padre de Familias y Markos, su hijo, sacaban (...), cuando".-21: ", y reposada".

Pág. 38: Línea 10: "del ocaso;".-14: "retuerce".-24: "salía frescor" (C). Leemos según A.

Pág. 39: Línea 12: "convidó a llegarse:".-20: "la de la siniestra,".

Pág. 40: Línea 7: "la ancha vasija".-9: "Y Judas".

Pág. 41: Línea 8: "para mí; y comeréis sobre tronos, y".

Pág. 42: Línea 3: "Y palpóse".-5: "mejillas. | Y quiso".-18: "Y por eso".-22: "severo; y le avisó:".-26: "medroso gimiendo:".

Pág. 43: Línea 4: "Y se contuvo".-24: "...Y el Padre".

Pág. 44: Línea 7: "Y, entonces, ya todos bebían esperándose como hermanos buenos".

Pág. 45: Línea 3: "Hágada" (A y C). Leemos según p. 135.-26: "culpa? Porque pensó: | "Ese hombre ya sabe".

Pág. 46: Línea 25: "han pronunciado".

Pág. 47: Línea 6: "acongojaba, les".-24: "kharoset" (A y C). Leemos según p. 35.

Pág. 48: Línea 19: "sueños" (C). Leemos según A.

Pág. 49: Línea 15: "Y todos descansaban".-28: ["les] abrirá".

Pág. 50: Línea 17: ", y que ellos".-23: "podemos".-24: "Y Jesús".

Pág. 51: Línea 3: ", Felipe gime en su cortedad:".-14: "evangélica. Y balbució: | —¡Amaos, amaos! ¡os lo pido! ¡amaos como yo os amé! | Sentía que le".-19: "Y los discípulos".

Pág. 52: Línea 1: "Y todos".- 5: "espíritu fortaleciéndoles en".- 9: [*"una] prenda".- 10: "Y miraba".- 17: "aborrecimiento y la muerte.".- 21: "contento. Se acercaba sólo el".- 25: "y dijo con balbuceo entristecido de amor:".

Pág. 53: Línea 7: "Y todos".- 8: "comían devotamente.".- 13: "luces. Tenía la".- 18: "suya; y dijo:".

Pág. 55: Línea 8: "la faz del mundo...".- 14: "hombros de sus amigos" (C). Leemos según A.- 19: "guardé; santifícalos!".- 24: "rodeado todos".

Pág. 56: Línea 2: "parecía oírse".- 4: "Y de súbito".- 23: " | —¡Basta! ¡Basta! ¡Y venid! | Y otra".

Pág. 57: Línea 5: "se le agruparon avizorando el valle, porque también había".- 21: " | ...Y cuando, entonces, pasaba".- 28: "el anciano, Markos y Asaf. | Y el Padre de Familias sintióse poseído de la soledad. | Su hijo y el siervo le dejaron para ver otras gentes que se recataban en las sombras de las cercas. | Y, a poco, tornó Markos diciéndole que eran criados de la".

Pág. 58: Línea 13: "y sintió".- 14: "hondo, y que".

EL MANCEBO...

Pág. 61: Línea 2: "miraron doloridamente.".- 13: "dijecicos".

Pág. 62: Línea 1: "Mirándolas la madre se le".- 4: "Y sonrió. Entonces, las hijas".

Pág. 63: Línea 9: "holgarían de su acabamiento.".- 10: ["de los felices"].- 16: "Y *conoció*".- 25 (I): "lacería". Cf. vol. III, nota a 92; 9.- 25 (II): "y nunca".

Pág. 64: Línea 5: "la ciudad ungida;".

Pág. 65: Línea 21: "hijo Elifeleth el primogénito?".

Pág. 68: Línea 5: ["una] muchedumbre".

Pág. 69: Línea 19: "y ya corrió".

Pág. 70: Línea 6: "*tsisics*" en C; errata.

Pág. 73: Línea 15: "Y ya le dejaron besándole.".

Pág. 74: Línea 12: "cactus".

Pág. 75: Línea 5: "pesuña" (C). Así también otros dos casos. En los restantes (y A, siempre), con *s*. Y lo mismo, por ej.,

Años y Leguas (Obr. Compl., XI, págs. 26, 102, 158, 171, 231, 252).

Pág. 76: Línea 22: "¿Rábbi Jesús mirará (...)?".

Pág. 77: Línea 5: "Y vió".-20: "Y los dos".-21: "saludando.".-25: "abandonó sus barcas,".-28: "y ahora, aun su".

Pág. 80: Línea 7: "en lo alto" (C). Leemos según A.-11: "de los olivos,".-29: "Y siguió".

Pág. 81: Línea 2: "y les". Cf. vol. III, nota a 251; 18.-16: "tierra y en los henares para".

Pág. 82: Línea 21: "Y tornó Jesús su".

Pág. 83: Línea 5: "trasmitido".-11: "Le llevaron". Cf. 127; 24 y nota.

KAIFAS

Pág. 88: Línea 1: "Tishri" (A y C). En otro pasaje (v. nota a 190; 8), "Thischri". Adoptamos la grafía que el propio G. M. usa en la p. 161.-6: "ni tienda".

Pág. 90: Línea 3: "vivas colores".

Pág. 91: Línea 19: ["por] el grito".-23: "Moriath" (A y C). Leemos según la grafía, correcta, de ps. 118 y 214.-26: "riquezas, de gritos, de sol,".

Pág. 94: Línea 8: "golpeándose soezmente las".

Pág. 95: Línea 6: "Moriath" (A y C). Cf. 91; 23, nota.

Pág. 96: Línea 14: "y [de] cereales".

Pág. 97: Línea 26: "mide".

Pág. 101: Línea 4: "conocisteis... | Muchas gentes se maravillan. | Pero, es la".-12: "sigue, y las frutas quedarán aguanosas y desaboridas.".-15 (I): "escasa, y los frutos retendrán".-15 (II). Introducimos la coma necesaria que sigue a "frutos".-19: "caminan solos por".

Pág. 104: Línea 6: "chispa, y se".

Pág. 105: Línea 19: *Javan*: G. M. pronunciaba *Javan*, realmente. A (siempre): *Jávan*. Cf. notas a 124; 12 y 139; 13.

Pág. 106: Línea 6: "se veía".

Pág. 107: Línea 10: "acabó la probanza del".-28: *Ab Beth-Din*. Cf. p. 134.

Pág. 108: Línea 20: "ramaje de palmera, y el". - 29: "mirarle, y prorrumpió:".
Pág. 110: Línea 20: *Hananias*: Así, A y C. P. 135 (A y C), *Hananias*. Cf. nota a 134; 20.
Pág. 112: Línea 11: "J. Natzarieth" (A y C). Cf. 15; 21, nota.
Pág. 113: Línea 6: "Y las manos". - 19: "cayéndose, transido.".

UN NAZARENO...

Pág. 117: Línea 1: "es el del" (C); errata.
Pág. 118: Línea 19: "bravías de los chumbos, del cactus y cardizal,".
Pág. 120: Línea 25. Introducimos la coma que sigue a "judío". - 28 y 29: *Cuthra*, *Safarvaim*. Respetamos la lección de ambas eds., por *Cutha* y *Sefarvaim*.
Pág. 122: Línea 1: "dejado *sólo* un". - 4: "témpero". P. 215: "tempero", A y C. Cf. vol. III, nota a 220; 2.
Pág. 124: Línea 12: *Hazzan*, en A y C. Sin embargo, es muy probable que G. M. pronunciara *Hazzán*, como aparece en *La Conciencia mesiánica de Jesús* (Rev. "España", Madrid, 8-IV-922).
Pág. 125: Línea 9: "pesuñas" (C). Leemos según A. Cf. 75; 5, nota.
Pág. 126: Línea 12: "anémonas". Cf. 17; 15, nota.
Pág. 127: Línea 3: ["Y, otra vez de camino, va refiriéndoles:"]. - 24: "que lo". Cf. 83; 11, y nota. - 26: "fuera".
Pág. 130: Línea 27: "prorrumpe el himno y la".
Pág. 131: Línea 6: "La voz de su príncipe". - 16: "fervorizara".
Pág. 133: Línea 8: "Moriath" (A y C). Cf. 91; 23, nota. - 14: "poder de sus" (C). Leemos según A.
Pág. 134: Línea 20: "Helkias" (A y C). Leemos según 24; 11. Cf. 110; 20, nota. Es problema que se plantea respecto de nombres de formación análoga: *Azarias* (p. 63), *Akazias* (p. 110)... G. M. debía de pronunciar *Azarías*, *Akazías*, como pronunciaba (según A y C) *Matatías* (p. 62) y *Matías* (p. 134). Sirve de indicio la grafía de los vocablos siguientes, en A: *armadias, cábrios, Apollónia, sequia, celosias*... - 23: "Ismael-ben-Fabi" (A y

C). Leemos según aparece en *Pilato y Cristo* (v. tomo II), A y C.-28: *Ab-bëit-din:* Cf. p. 107.-29: *zeqenim:* Cf. p. 219.

Pág. 135: Línea 11: "exegetas".

Pág. 138: Línea 9: "engaños y altiveces, y".-24: "Moriath" (A y C). Cf. 91; 23, nota.

Pág. 139: Línea 13: *Sivan:* A (passim) corrobora: *Sívan.* Cf. notas a 105; 19 y 124; 12.-22: "esta arca".

Pág. 140: Línea 26: "increpándolos" (C). Leemos según A.

Pág. 141: Línea 12: "lacería". Cf. 63; 25.-29: "sonriéndole dolo-ridamente le".

Pág. 142: Línea 4: "Yo solo" (C). Leemos según A.

ANNAS

Pág. 145: Línea 1: "...Todas las tardes," (V).-2: "hija de un le-proso. | Mirábala el lacerado desde" (V).-4: "limosna del pontífice." (V).-7: "tiraba una moneda".-12: "pardas y bermejas." (V).-19: ["de Sión]." (V).

Pág. 146: Línea 1: "mirarla. Annás creía que" (V).-6: "y des-aparecía entre los vertederos de las Fortalezas. | Y el valle, fosco y árido como una ruina, hincaba los rudos contornos de sus soledades en el cristal del cielo. Y de todo el apagamiento prorrumpía" (V).-11: "gozosa, la casa de placer" (V).-12: "los labrados sillares ardían y palpitaban como las brasas y como la carne. [A la izquier-da (...)] | Venían" (V).-18: "tiempo ministraba el sacer-docio," (V).-21: "misericordia por" (V).-22: "del mal execrable. Todos ellos viven entre las sepulturas, lejos de Ofel y del Monte Santo, por tu mandamiento; y sólo" (V). -26: "Y se encendían" (V, A).-27: "sobre la grana de la túnica su barbilla afilada, corta y leve como hecha de nieblas. Y les" (V).

Pág. 147: Línea 3: "de todo Israel," (V).-24: [", que alumbra trescientos estadios]. Y acostándome, leía en Platón dictados de Moisés." (V).

Pág. 148: Línea 17: ["Los ojos (...) grosura."] (V).-23: ["postrán-

dose"] (V).-24: "señor!" Algunos escribas quisieron" (V).-25: "no lo consentí," (V).-27 (I): "para hablarme. Y su boca de podre" (V).-27 (II): ["me] dijo:" (V, A).

Pág. 149: Línea 1: ", y te traía el" (V).-2: "donde tú estudiabas a" (V).-4: "sórdidos de nuestro Sanhedrín...!" (V).-7: "fenestra de Annás." (V).-13: "se partieron en" (V).-18: "sonrisa desdeñosa y patricia, y su barbilla corta y fina le tembló" (V).-22: "varones y consejeros de Israel y los hijos de Annás a su palacio. | Annás dormitaba en su lecho de alcatifas, de estofas y pieles. | Ellos le rodearon ensalzándole:" (V).-25: "salud y grandeza de nuestro pueblo; tú nos quitas todos los peligros y nos llevas por veredas de paz. Pilato ha temido tus amenazas, y consintió en la muerte del Rabbi. Ahora izaban su cruz! | Un viejo añadió pasmadamente: | —Cuentan que no quiso beber el vino de mirra... | Annás les oía distraído [, desdeñoso] y" (V).

Pág. 150: Línea 10: "al ruin" (V).-11: "porque me dijo ...¦[ya"] (V, A).-13: ["dulcemente"] (V).

BARABBAS

Pág. 153: Línea 1: ["Tierras (...)] ...Allí toda la tierra estaba plantada de viñas que" (V).-6 (I): "hinchaban" (C). Leemos según V y A.-6 (II): "alcor redondo, moreno y desnudo. En la solana" (V).-8: "sicomoros encendidos de sol amparando los huertos. Setos y albarradas" (V).

Pág. 154: Línea 6: "del Hermon [(...)]; y la azada" (V).-24: "esta voz:" (V).

Pág. 155: Línea 2: "quedado atendiendo a los caminantes. [(...)]. | La voz seguía: "Y a la hora [de"] (V).-18: "estaban holgando... | Uno del" (V).-20: ", se había llegado al muro. Y" (V).-24: " | Y le respondió el otro:" (V).-26: ["¡Y esos (...)!"] (V).

Pág. 156: Línea 1: "azul que ahora se sube el turbante para" (V).-4: "sentía que le sudaba fríamente todo su" (V).-6: "y en su faz bronca, indomable como una encina siempre

asomaba la fría blancura de" (V).-12: "cautela de raposo. | Una mano del Rabbi se veía como tallada sobre" (V).-14: "crepúsculo; el lienzo de su kouffieh y sus desbordados cabellos semejaban de niebla y de ámbar. | Aun se oía en la paz: "Y" (V).-17: "trabajadores y..." (V).-20: "colgaban dos recias alforjas ." (V).-21: "Y el anciano le estuvo mirando" (V, A).-29: "criado murmurando: | —Esto me mandaron: Aguardarás al mayordomo para decirle: "No vayas," (V, A).

Pág. 157: Línea 9: "granjas. Se arrastraba; se paraba para escuchar. Parecía un chacal perseguido." (V).-13: [", ceñida de vergeles];" (V).-15: "blancas, rodeadas de palomas y golondrinas, y el" (V).

Pág. 158: Línea 7: "Llegaban" (V).-8: "de su mantenimiento." (V, A).-15: "crispados de aborrecimiento." (V).-24: "iniquidad del viejo del Sinedrio!" (V).-25: "sumiso" (C). Leemos según V y A.-28: "albañales del senador; y" (V).

Pág. 159: Línea 7: "salíamos de los albañales?" (V).-14: ["Un día, (...) hartura"] (V).

Pág. 160: Línea 4: "blasfemias y alaridos," (V).-6: "boca de un guardia del Sanhedrín" (V).-8: "contra el homicida. Huyó Bar-abbas por" (V).-13: [", y le decía:]." (V).

Pág. 161: Línea 1: "margen mullida de" (V, A).-4: "¡Y allí," (V, A).-5: "Y la odió." (V, A).-11: "hombres sobre el resplandor del atrio." (V).-23: "mató al del Sinedrio, y a" (V).-25: "crucificaban a Flavio Amar. | " (V).

Pág. 162: Línea 11: "desoladora. | Los tres hombres miraban las tinieblas de la prisión y sentían en los muros el latido de toda su sangre. | Cerca" (V).-19: "paz del crepúsculo" (V).

Pág. 163: Línea 9: "pulida, le señaló con su varilla de nácar. Rebramó la plebe aclamándole." (V).-11: "; y las mujeres" (V, A).-13: "del Rabbi todo desnudo, [, tendido (...) al Rábbi]." (V).-17: "Y bajó Barabbas del" (V, A).-19: "toda la tarde. ¡Oh, Señor! | Llenóse de luna el solitario. Tenía [en] su frente [y en su mirada"] (V).-20: "Y [Barabbas"] (A).-21: [".], y acercóse las manos

a su" (V).-23: "que [le"] (V).-24: "Después, alzóse y caminó despacio," (V).-26: "perrico" (V, A).-28: "los portales de una casa; y halló a un mozo que iba a sacrificar el cordero de la Pascua. | —¡Se ha" (V).

Pág. 164: Línea 9 (I): " | Y el" (V).-9 (II): "revolviéndose hundió la cuchilla de la res en el vientre del hombre." (V).-13: "sonrisa... antes de morir, aun balbució:" (V).-14: "me están mirando! [| Y (...) segadas..."].

HERODES ANTIPAS

Pág. 167: Línea 15: "alfónsigos". Cf. 235; 14.

Pág. 169: Línea 21: "que le". Cf. 9; 11 y nota.

Pág. 175: Línea 12: "Una sonrisa de alarido" (C). Evidentemente errata. Leemos según A.

Pág. 176: Línea 10: ["te] representen".

Pág. 180: Línea 2: *Levi*: *Lévi*, en A. Lo mismo en p. 184. Cf. 139; 13, nota.

Pág. 185: Línea 7: "anemones" (C). Cf. nota a 17; 15. A: "anémonas".-27: "de cidros floridos".

Pág. 186: Línea 21: ["ahora"].-27: "de la mujer, balbuciendo:".

Pág. 188: Línea 2: "pesuñas" (C). Leemos según A. Cf. nota a 75; 5.

Pág. 190: Línea 8: "Thischri", A y C. Cf. nota a 88; 1.

Pág. 199: Línea 22: "podido! ¡Es el que".

Pág. 202: Línea 9: "Sobre las alcatifas".

PILATO

Pág. 206: Línea 3: "le manumitió". Cf. 83; 11 y 127; 24.-5: "se entregaba".-9: ", y el placer".

Pág. 207: Línea 3: "y resplandeciente".

Pág. 209: Línea 3: "les oye". Cf. 81; 2 y nota.

Pág. 210: Línea 13: "de un decurión,".

Pág. 211: Línea 22: "anémonas". Cf. nota a 17; 15.

Pág. 212: Línea 10: "Sobre las espaldas".

Pág. 216: Línea 4: "de pulida almacería [y de montes].".-10: "los montes metálicos de Judea, raídos, descarnados.".

Pág. 217: Línea 20: "alaridas".

Pág. 219: Línea 14: ["su cuerpo leñoso] no se hundía en la".- 15: "la lámpara".- 16: "recinto, que no mueve su luz ningún oreo.".- 21: "doblada, por saber de la fábrica de su".

Pág. 221: Línea 21: "del hebreo, y con sonrisa propicia le dijo:".

Pág. 224: Línea 6: "Teutberg los cadáveres, todavía insepultos, de las".

Pág. 225: Línea 28: "curar [le"].

Pág. 228: Línea 2: "cypriotas y".- 8: "cactus".

Pág. 232: Línea 25: "duro y el".- 29: "de los siervos.".

Pág. 233: Línea 7: "les rechazó." Cf. 81; 2 y 209; 3.

Pág. 234: Línea 16. Leemos *escabiosas* donde dice (A y C) "escabiolas".- 26: *dorban*: Así, A y C. *Llegan San José y Santa María* (*Sol*, Madrid, 1925): "...el dorbán, la vara de bambú de anillos de colores, y en la punta el rejón que aguija el portante de la recua." También *dorbán* en el primer estado del mismo fragmento de las *Figuras de Bethlem*, (*Publicidad*, Barcelona, 1919). Sólo *dorban* en el tercero (*Nación*, Buenos Aires, 1923).

Pág. 235: Línea 3: *almijar* (A y C); p. 87: *almijares. Obispo...* (p. 357), 1.ª ed., y *El Angel...* (p. 51): *almijar. Obispo...* (id.), 2.ª ed.: *almijar*.- 14: "alfónsigos". Cf. 167; 15.

Pág. 237: Línea 29: "mago; y frente".

Correcciones

* Pág. 38; línea 19. Dice: "Joséf". Debe decir: "Josef".

* Pág. 77; línea 21: "saludándole:". Así, también, C. Pero debe decir: "saludándole.".

INDICE

Págs.

PROLOGO VII

FIGURAS DE LA PASION DEL SEÑOR 1

Judas 5

El Padre de Familias 27

El mancebo que abandona su vestidura. 59

Kaifás 86

Un nazareno que le vió llorar 115

Annás... 143

Barabbas 151

Herodes Antipas... 165

Pilato 203

Variantes y notas 241

Se han tirado de la presente edición (para los «Amigos de Gabriel Miró») 250 ejemplares numerados y nominados, en papel de hilo, con el nombre del autor en filigrana. Acabó de imprimirse este volumen el día 1 de marzo de 1935, en Barcelona y en la Tipografía Altés, bajo la dirección de H. Alsina Munné. Revisión del texto y notas, por P. C.

EJEMPLAR N.º 203

CAJA DE AHORROS DEL SURESTE DE ESPAÑA
BIBLIOTECA
GABRIEL MIRÓ
ALICANTE